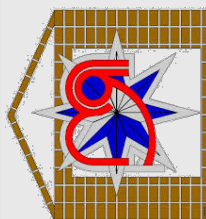


Edición escolar realizada por el

Departamento de Lengua Castellana y Literatura

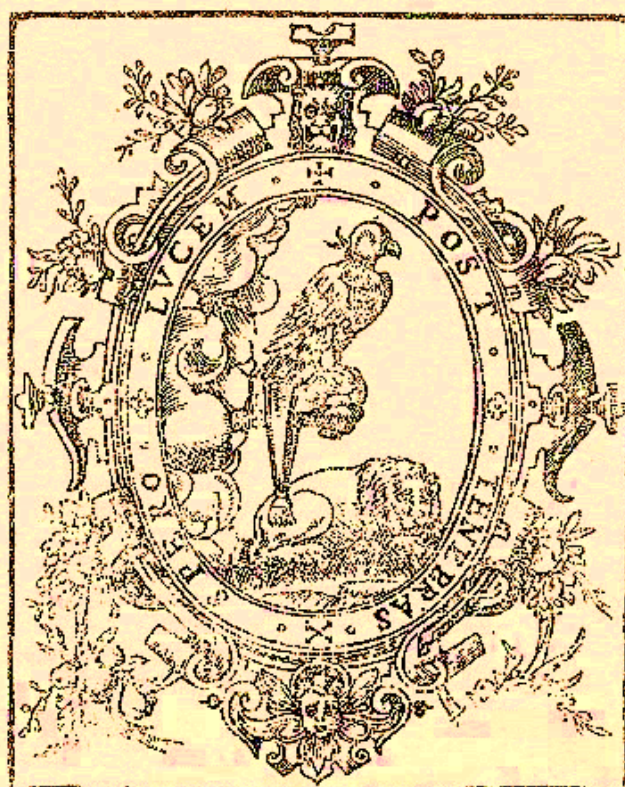
IES Maese Rodrigo, Carmona, 2018



NOVELAS EJEMPLARES DE MIGUEL DE Cervantes Saavedra.

*DIRIGIDO A DON PEDRO FERNAN-
dez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalva,
Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su
Magestad, Virrey, Gouvernador, y Capitan General
del Reyno de Napoles, Comendador de la En-
comienda de la Zarza de la Orden
de Alcantara.*

Año



1613.

*Con privilegio de Castilla, y de los Reynos de la Corona de Aragón.
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.*

Se vende en casa de Fráncisco de Robles, librero del Rey nro Señor.

CUATRO NOVELAS EJEMPLARES

MIGUEL DE CERVANTES

Índice

PRELIMINARES	3
PRÓLOGO AL LECTOR.....	7
DEDICATORIA.....	9
NOVELA DE LA GITANILLA	12
NOVELA DE RINCONETE Y CORTADILLO	55
NOVELA DEL LICENCIADO VIDRIERA	81
[EL COLOQUIO DE LOS PERROS].....	99

PRELIMINARES

FE DE ERRATAS

Vi las doce *Novelas compuestas* por Miguel de Cervantes y en ellas no hay cosa digna que notar que no corresponda con su original.

Dada en Madrid, a siete de agosto de 1613.

El Licenciado Murcia de la Llana

TASA¹

Yo, Hernando de Vallejo, escribano de cámara del rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fe que, habiéndose visto por los señores dél un libro que con su licencia fue impreso, intitulado *Novelas ejemplares*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, le tasaron a cuatro maravedís el pliego, el cual tiene setenta y un pliegos y medio, que al dicho precio suma y monta docientos y ochenta y seis maravedís en papel y mandaron que a este precio, y no más, se venda y que esta tasa se ponga al principio de cada volumen del dicho libro, para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, como consta y parece por el auto y decreto que está y queda en mi poder, a que me refiero.

Y para que dello conste, de mandamiento de los dichos señores del Consejo, y pedimiento de la parte del dicho Miguel de Cervantes, di esta fe, en la villa de Madrid, a doce días del mes de agosto de mil y seiscientos y trece años.

Hernando de Vallejo

Monta ocho reales y catorce maravedís en papel².

Vea este libro el padre presentado³ Fr. Juan Bautista, de la orden de la Santísima Trinidad y dígame si tiene cosa contra la fe o buenas costumbres y si será justo imprimirse.

Fecho en Madrid, a 2 de julio de 1612.

El Doctor Cetina

APROBACIÓN

Por comisión del señor doctor Gutierre de Cetina, vicario general por el ilustrísimo cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas, en corte, he visto y leído las doce *Novelas ejemplares*, compuestas por Miguel de Cervantes Saavedra y supuesto que es sentencia llana del angélico

¹ La tasa establecía el precio al que se debía vender el libro en «papel», esto es, sin encuadernar.

² Este es el precio de venta al público de cada ejemplar antes de ser encuadernado.

³ *presentado*: propuesto o religioso de algunas órdenes a la espera de alcanzar el grado de maestro.

doctor Santo Tomás, que la eutropelia es virtud, la que consiste en un entretenimiento honesto, juzgo que la verdadera eutropelia está en estas *Novelas*, porque entretienen con su novedad, enseñan con sus ejemplos a huir vicios y seguir virtudes y el autor cumple con su intento, con que da honra a nuestra lengua castellana y avisa a las repúblicas de los daños que de algunos vicios se siguen, con otras muchas comodidades y, así, me parece se le puede y debe dar la licencia que pide, salvo etc.

En este convento de la Santísima Trinidad, calle de Atocha, en 9 de julio de 1612.

El padre presentado
Fr. Juan Bautista

APROBACIÓN

Por comisión y mandado de los señores del Consejo de Su Majestad, he hecho ver este libro de *Novelas ejemplares* y no contiene cosa contra la fe ni buenas costumbres, antes con semejantes argumentos nos pretende enseñar su autor cosas de importancia y el cómo nos hemos de haber en ellas y este fin tienen los que escriben novelas y fábulas y, así, me parece se puede dar licencia para imprimir.

En Madrid, a nueve de julio de mil y seiscientos y doce.

El Doctor Cetina

APROBACIÓN

Por comisión de vuestra alteza he visto el libro intitulado *Novelas ejemplares*, de Miguel de Cervantes Saavedra y no hallo en el cosa contra la fe y buenas costumbres, por donde no se pueda imprimir, antes hallo en el cosas de mucho entretenimiento para los curiosos lectores y avisos y sentencias de mucho provecho y que proceden de la fecundidad del ingenio de su autor, que no lo muestra en este menos que en los demás que ha sacado a luz. En este monasterio de la Santísima Trinidad, en ocho de agosto de mil y seiscientos y doce.

Fray Diego de Hortigosa

APROBACIÓN

Por comisión de los señores del Supremo Consejo de Aragón vi un libro intitulado *Novelas ejemplares*, de honestísimo entretenimiento; su autor: Miguel de Cervantes Saavedra y no solo no hallo en el cosa escrita en ofensa de la religión cristiana y perjuicio de las buenas costumbres, antes bien confirma el dueño desta obra la justa estimación que en España y fuera della se hace de su claro ingenio, singular en la invención y copioso en el lenguaje, que con lo uno y lo otro enseña y admira, dejando desta vez concluidos con la abundancia de sus palabras a los que, siendo émulos de la lengua española, la culpan de corta y niegan su fertilidad y, así, se debe imprimir. Tal es mi parecer.

En Madrid, treinta y uno de julio de mil y seiscientos y trece.

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo⁴

EL REY⁵

Por cuanto, por parte de vos, Miguel de Cervantes, nos fue fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado *Novelas ejemplares*, de honestísimo entretenimiento, donde se

⁴ *Salas Barbadillo*: el autor de *La hija de Celestina* (1612), mencionado por Cervantes en el *Viaje del Parnaso*, con quien al parecer tenía una estrecha amistad.

⁵ El privilegio —en este caso dos: uno para el reino de Castilla y otro para el de Aragón, pues el primero no era válido en el otro reino, como tampoco en los de Navarra y Portugal— permitía la venta del libro en el lugar a cuyo Consejo se había solicitado.

mostraba la alteza y fecundidad de la lengua castellana, que os había costado mucho trabajo el componerle y nos suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir y privilegio por el tiempo que fuésemos servido o como la nuestra merced fuese, lo cual, visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la pragmática⁶ por nos sobre ello fecha dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón y nos tuvimoslo por bien. Por la cual vos damos licencia y facultad para que, por tiempo y espacio de diez años cumplidos primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha desta nuestra cédula en adelante, vos, o la persona que para ello vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención. Y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor destos nuestros reinos que nombráredes, para que durante el dicho tiempo lo pueda imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin, de Antonio de Olmedo, nuestro escribano de cámara y uno de los que en el nuestro Consejo residen, con que antes que se venda le traigáis ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma, como por corrector por nos nombrado se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original. Y mandamos al impresor que ansí imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego dél ni entregue más de un solo libro con el original al autor y persona a cuya costa lo imprimiere, ni a otra alguna, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo. Y estando hecho y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual, inmediatamente, se ponga esta nuestra licencia y la aprobación, tasa y erratas; ni lo podáis vender ni vendáis vos ni otra persona alguna, hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha pragmática y leyes de nuestros reinos, que sobre ello disponen. Y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna, sin vuestra licencia, no lo pueda imprimir ni vender, so pena que, el que lo imprimiere y vendiere, haya perdido y pierda cualesquier libros, moldes y aparejos que dél tuviere y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere. De la cual dicha pena sea la tercia parte para nuestra Cámara y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare y la otra tercia parte para el que lo denunciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, presidente y oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa y corte y Chancillerías y otras cualesquier justicias de todas las ciudades, villas y lugares destos nuestros reinos y señoríos y a cada uno dellos, ansí a los que agora son, como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta nuestra cédula y merced, que ansí vos hacemos y contra ella no vayan, ni pasen ni consientan ir ni pasar en manera alguna, so pena de la nuestra merced, y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara.

Fecha en Madrid, a veinte y dos días del mes de noviembre de mil y seiscientos y doce anos.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro Señor,

Jorge de Tovar

PRIVILEGIO DE ARAGÓN

Nos, Don Felipe, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Aragón, de León, de las dos Sicilias, de Jerusalem, de Portugal, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierrafirme del mar Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, de Atenas y Neopatria, conde de Abspurg, de Flandes, de Tirol, de Barcelona, de Rosellón y Cerdaña, marqués de Oristán y conde de Goceano.

⁶ *pragmática*: la ley que regulaba la publicación y comercio de libros en vigor desde 1558.

Por cuanto por parte de vos, Miguel de Cervantes Saavedra, nos ha sido hecha relación que con vuestra industria y trabajo habéis compuesto un libro intitulado *Novelas ejemplares*, de honestísimo entretenimiento, el cual es muy útil y provechoso y le deseáis imprimir en los nuestros reinos de la Corona de Aragón, suplicándonos fuésemos servido de haceros merced de licencia para ello e nos, teniendo consideración a lo sobredicho y que ha sido el dicho libro reconocido por persona experta en letras y por ella aprobado, para que os resulte dello alguna utilidad y, por la común, lo habemos tenido por bien.

Por ende, con tenor de las presentes, de nuestra cierta ciencia y real autoridad, deliberadamente y consulta, damos licencia, permiso y facultad a vos, Miguel de Cervantes, que, por tiempo de diez años, contaderos desde el día de la data de las presentes en adelante, vos, o la persona o personas que vuestro poder tuvieren, y no otro alguno, podáis y puedan hacer imprimir y vender el dicho libro de las *Novelas ejemplar* es, de honestísimo entretenimiento, en los dichos nuestros reinos de la corona de Aragón, prohibiendo y vedando expresamente que ningunas otras personas lo puedan hacer por todo el dicho tiempo, sin vuestra licencia, permiso y voluntad ni le puedan entrar en los dichos reinos, para vender, de otros adonde se hubiere imprimido.

Y si, después de publicadas las presentes, hubiere alguno o algunos que durante el dicho tiempo intentaren de imprimir o vender el dicho libro, ni meterlos impresos para vender, como dicho es, incurran en pena de quinientos florines de oro de Aragón, dividideros en tres partes, a saber: es una para nuestros cofres reales; otra, para vos, el dicho Miguel de Cervantes Saavedra y otra, para el acusador. Y demás de la dicha pena, si fuere impresor, pierda los moldes y libros que así hubiere imprimido, mandando con el mismo tenor de las presentes a cualesquier lugartenientes y capitanes generales, regentes la Cancellería, regente el oficio, y portantsveces⁷ de nuestro general gobernador, alguaciles, vergueros, porteros y otros cualesquier oficiales y ministros nuestros mayores y menores en los dichos nuestros reinos y señoríos constituidos y constituideros y a sus lugartenientes y regentes los dichos oficios, so incurrimiento de nuestra ira e indignación y pena de mil florines de oro de Aragón de bienes del que lo contrario hiciere exigideros y a nuestros reales cofres aplicaderos, que la presente nuestra licencia y prohibición, y todo lo en ella contenido, os tengan guardar, tener, guardar y cumplir hagan, sin contradicción alguna, y no permitan ni den lugar a que sea hecho lo contrario en manera alguna, si demás de nuestra ira e indignación, en la pena susodicha desean no incurrir. En testimonio de lo cual, mandamos despachar las presentes, con nuestro sello real común en el dorso selladas.

Datt. en San Lorenzo el Real, a nueve días del mes de agosto, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo mil y seiscientos y trece.

YO EL REY

*Dominus rex mandavit mihi D. Francisco Gassol, visa per Roig Vicecancellarium, Comitum generalem Thesaurarium, Guardiola, Fontanet, Martinez, & Perez Manrique, regentes Cancellariam*⁸.

⁷ *portantsveces*: lugarteniente del gobernador general.

⁸ «El rey nuestro señor me lo mandó a mí, don Francisco Gassol; visado por Roig, vicecanciller; Comes, tesorero general; Guardiola, Fontanet, Martínez y Pérez Manrique, regentes de la Cancillería» (Traducción de Jorge García López).

PRÓLOGO AL LECTOR

Quisiera yo, si fuera posible, lector amantísimo, excusarme de escribir este prólogo porque no me fue tan bien con el que puse en mi *Don Quijote*, que quedase con gana de segundar con este. Desto tiene la culpa algún amigo, de los muchos que en el discurso de mi vida he granjeado, antes con mi condición que con mi ingenio; el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja deste libro, pues le diera mi retrato el famoso don Juan de Jáurigui⁹ y con esto quedara mi ambición satisfecha y el deseo de algunos que querrían saber qué rostro y talle tiene quien se atreve a salir con tantas invenciones en la plaza del mundo, a los ojos de las gentes, poniendo debajo del retrato: «Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; este digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, a imitación del de César Caporal Perusino¹⁰, y otras obras que andan por ahí descarriadas y, quizá, sin el nombre de su dueño, llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto¹¹ la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria». Y cuando a la deste amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que decir de mí, yo me levantara a mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dijera en secreto, con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio. Porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios.

En fin, pues ya esta ocasión se pasó y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico que, aunque tartamudo, no lo será para decir verdades que, dichas por señas, suelen ser entendidas. Y así, te digo otra vez, lector amable, que destas novelas que te ofrezco en ningún modo podrás hacer pepitoria¹², porque no tienen pies ni cabeza ni entrañas ni cosa que les parezca: quiero decir que los requiebros amorosos que en algunas hallarás son tan honestos

⁹ *don Juan de Jáurigui*: Juan de Jáuregui y Aguilar (1583-1641). Pintor y poeta sevillano que participó activamente en las disputas literarias de la época.

¹⁰ *César Caporal Perusino*: Cervantes escribe el *Viaje del Parnaso* inspirándose en el *Viaggio di Parnaso* (1582) de Cesare Caporali de Perugia.

¹¹ *Lepanto*: la actual Naupacto, en el golfo de Corinto, en Grecia. Frente a esta ciudad tuvo lugar en 1571 la célebre batalla naval contra los turcos en la que resultó herido Cervantes.

¹² *hacer pepitoria*: en sentido figurado, «analizar, juzgar» (*pepitoria*= guiso elaborado con despojos de ave).

y tan medidos con la razón y discurso cristiano que no podrán mover a mal pensamiento al descuidado o cuidadoso que las leyere.

Heles dado nombre de ejemplares y, si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso y, si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos¹³, donde cada uno pueda llegar a entretenerse, sin daño de barras¹⁴; digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan.

Sí, que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios, por calificados que sean. Horas hay de recreación donde el afligido espíritu descanse. Para este efeto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección destas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público. Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano.

A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación y más que me doy a entender, y es así, que yo soy el primero que he novelado¹⁵ en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras, y estas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma y van creciendo en los brazos de la estampa. Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve a competir con Heliodoro¹⁶, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza; y primero verás, y con brevedad dilatadas, las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza y luego las *Semanas del jardín*¹⁷. Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mías, pero ¿quién pondrá rienda a los deseos? Solo esto quiero que consideres: que, pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran Conde de Lemos¹⁸, algún misterio tienen escondido que las levanta.

No más, sino que Dios te guarde y a mí me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mí más de cuatro sotiles y almidonados¹⁹. *Vale*²⁰.

¹³ *trucos*: juego parecido al billar, importado de Italia, que se jugaba con bolas y mazos.

¹⁴ *sin daño de barras*: lance de este mismo juego (= sin hacer daño a nadie).

¹⁵ *el primero que he novelado*: con el término *novela* se designaba en el Siglo de Oro a lo que hoy llamamos «novela corta».

¹⁶ *Heliodoro*: Heliodoro de Émesa (ss. III-IV d. C.). Autor de la obra *Etiópicas* o *Teágenes y Cariclea*, modelo de los libros de aventuras peregrinas, género al que pertenece el *Persiles*.

¹⁷ *Semanas del jardín*: obra perdida y, probablemente, inacabada de Cervantes.

¹⁸ *conde de Lemos*: D. Pedro Fernández de Castro. Personaje de gran influencia en la política española del momento que desarrolló, además, una importante labor de mecenazgo. A él dedica Cervantes la segunda parte del *Quijote*.

¹⁹ *sotiles y almidonados*: criticones sin mucho fundamento. *Almidonados* puede equivaler a nuestro coloquial «estirados»; acaso también «acicalados», «afeminados».

²⁰ *Vale*: consérvate bueno. Expresión latina de despedida.

DEDICATORIA

A DON PEDRO FERNÁNDEZ DE Castro, conde de Lemos, de Andrade y de Villalba, marqués de Sarria, gentilhombre de la Cámara de Su Majestad, virrey, gobernador y capitán General del reino de Nápoles, comendador de la Encomienda de la Zarza, de la orden de Alcántara.

En dos errores, casi de ordinario, caen los que dedican sus obras a algún príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad o de la lisonja, se dilatan en ella en traerle a la memoria, no solo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debajo de su protección y amparo porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan a morderlas y lacerarlas. Yo, pues, huyendo destos dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y real casa de Vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, así naturales como adquiridas, dejándolas a que los nuevos Fidias y Lisipos²¹ busquen mármoles y bronce adonde grabarlas y esculpir las, para que sean émulas a la duración de los tiempos. Tampoco suplico a Vuestra Excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que, si él no es bueno, aunque le ponga debajo de las alas del hipogrifo de Astolfo²² y a la sombra de la clava de Hércules²³, no dejarán los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias²⁴ de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto a nadie. Solo suplico que advierta Vuestra Excelencia que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos que, a no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los más pintados. Tales cuales son, allá van y yo quedo aquí contentísimo por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir a Vuestra Excelencia como a mi verdadero señor y bienhechor mío. Guarde nuestro Señor, &c.

De Madrid, a catorce de julio de mil y seiscientos y trece.

Criado de Vuestra Excelencia,

Miguel de Cervantes Saavedra

²¹ *Fidias y Lisipos*: los escultores de la antigüedad grecolatina aquí citados como ejemplos por antonomasia.

²² El caballo alado de Astolfo, protagonista del *Orlando furioso*.

²³ *clava de Hércules*: la maza de Hércules, con la que se le representa con frecuencia.

²⁴ *los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias*: como ejemplos de murmuradores (Zoilo, Cínicos) y críticos (Pietro Aretino, Francesco Berni) por antonomasia.

DEL MARQUES DE ALCAÑICES²⁵ A MIGUEL DE CERVANTES.

SONETO

Si en el moral ejemplo y dulce aviso,
Cervantes, de la diestra grave lira
en docta frasis²⁶ el concepto mira
el lector retratado un paraíso,
mira mejor que con el arte quiso
vuestro ingenio sacar de la mentira
la verdad, cuya llama solo aspira
a lo que es voluntario hacer preciso.
Al asumpto ofrecidas las memorias
dedica el tiempo, que en tan breve suma
cabén todos sucintos los extremos
y es noble calidad de vuestras glorias,
que el uno se le deba a vuestra pluma,
y el otro a las grandezas del de Lemos.

DE FERNANDO BERMÚDEZ Y CARVAJAL²⁷, CAMARERO DEL DUQUE DE SESA, A MIGUEL DE CERVANTES

Hizo la memoria clara
de aquel Dédalo ingenioso
el laberinto famoso,
obra peregrina y rara,
mas si tu nombre alcanzara
Creta en su monstruo²⁸ cruel,
le diera al bronce y pincel
cuando, en términos distintos,
viera en doce laberintos
mayor ingenio que en él.
Y si la naturaleza,
en la mucha variedad,
enseña mayor beldad,
más artificio y belleza,
celebre con más presteza,
Cervantes raro y sutil,
aqueste florido abril,
cuya variedad admira
la fama veloz que mira
en él variedades mil.

²⁵ Uno de los Grandes de España, poetas de título citados por Cervantes en el *Viaje del Parnaso*.

²⁶ *frasis*: estilo, elocución.

²⁷ También le menciona elogiosamente Cervantes en el *Viaje del Parnaso*.

²⁸ alusión evidente al relato mitológico del Minotauro y el laberinto de Creta.

DE DON FERNANDO DE LODEÑA²⁹ A MIGUEL DE CERVANTES.

SONETO

Dejad, Nereidas, del albergue umbroso
las piezas de cristales fabricadas,
de la espuma ligera mal techadas,
si bien guarnidas de coral precioso;
salid del sitio ameno y deleitoso,
dríades de las selvas no tocadas,
y vosotras, ¡oh musas celebradas!,
dejad las fuentes del licor copioso;
todas juntas traed un ramo solo
del árbol en quien Dafne convertida,
al rubio dios³⁰ mostró tanta dureza,
que, cuando no lo fuera para Apolo,
hoy se hiciera laurel, por ver ceñida
a Miguel de Cervantes la cabeza.

DE JUAN DE SOLÍS MEXÍA³¹, GENTIL HOMBRE CORTESANO, A LOS LECTORES.

SONETO

¡Oh tú, que aquestas fábulas leíste:
si lo secreto de ellas contemplaste,
verás que son de la verdad engaste,
que por tu gusto tal disfraz se viste!
Bien, Cervantes insigne, conociste
la humana inclinación, cuando mezclaste
lo dulce con lo honesto y lo templaste
tan bien que plato al cuerpo y alma hiciste.
Rica y pomposa vas, filosofía,
ya doctrina moral, con este traje,
no habrá quien de ti burle o te desprecie
si agora te faltare compañía,
jamás esperes del mortal linaje
que tu virtud y tus grandezas precie.

²⁹ *Fernando Lodeña*: o Ludeña o Ludeño, militar nacido en Madrid que Cervantes también elogia en el *Viaje del Parnaso*.

³⁰ *rubio dios*: Apolo; alusión a la fábula de Dafne y Apolo.

³¹ También citado elogiosamente por Cervantes en el *Viaje del Parnaso*.

NOVELA DE LA GITANILLA

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo; y la gana del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte.

Una, pues, desta nación, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco³², crió una muchacha en nombre de nieta suya, a quien puso nombre Preciosa y a quien enseñó todas sus gitanerías y modos de embelecocos³³ y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles ni los aires ni todas las inclemencias del cielo, a quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos y, lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada. Y, con todo esto, era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes, con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana, vieja ni moza, cantar cantares lascivos ni decir palabras no buenas. Y, finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía y así determinó el águila vieja sacar a volar su aguilucho y enseñarle a vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas³⁴ y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire. Porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias, en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta, habían de ser felicísimos atractivos e incentivos para acrecentar su caudal; y así, se los procuró y buscó por todas las vías que pudo y no faltó poeta que se los diese: que también hay poetas que se acomodan con gitanos y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros y van a la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa.

Criose Preciosa en diversas partes de Castilla y, a los quince años de su edad, su abuela putativa la volvió a la corte y a su antiguo rancho³⁵, que es adonde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara³⁶, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fue un día de Santa Ana³⁷, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro

³² *Caco*: en la mitología romana es hijo de Vulcano. Es famoso por haberle robado a Hércules algunas de las vacas que este había robado, previamente, a Geriones. Por antonomasia, *caco* ha pasado a significar «ladrón».

³³ *embelecocos*: embustes, engaños.

³⁴ *zarabandas*: en el Siglo de Oro, danza popular española muy censurada por los moralistas.

³⁵ *rancho*: chabola, campamento.

³⁶ *campos de Santa Bárbara*: junto a la puerta de Santa Bárbara, en la zona norte de Madrid.

³⁷ *día de Santa Ana*: el 26 de julio; Santa Ana es patrona de Madrid y, al parecer, había en esta ciudad una imagen de la que se declaraban especialmente devotos los gitanos.

ancianas y cuatro muchachas y un gitano, gran bailarín, que las guiaba. Y, aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal que poco a poco fue enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el son del tamborín y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la gitanilla y corrían los muchachos a verla y los hombres a mirarla. Pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, ¡allí fue ello! Allí sí que cobró aliento la fama de la gitanilla y de común consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron a hacerla en la iglesia de Santa María³⁸, delante de la imagen de Santa Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas³⁹, al son de las cuales, dando en redondo largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Árbol preciosísimo
que tardó en dar fruto
años que pudieron
cubrirle de luto
y hacer los deseos
del consorte puros,
contra su esperanza
no muy bien seguros;
de cuyo tardarse
nació aquel disgusto
que lanzó del templo
al varón más justo;
santa tierra estéril
que al cabo⁴⁰ produjo
toda la abundancia
que sustenta el mundo;
casa de moneda
do se forjó el cuño
que dio a Dios la forma
que como hombre tuvo;
madre de una hija
en quien quiso y pudo
mostrar Dios grandezas
sobre humano curso.
Por vos y por ella
sois, Ana, el refugio
do van por remedio
nuestros infortunios.
En cierta manera,
tenéis, no lo dudo,
sobre el nieto imperio
piadoso y justo.
A ser comunera
del alcázar sumo,
fueran mil parientes
con vos de consuno.
¡Qué hija y qué nieto
y qué yerno! Al punto,

³⁸ *iglesia de Santa María*: hoy catedral de la Almudena.

³⁹ *sonajas*: arco de madera donde se sostienen, como en una pandereta, pares de chapitas que chocan entre sí.

⁴⁰ *al cabo*: por fin.

a ser causa justa,
cantárades triunfos.
Pero vos, humilde,
fuistes el estudio
donde vuestra hija
hizo humildes cursos
y agora a su lado,
a Dios el más junto,
gozáis de la alteza
que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fue para admirar a cuantos la escuchaban. Unos decían: «¡Dios te bendiga la muchacha!». Otros: «¡Lástima es que esta mozuela sea gitana! En verdad, en verdad, que merecía ser hija de un gran señor». Otros había más groseros que decían: «¡Dejen crecer a la rapaza, que ella hará de las suyas! ¡A fe que se va añudando en ella gentil red barredera para pescar corazones!». Otro, más humano, más basto y más modorro⁴¹, viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo: «¡A ello, hija, a ello! ¡Andad, amores y pisad el polvito atán menudito!». Y ella respondió, sin dejar el baile: «¡Y pisarelo yo atán menudo!».

Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana y quedó Preciosa algo cansada, pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y de bailadora que a corrillos se hablaba della en toda la corte. De allí a quince días, volvió a Madrid con otras tres muchachas, con sonajas y con un baile nuevo, todas apercibidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás y muchos miraron en ello y la tuvieron en mucho.

Nunca se apartaba della la gitana vieja, hecha su Argos⁴², temerosa no se la despabilasen y traspusiesen⁴³; llamábala nieta y ella la tenía por abuela. Pusiéronse a bailar a la sombra en la calle de Toledo y de los que las venían siguiendo se hizo luego un gran corro y, en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna a los circunstantes y llovían en ella ochavos y cuartos⁴⁴ como piedras a tablado; que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida.

Acabado el baile, dijo Preciosa:

—Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la Reina nuestra señora Margarita⁴⁵ salió a misa de parida en Valladolid y fue a San Llorente⁴⁶; dígoles que es famoso y compuesto por un poeta de los del número, como capitán del batallón.

Apenas hubo dicho esto, cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron a voces:

—¡Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos!

Y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos a cogerlos. Hecho, pues, su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas y, al tono correntío⁴⁷ y loquesco⁴⁸, cantó el siguiente romance:

⁴¹ *modorro*: inadvertido, ignorante.

⁴² *Argos*: Argo; en la mitología griega es un héroe oriundo de la Argólida, en el Peloponeso, dotado de cuatro o de muchos ojos, según versiones, a quien Hera, esposa de Zeus, encargó la vigilancia de la ternera Ío, amante de su marido. Argo, que podía dormir con la mitad de sus ojos abiertos, se convirtió en el paradigma de vigilante implacable.

⁴³ *despabilasen y traspusiesen*: *robasen*.

⁴⁴ *ochavos y cuartos*: monedas de cobre de poco valor. Calderilla.

⁴⁵ *señora Margarita*: Margarita de Austria, esposa de Felipe III.

⁴⁶ *San Llorente*: iglesia de San Lorenzo, en Valladolid, donde fue bautizado en 1605 Felipe IV.

⁴⁷ *correntío*: ligero, suelto.

⁴⁸ *loquesco*: alocado, de poco juicio.

Salió a misa de parida
la mayor reina de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya.
Como los ojos se lleva,
se lleva las almas todas
de cuantos miran y admiran
su devoción y su pompa.
Y, para mostrar que es parte
del cielo en la tierra toda,
a un lado lleva el sol de Austria,
al otro, la tierna Aurora.
A sus espaldas le sigue
un lucero que a deshora
salió, la noche del día
que el cielo y la tierra lloran.
Y si en el cielo hay estrellas
que lucientes carros forman,
en otros carros su cielo
vivas estrellas adornan.
Aquí el anciano Saturno
la barba pule y remoja
y, aunque es tardo, va ligero,
que el placer cura la gota.
El dios parlero va en lenguas
lisonjeras y amorosas
y Cupido en cifras varias
que rubíes y perlas bordan.
Allí va el furioso Marte
en la persona curiosa
de más de un gallardo joven,
que de su sombra se asombra.
Junto a la casa del sol
va Júpiter, que no hay cosa
difícil a la privanza
fundada en prudentes obras.
Va la Luna en las mejillas
de una y otra humana diosa;
Venus casta, en la belleza
de las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, vuelven y tornan
por el cinto tachonado
de esta esfera milagrosa.
Y, para que todo admire
y todo asombre, no hay cosa
que de liberal no pase
hasta el extremo de pródiga.
Milán con sus ricas telas
allí va en vista curiosa;

las Indias con sus diamantes
y Arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
va la envidia mordedora
y la bondad en los pechos
de la lealtad española.
La alegría universal,
huyendo de la congoja,
calles y plazas discurre,
descompuesta y casi loca.
A mil mudas bendiciones
abre el silencio la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan.
Cuál dice: "Fecunda vid,
crece, sube, abraza y toca
el olmo felice tuyo
que mil siglos te haga sombra
para gloria de ti misma,
para bien de España y honra,
para arrimo de la Iglesia,
para asombro de Mahoma".
Otra lengua clama y dice:
"Vivas, ¡oh blanca paloma!,
que nos has de dar por crías
águilas de dos coronas,
para ahuyentar de los aires
las de rapiña furiosas;
para cubrir con sus alas
a las virtudes medrosas".
Otra, más discreta y grave,
más aguda y más curiosa
dice, vertiendo alegría
por los ojos y la boca:
"Esta perla que nos diste,
nácar de Austria, única y sola,
¡qué de máquinas que rompe!,
¡qué de designios que corta!,
¡qué de esperanzas que infunde!,
¡qué de deseos mal logra!,
¡qué de temores aumenta!,
¡qué de preñados aborta!"
En esto, se llegó al templo
del Fénix santo que en Roma
fue abrasado y quedó vivo
en la fama y en la gloria.
A la imagen de la vida,
a la del cielo Señora,
a la que por ser humilde
las estrellas pisa agora,
a la madre y Virgen junto,
a la hija y a la esposa

de Dios, hincada de hinojos,
Margarita así razona:
“Lo que me has dado te doy,
mano siempre dadivosa;
que a do falta el favor tuyo,
siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Virgen hermosa:
tales cuales son las mira,
recibe, ampara y mejora.
A su padre te encomiendo,
que, humano Atlante⁴⁹, se encorva
al peso de tantos reinos
y de climas tan remotas.
Sé que el corazón del Rey
en las manos de Dios mora
y sé que puedes con Dios
cuanto quieres piadosa”.
Acabada esta oración,
otra semejante entonan
himnos y voces que muestran
que está en el suelo la gloria.
Acabados los oficios
con reales ceremonias,
volvió a su punto este cielo
y esfera maravillosa.

Apenas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola que dijo:

—¡Torna a cantar, Preciosica, que no faltarán cuartos como tierra!

Más de docientas personas estaban mirando el baile y escuchando el canto de las gitanas y en la fuga dél acertó a pasar por allí uno de los tinientes de la villa⁵⁰ y, viendo tanta gente junta, preguntó qué era; y fuele respondido que estaban escuchando a la gitanilla hermosa, que cantaba. Llegose el tiniente, que era curioso y escuchó un rato y, por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin y, habiéndole parecido por todo extremo bien la gitanilla, mandó a un paje suyo dijese a la gitana vieja que al anoecer fuese a su casa con las gitanillas, que quería que las oyese doña Clara, su mujer. Hízolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría.

Acabaron el baile y el canto y mudaron lugar y en esto llegó un paje muy bien aderezado a Preciosa y, dándole un papel doblado, le dijo:

—Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

—Eso aprenderé yo de muy buena gana —respondió Preciosa—; y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condición que sean honestos y si quisiere que se los pague, concertémonos por docenas y docena cantada y docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado es pensar lo imposible.

⁴⁹ *Atlante*: en la mitología griega es uno de los Gigantes, anteriores a la generación de los Olímpicos, a quien Zeus condenó a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste.

⁵⁰ *tiniente de la villa*: teniente era una suerte de cargo por delegación; aquí representa al alcalde.

—Para papel, siquiera, que me dé la señora Preciosica —dijo el paje—, estaré contento; y más, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta.

—A la mía quede el escogerlos —respondió Preciosa.

Y con esto, se fueron la calle adelante y desde una reja llamaron unos caballeros a las gitanas. Asomose Preciosa a la reja, que era baja y vio en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando a diversos juegos, se entretenían.

—¿Quiérenme dar barato⁵¹, ceñores? —dijo Preciosa, que, como gitana, hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.

A la voz de Preciosa y a su rostro dejaron los que jugaban el juego y el paseo los paseantes y los unos y los otros acudieron a la reja por verla, que ya tenían noticia della, y dijeron:

—Entren, entren las gitanillas, que aquí les daremos barato.

—Caro sería ello —respondió Preciosa— si nos pellizcacen.

—No, a fe de caballeros —respondió uno—; bien puedes entrar, niña, segura, que nadie te tocará a la vira de tu zapato; no, por el hábito⁵² que traigo en el pecho.

Y púsose la mano sobre uno de Calatrava⁵³.

—Si tú quieres entrar, Preciosa —dijo una de las tres gitanillas que iban con ella—, entra en hora buena; que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres.

—Mira, Cristina —respondió Preciosa—: de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas y no de tantos juntos porque antes el ser muchos quita el miedo y el recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina a ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones, pero han de ser de las secretas y no de las públicas.

—Entremos, Preciosa —dijo Cristina—, que tú sabes más que un sabio.

Animolas la gitana vieja y entraron y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vio el papel que traía en el seno y llegando a ella se le tomó y dijo Preciosa:

—¡Y no me le tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aún no le he leído!

—Y ¿sabes tú leer, hija? —dijo uno.

—Y escribir —respondió la vieja—; que a mi nieta hela criado yo como si fuera hija de un letrado.

Abrió el caballero el papel y vio que venía dentro dél un escudo de oro y dijo:

—En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte⁵⁴ dentro; toma este escudo que en el romance viene.

—¡Basta! —dijo Preciosa—, que me ha tratado de pobre el poeta, pues cierto que es más milagro darme a mí un poeta un escudo que yo recibirle; si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el *Romancero general*⁵⁵ y envíemelos uno a uno que yo les tentaré el pulso y si vinieren duros, seré yo blanda en recibillos.

⁵¹ *barato*: propina que se daba en el juego de cartas a los mirones y aduladores. También, cosa de poco valor; aquí, tiene el doble sentido.

⁵² *hábito*: insignia de una orden militar. Era indicio cierto de nobleza.

⁵³ *Calatrava*: una de las órdenes militares de más prestigio de la época.

⁵⁴ *porte*: precio del envío.

⁵⁵ *Romancero general*: editado en 1600, es la más extensa recopilación de romances de la época.

Admirados quedaron los que oían a la gitánica, así de su discreción como del donaire con que hablaba.

—Lea, señor —dijo ella—, y lea alto; veremos si es tan discreto ese poeta como es liberal.

Y el caballero leyó así:

Gitanica, que de hermosa
te pueden dar parabienes
por lo que de piedra tienes,
te llama el mundo Preciosa.
Desta verdad me asegura
esto, como en ti verás;
que no se apartan jamás
la esquiveza y la hermosura.
Si como en valor subido
vas creciendo en arrogancia,
no le arriendo la ganancia
a la edad en que has nacido;
que un basilisco⁵⁶ se cría
en ti, que mata mirando,
y un imperio que, aunque blando,
nos parezca tiranía.
Entre pobres y aduares⁵⁷,
¿cómo nació tal belleza?
O ¿cómo crió tal pieza
el humilde Manzanares?
Por esto será famoso
al par del Tajo dorado,
y por Preciosapreciado
más que el Ganges caudaloso.
Dices la buenaventura
y dasla mala contino⁵⁸,
que no van por un camino
tu intención y tu hermosura.
Porque en el peligro fuerte
de mirarte o contemplarte
tu intención va a desculparte,
y tu hermosura a dar muerte.
Dicen que son hechiceras
todas las de tu nación,
pero tus hechizos son
de más fuerzas y más veras;
pues por llevar los despojos
de todos cuantos te ven,
haces, ¡oh niña!, que estén
tus hechizos en tus ojos.
En sus fuerzas te adelantas,
pues bailando nos admiras
y nos matas si nos miras

⁵⁶ *basilisco*: criatura mitológica capaz de matar con la mirada.

⁵⁷ *aduares*: campamentos gitanos.

⁵⁸ *contino*: continuamente.

y nos encantas si cantas.
De cien mil modos hechizas:
hables, calles, cantes, mires
o te acerques o retires
el fuego de amor atizas.
Sobre el más exento pecho
tienes mando y señorío,
de lo que es testigo el mío,
de tu imperio satisfecho.
Preciosa joya de amor,
esto humildemente escribe
el que por ti muere y vive,
pobre, aunque humilde amador.

—En «pobre» acaba el último verso —dijo a esta sazón Preciosa—: ¡mala señal! Nunca los enamorados han de decir que son pobres porque a los principios, a mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor.

—¿Quién te enseña eso, rapaza? —dijo uno.

—¿Quién me lo ha de enseñar? —respondió Preciosa—. ¿No tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿No tengo ya quince años? Y no soy manca, ni renca⁵⁹, ni estropeada del entendimiento. Los ingenios de las gitanas van por otro norte que los de las demás gentes: siempre se adelantan a sus años; no hay gitano necio, ni gitana lerda que, como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio a cada paso y no dejan que críe moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas, mis compañeras, que están callando y parecen bobas? Pues éntrenles el dedo en la boca y tiéntenlas las cordales y verán lo que verán. No hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinte y cinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año.

Con esto que la gitanilla decía tenía suspensos a los oyentes y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales y más rica y más alegre que una Pascua de Flores, antecogió⁶⁰ sus corderas y fuese en casa del señor teniente, quedando que otro día volvería con su manada a dar contento a aquellos tan liberales señores.

Ya tenía aviso la señora doña Clara, mujer del señor teniente, cómo habían de ir a su casa las gitanillas y estábanlas esperando como el agua de mayo ella y sus doncellas y dueñas, con las de otra señora vecina suya, que todas se juntaron para ver a Preciosa. Y apenas hubieron entrado las gitanas, cuando entre las demás resplandeció Preciosa como la luz de una antorcha entre otras luces menores. Y así, corrieron todas a ella: unas la abrazaban, otras la miraban, estas la bendecían, aquellas la alababan. Doña Clara decía:

—¡Este sí que se puede decir cabello de oro! ¡Estos sí que son ojos de esmeraldas!

La señora su vecina la desmenuzaba toda y hacía pepitoria de todos sus miembros y coyunturas. Y, llegando a alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenía en la barba, dijo:

—¡Ay, qué hoyo! En este hoyo han de tropezar cuantos ojos le miraren.

Oyó esto un escudero de brazo de la señora doña Clara, que allí estaba, de luenga barba y largos años y dijo:

—¿Ese llama vuesa merced hoyo, señora mía? Pues yo sé poco de hoyos o ese no es hoyo, sino sepultura de deseos vivos. ¡Por Dios, tan linda es la gitanilla que hecha de plata o de alcorza⁶¹ no podría ser mejor! ¿Sabes decir la buenaventura, niña?

⁵⁹ *renca*: coja.

⁶⁰ *antecogió*: recogió.

⁶¹ *alcorza*: costra de azúcar refinado. Metafóricamente, se dice de algo delicado.

—De tres o cuatro maneras —respondió Preciosa.

—¿Y eso más? —dijo doña Clara—. Por vida del tiniente, mi señor, que me la has de decir, niña de oro y niña de plata y niña de perlas y niña de carbuncos y niña del cielo, que es lo más que puedo decir.

—Denle, denle la palma de la mano a la niña y con qué haga la cruz —dijo la vieja— y verán qué de cosas les dice; que sabe más que un doctor de melecina⁶².

Echó mano a la faldriquera⁶³ la señora tenienta y halló que no tenía blanca. Pidió un cuarto a sus criadas y ninguna le tuvo, ni la señora vecina tampoco. Lo cual visto por Preciosa, dijo:

—Todas las cruces, en cuanto cruces, son buenas; pero las de plata o de oro son mejores y el señalar la cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, a lo menos la mía y, así, tengo afición a hacer la cruz primera con algún escudo de oro o con algún real de a ocho o, por lo menos, de a cuatro, que soy como los sacristanes: que cuando hay buena ofrenda, se regocijan.

—Donaire tienes, niña, por tu vida —dijo la señora vecina.

Y, volviéndose al escudero, le dijo:

—Vos, señor Contreras, ¿tendréis a mano algún real de a cuatro⁶⁴? Dádmele, que, en viniendo el doctor, mi marido, os le volveré.

—Sí tengo —respondió Contreras—, pero téngole empeñado en veinte y dos maravedís⁶⁵ que cené anoche. Dénmelos, que yo iré por él en volandas⁶⁶.

—No tenemos entre todas un cuarto —dijo doña Clara—, ¿y pedís veinte y dos maravedís? Andad, Contreras, que siempre fuistes impertinente.

Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dijo a Preciosa:

—Niña, ¿hará algo al caso que se haga la cruz con un dedal de plata?

—Antes —respondió Preciosa—, se hacen las cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos.

—Uno tengo yo —replicó la doncella—; si este basta, hele aquí, con condición que también se me ha de decir a mí la buenaventura.

—¿Por un dedal tantas buenasaventuras? —dijo la gitana vieja—. Nieta, acaba presto, que se hace noche.

Tomó Preciosa el dedal y la mano de la señora tenienta y dijo:

Hermosita, hermosa,
la de las manos de plata,
más te quiere tu marido
que el rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
pero a veces eres brava
como leona de Orán
o como tigre de Ocaña⁶⁷.

⁶² *melecina*: vulgarismo por medicina.

⁶³ *faldriquera*: bolsa que llevaban las mujeres atada, por debajo de la falda o del delantal.

⁶⁴ *real de a cuatro*: moneda de cuatro reales de plata. Un real son treinta y cuatro maravedís.

⁶⁵ *maravedí*: no solo era una moneda de uso en tiempo de Cervantes, sino también unidad de cuenta.

⁶⁶ *en volandas*: a toda prisa, volando.

⁶⁷ *tigre de Ocaña*: deformación por Tigre de Hircania; Hircania es una región del norte de Irán, a orillas del mar Caspio. Cervantes repite esta etimología popular en más de una ocasión.

Pero en un tras, en un tris,
 el enojo se te pasa
 y quedas como alfiñique⁶⁸
 o como cordera mansa.
 Riñes mucho y comes poco:
 algo celosita andas;
 que es juguetón el tiniente
 y quiere arrimar la vara.
 Cuando doncella, te quiso
 uno de una buena cara,
 que mal hayan los terceros⁶⁹,
 que los gustos desbaratan.
 Si a dicha tú fueras monja,
 hoy tu convento mandarás,
 porque tienes de abadesa
 más de cuatrocientas rayas.
 No te lo quiero decir,
 pero poco importa, vaya:
 enviudarás y otra vez
 y otras dos, serás casada.
 No llores, señora mía,
 que no siempre las gitanas
 decimos el *Evangelio*;
 no llores, señora, acaba.
 Como te mueras primero
 que el señor tiniente, basta
 para remediar el daño
 de la viudez que amenaza.
 Has de heredar, y muy presto,
 hacienda en mucha abundancia;
 tendrás un hijo canónigo,
 la iglesia no se señala;
 de Toledo no es posible.
 Una hija rubia y blanca
 tendrás, que si es religiosa,
 también vendrá a ser perlada⁷⁰.
 Si tu esposo no se muere
 dentro de cuatro semanas,
 verasle corregidor⁷¹
 de Burgos o Salamanca.
 Un lunar tienes, ¡qué lindo!
 ¡Ay Jesús, qué luna clara!
 ¡Qué sol, que allá en los antípodas
 oscuros valles aclara!
 Más de dos ciegos por verle
 dieran más de cuatro blancas.
 ¡Agora sí es la risica!

⁶⁸ *alfiñique*: era un tipo de dulce. La expresión se aplica a lo suave y blando.

⁶⁹ *terceros*: los que tercian; los intermediarios.

⁷⁰ *perlada*: prelada.

⁷¹ *corregidor*: funcionario que, en su territorio, ejercía la jurisdicción real.

¡Ay, que bien haya esa gracia!
Guárdate de las caídas,
principalmente de espaldas,
que suelen ser peligrosas
en las principales damas.
Cosas hay más que decirte:
si para el viernes me aguardas,
las oírás, que son de gusto
y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa y con ella encendió el deseo de todas las circunstantes en querer saber la suya y así se lo rogaron todas, pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiéndole que tendrían reales de plata para hacer las cruces.

En esto vino el señor tiniente, a quien contaron maravillas de la gitanilla; él las hizo bailar un poco y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que a Preciosa habían dado y, poniendo la mano en la faldriquera, hizo señal de querer darle algo y, habiéndola espulgado⁷² y sacudido y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacía y dijo:

—¡Por Dios, que no tengo blanca! Dadle vos, doña Clara, un real a Preciosica, que yo os le daré después.

—¡Bueno es eso, señor, por cierto! ¡Sí, ahí está el real de manifiesto! No hemos tenido entre todas nosotras un cuarto para hacer la señal de la cruz, ¿y quiere que tengamos un real?

—Pues dadle alguna valoncica⁷³ vuestra o alguna cosita, que otro día nos volverá a ver Preciosa, y la regalaremos mejor.

A lo cual dijo doña Clara:

—Pues, porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora a Preciosa.

—Antes, si no me dan nada —dijo Preciosa—, nunca más volveré acá. Mas sí volveré, a servir a tan principales señores, pero traíré tragado que no me han de dar nada y ahorrareme la fatiga del esperallo. Coheche⁷⁴ vuesa merced, señor tiniente; coheche y tendrá dineros y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señora: por ahí he oído decir (y, aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condenaciones de las residencias y para pretender otros cargos.

—Así lo dicen y lo hacen los desalmados —replicó el teniente—, pero el juez que da buena residencia no tendrá que pagar condenación alguna, y el haber usado bien su oficio será el valedor para que le den otro.

—Habla vuesa merced muy a lo santo, señor tiniente —respondió Preciosa—; ándese a eso y cortarémole de los harapos para reliquias.

—Mucho sabes, Preciosa —dijo el tiniente—. Calla, que yo daré traza que Sus Majestades te vean, porque eres pieza de reyes.

—Querranme para truhana —respondió Preciosa— y yo no lo sabré ser y todo irá perdido. Si me quisiesen para discreta, aún llevarme hían⁷⁵, pero en algunos palacios más medran los truhanes que los discretos. Yo me hallo bien con ser gitana y pobre y corra la suerte por donde el cielo quisiere.

⁷² *espulgado*: limpio de pulgas o piojos. En sentido figurado, examinado cuidadosamente.

⁷³ *valoncica*: adorno de encajes para el cuello que colgaba hasta el pecho y parte alta de la espalda.

⁷⁴ *Coheche*: acepte sobornos.

⁷⁵ *llevarme hían*: forma antigua del condicional me llevarían.

—Ea, niña —dijo la gitana vieja—, no hables más, que has hablado mucho y sabes más de lo que yo te he enseñado. No te asotiles⁷⁶ tanto, que te despuntarás; habla de aquello que tus años permiten y no te metas en altanerías, que no hay ninguna que no amenace caída.

—¡El diablo tienen estas gitanas en el cuerpo! —dijo a esta sazón el tiniente.

Despidiéronse las gitanas y, al irse, dijo la doncella del dedal:

—Preciosa, dime la buenaventura o vuélveme mi dedal, que no me queda con qué hacer labor.

—Señora doncella —respondió Preciosa—, haga cuenta que se la he dicho y provéase de otro dedal o no haga vainillas⁷⁷ hasta el viernes, que yo volveré y le diré más venturas y aventuras que las que tiene un libro de caballerías.

Fuéronse y juntáronse con las muchas labradoras que a la hora de las avemarías⁷⁸ suelen salir de Madrid para volverse a sus aldeas y entre otras vuelven muchas, con quien siempre se acompañaban las gitanas y volvían seguras; porque la gitana vieja vivía en continuo temor no le salteasen a su Preciosa.

Sucedió, pues, que la mañana de un día que volvían a Madrid a coger la garrama⁷⁹ con las demás gitanillas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos antes que se llegue a la villa, vieron un mancebo gallardo y ricamente aderezado de camino⁸⁰. La espada y daga que traía eran, como decirse suele, una ascua de oro; sombrero con rico cintillo⁸¹ y con plumas de diversas colores adornado. Repararon las gitanas en viéndole y pusiéronsele a mirar muy de espacio, admiradas de que a tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar a pie y solo.

Él se llegó a ellas y, hablando con la gitana mayor, le dijo:

—Por vida vuestra, amiga, que me hagáis placer que vos y Preciosa me oyáis aquí aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho.

—Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buen hora —respondió la vieja.

Y, llamando a Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos y así, en pie, como estaban, el mancebo les dijo:

—Yo vengo de manera rendido a la discreción y belleza de Preciosa que después de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar a este punto, al cabo he quedado más rendido y más imposibilitado de excusarlo. Yo, señoras mías, que siempre os he de dar este nombre, si el cielo mi pretensión favorece, soy caballero, como lo puede mostrar este hábito —y, apartando el herreruelo⁸², descubrió en el pecho uno de los más calificados que hay en España—; soy hijo de Fulano —que por buenos respetos aquí no se declara su nombre—; estoy debajo de su tutela y amparo, soy hijo único y el que espera un razonable mayorazgo⁸³. Mi padre está aquí en la corte pretendiendo un cargo y ya está consultado⁸⁴ y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él. Y, con ser de la calidad y nobleza que os he referido y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso, quisiera ser un gran señor para levantar a mi grandeza la humildad de Preciosa, haciéndola mi igual y mi señora. Yo no la pretendo para burlalla ni en las veras del amor que la tengo puede caber género de burla alguna; solo quiero servirla del modo que ella más gustare: su

⁷⁶ *No te asotiles*: no seas tan sutil.

⁷⁷ *vainillas*: cierto tipo de labor; vainica.

⁷⁸ a la hora de las avemarías: *al atardecer*.

⁷⁹ *garrama*: hurto, robo; pero también, impuesto. Obsérvese el gracioso doble sentido.

⁸⁰ *de camino*: con indumentaria de viaje.

⁸¹ *cintillo*: cinta de adorno alrededor del sombrero.

⁸² *herreruelo*: capa corta y sin capilla o capucha.

⁸³ *mayorazgo*: institución que tenía por objeto perpetuar en una familia la posesión de ciertos bienes; a tal efecto se designaba como heredero al primogénito que, no obstante, veía limitada su disposición sobre dichos bienes.

⁸⁴ *consultado*: ya propuesto, pero en espera de resolución.

voluntad es la mía. Para con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere y para conservarlo y guardarlo no será como impreso en cera, sino como esculpido en mármoles, cuya dureza se opone a la duración de los tiempos. Si creéis esta verdad, no admitirá ningún desmayo mi esperanza; pero si no me creéis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda. Mi nombre es este —y díjosele—; el de mi padre ya os le he dicho. La casa donde vive es en tal calle y tiene tales y tales señas; vecinos tiene de quien podréis informaros y aun de los que no son vecinos también, que no es tan oscura la calidad y el nombre de mi padre y el mío, que no le sepan en los patios de palacio y aun en toda la corte. Cien escudos traigo aquí en oro para daros en arra⁸⁵ y señal de lo que pienso daros, porque no ha de negar la hacienda el que da el alma.

En tanto que el caballero esto decía, le estaba mirando Preciosa atentamente y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones ni su talle y, volviéndose a la vieja, le dijo:

—Perdóneme, abuela, de que me tomo licencia para responder a este tan enamorado señor.

—Responde lo que quisieres, nieta —respondió la vieja—, que yo sé que tienes discreción para todo.

Y Preciosa dijo:

—Yo, señor caballero, aunque soy gitana pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espirítulo fantástico acá dentro que a grandes cosas me lleva. A mí ni me mueven promesas ni me desmoronan dádivas ni me inclinan sumisiones ni me espantan finezas enamoradas y, aunque de quince años, que, según la cuenta de mi abuela, para este San Miguel⁸⁶ los haré, soy ya vieja en los pensamientos y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia. Pero, con lo uno o con lo otro, sé que las pasiones amorosas en los recién enamorados son como ímpetus indiscretos que hacen salir a la voluntad de sus quicios; la cual, atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo y, pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres. Si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesión de la cosa deseada y quizá, abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal que ningunas palabras creo y de muchas obras dudo. Una sola joya tengo que la estimo en más que a la vida, que es la de mi entereza y virginidad y no la tengo de vender a precio de promesas ni dádivas porque, en fin, será vendida y si puede ser comprada, será de muy poca estima; ni me la han de llevar trazas ni embelecas: antes pienso irme con ella a la sepultura y quizá al cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasías soñadas la embistan o manoseen. Flor es la de la virginidad que, a ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja y, finalmente, entre las manos rústicas se deshace. Si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habéis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser a este santo yugo, que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen. Si quisiéredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra, pero han de preceder muchas condiciones y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois el que decís; luego, hallando esta verdad, habéis de dejar la casa de vuestros padres y la habéis de trocar con nuestros ranchos y, tomando el traje de gitano, habéis de cursar dos años en nuestras escuelas, en el cual tiempo me satisfaré yo de vuestra condición y vos de la mía; al cabo del cual, si vos os contentáredes de mí y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo de ser vuestra hermana en el trato y vuestra humilde en serviros. Y habéis de considerar que en el tiempo deste noviciado podría ser que cobráseis la vista que ahora debéis de tener perdida o, por lo menos, turbada, y viédeses que os convenía huir de lo que ahora seguís con tanto ahínco. Y, cobrando la libertad perdida, con un buen arrepentimiento se perdona cualquier culpa. Si con

⁸⁵ *arra*: cantidad que entregaba el esposo en las ceremonias previas a la boda, como garantía del cumplimiento de sus obligaciones.

⁸⁶ *San Miguel*: el 29 de septiembre.

estas condiciones queréis entrar a ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está, pues, faltando alguna dellas, no habéis de tocar un dedo de la mía.

Pasmose el mozo a las razones de Preciosa, y púsose como embelesado, mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debía. Viendo lo cual Preciosa tornó a decirle:

—No es este caso de tan poco momento, que en los que aquí nos ofrece el tiempo pueda ni deba resolverse. Volveos, señor, a la villa y considerad de espacio lo que viéredes que más os convenga y en este mismo lugar me podéis hablar todas las fiestas que quisiéredes, al ir o venir de Madrid.

A lo cual respondió el gentilhombre:

—Cuando el cielo me dispuso para quererte, Preciosa mía, determiné de hacer por ti cuanto tu voluntad acertase a pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me habías de pedir lo que me pides; pero, pues es tu gusto que el mío al tuyo se ajuste y acomode, cuéntame por gitano desde luego y haz de mí todas las experiencias que más quisieres; que siempre me has de hallar el mismo que ahora te significo. Mira cuándo quieres que mude el traje, que yo querría que fuese luego, que, con ocasión de ir a Flandes⁸⁷, engañaré a mis padres y sacaré dineros para gastar algunos días y serán hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida. A los que fueren conmigo yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinación. Lo que te pido es, si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo, que, si no es hoy, donde te puedes informar de mi calidad y de la de mis padres, que no vayas más a Madrid; porque no querría que algunas de las demasiadas ocasiones que allí pueden ofrecerse me saltease la buena ventura que tanto me cuesta.

—Eso no, señor galán —respondió Preciosa—: sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos y entienda que no la tomaré tan demasiada, que no se eche de ver desde bien lejos que llega mi honestidad a mi desenvoltura y en el primero cargo en que quiero estaros es en el de la confianza que habéis de hacer de mí. Y mirad que los amantes que entran pidiendo celos o son simples o confiados.

—Satanás tienes en tu pecho, muchacha —dijo a esta sazón la gitana vieja—: ¡mira que dices cosas que no las diría un colegial de Salamanca⁸⁸! Tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo es esto?, que me tienes loca y te estoy escuchando como a una persona espiritada, que habla latín sin saberlo.

—Calle, abuela —respondió Preciosa—, y sepa que todas las cosas que me oye son nonada⁸⁹, y son de burlas, para las muchas que de más veras me quedan en el pecho.

Todo cuanto Preciosa decía y toda la discreción que mostraba era añadir leña al fuego que ardía en el pecho del enamorado caballero. Finalmente, quedaron en que de allí a ocho días se verían en aquel mismo lugar, donde él vendría a dar cuenta del término en que sus negocios estaban y ellas habrían tenido tiempo de informarse de la verdad que les había dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocado⁹⁰, donde dijo que iban cien escudos de oro y dióselos a la vieja; pero no quería Preciosa que los tomase en ninguna manera, a quien la gitana dijo:

—Calla, niña, que la mejor señal que este señor ha dado de estar rendido es haber entregado las armas en señal de rendimiento y el dar, en cualquiera ocasión que sea, siempre fue indicio de generoso pecho. Y acuérdate de aquel refrán que dice: «Al cielo rogando y con el mazo dando». Y más, que no quiero yo que por mí pierdan las gitanas el nombre que por luengos siglos tienen

⁸⁷ *Flandes*: los Países Bajos. Las guerras de Flandes son un conflicto permanente para España desde Carlos V hasta la paz de Utrecht, en 1713. Su coste social y económico fue enorme, y su presencia en la literatura y en la vida de la época en general, constante

⁸⁸ *colegial de Salamanca*: estudiante de Salamanca, en uno de sus colegios mayores.

⁸⁹ *nonada*: cosa de insignificante valor.

⁹⁰ *bolsilla de brocado*: bolsa pequeña hecha de seda bordada con hilo de oro y plata.

adquerido de codiciosas y aprovechadas. ¿Cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa, y de oro en oro, que pueden andar cosidos en el alforza⁹¹ de una saya que no valga dos reales y tenerlos allí como quien tiene un juro⁹² sobre las yerbas de Extremadura? Y si alguno de nuestros hijos, nietos o parientes cayere, por alguna desgracia, en manos de la justicia, ¿habrá favor tan bueno que llegue a la oreja del juez y del escribano como destos escudos, si llegan a sus bolsas? Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno para ser azotada y de la una me libró un jarro de plata y de la otra una sarta de perlas y de la otra cuarenta reales de a ocho que había trocado por cuartos, dando veinte reales más por el cambio. Mira, niña, que andamos en oficio muy peligroso y lleno de tropiezos y de ocasiones forzosas y no hay defensas que más presto nos amparen y socorran como las armas invencibles del gran Filipo⁹³: no hay pasar adelante de su *Plus ultra*⁹⁴. Por un doblón de dos caras⁹⁵ se nos muestra alegre la triste del procurador y de todos los ministros de la muerte, que son arpías de nosotras, las pobres gitanas, y más precian pelarnos y desollarnos a nosotras que a un salteador de caminos; jamás, por más rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres; que dicen que somos como los jubones de los gabachos de Belmonte⁹⁶: rotos y grasientos y llenos de doblones.

—Por vida suya, abuela, que no diga más; que lleva término de alegar tantas leyes, en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los emperadores: quédese con ellos y buen provecho le hagan y plega a Dios que los entierre en sepultura donde jamás tornen a ver la claridad del sol ni haya necesidad que la vean. A estas nuestras compañeras será forzoso darles algo que ha mucho que nos esperan y ya deben de estar enfadadas.

—Así verán ellas —replicó la vieja— moneda destas, como ven al Turco agora. Este buen señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata, o cuartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas.

—Sí traigo —dijo el galán.

Y sacó de la faldriquera tres reales de a ocho que repartió entre las tres gitanillas, con que quedaron más alegres y más satisfechas que suele quedar un autor de comedias⁹⁷ cuando, en competencia de otro, le suelen retular⁹⁸ por la esquinas: «¡Víctor, Víctor!»⁹⁹.

En resolución, concertaron, como se ha dicho, la venida de allí a ocho días y que se había de llamar, cuando fuese gitano, Andrés Caballero; porque también había gitanos entre ellos deste apellido.

No tuvo atrevimiento Andrés (que así le llamaremos de aquí adelante) de abrazar a Preciosa; antes, enviándole con la vista el alma, sin ella, si así decirse puede, las dejó y se entró en Madrid y ellas, contentísimas, hicieron lo mismo. Preciosa, algo aficionada, más con benevolencia que con amor, de la gallarda disposición de Andrés, ya deseaba informarse si era el que había dicho. Entró

⁹¹ *alforza*: pliegue que se hace en una prenda, como adorno o para acortarla.

⁹² *juro*: derecho perpetuo de propiedad o, tal vez, de arrendamiento. Los pastos de Extremadura eran célebres por su calidad.

⁹³ *gran Filipo*: era una moneda de real de a ocho, acuñada en el reinado de Felipe II, que llevaba en su anverso la efigie de este rey; de ahí su nombre.

⁹⁴ *Plus ultra*: esta misma moneda llevaba en su reverso esta inscripción latina («más allá»), por lo que también era conocida de este modo.

⁹⁵ *dos caras*: esta era una moneda de dos ducados, de tiempos de Isabel y Fernando en cuyo anverso aparecían, frente a frente, los bustos de ambos personajes.

⁹⁶ *gabachos de Belmonte*: igual que hoy, *gabacho* designaba despectivamente a los franceses. No era infrecuente en la época que franceses trabajaran en España en oficios bajos. Por celo ahorrador, o por eludir impuestos bajo apariencia de miseria, los caldereros franceses de Belmonte vestían como pordioseros.

⁹⁷ *autor de comedias*: el *autor* era lo que hoy llamaríamos «empresario». También tenía a su cargo la dirección de la compañía y era, con frecuencia, el primer actor.

⁹⁸ *retular*: rotular, pintar.

⁹⁹ *¡Víctor, Víctor!*: antiguamente se premiaba con esta inscripción en las paredes de una facultad al ganador de una cátedra. En el Siglo de Oro se usó, también, para ponderar las excelencias de los cómicos.

en Madrid y, a pocas calles andadas, encontró con el paje poeta de las coplas y el escudo y, cuando él la vio, se llegó a ella, diciendo:

—Vengas en buen hora, Preciosa: ¿leíste por ventura las coplas que te di el otro día?

A lo que Preciosa respondió:

—Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad, por vida de lo que más quiere.

—Conjuro es ese —respondió el paje— que, aunque el decirla me costase la vida, no la negaré en ninguna manera.

—Pues la verdad que quiero que me diga —dijo Preciosa— es si por ventura es poeta.

—A serlo —replicó el paje—, forzosamente había de ser por ventura. Pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen y así, yo no lo soy, sino un aficionado a la poesía. Y para lo que he menester, no voy a pedir ni a buscar versos ajenos: los que te di son míos y estos que te doy agora también; mas no por esto soy poeta ni Dios lo quiera.

—¿Tan malo es ser poeta? —replicó Preciosa.

—No es malo —dijo el paje—, pero el ser poeta a solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra a todas gentes ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran y finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican.

—Con todo eso —respondió Preciosa—, he oído decir que es pobrísima y que tiene algo de mendiga.

—Antes es al revés —dijo el paje— porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que la alcanzan pocos. Pero ¿qué te ha movido, Preciosa, a hacer esta pregunta?

—Hame movido —respondió Preciosa— porque, como yo tengo a todos o los más poetas por pobres, causome maravilla aquel escudo de oro que me distes entre vuestros versos envuelto; mas agora que sé que no sois poeta, sino aficionado de la poesía, podría ser que fuédeses rico, aunque lo dudo, a causa que por aquella parte que os toca de hacer coplas se ha de desaguar cuanta hacienda tuviéredes; que no hay poeta, según dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene ni granjear la que no tiene.

—Pues yo no soy desos —replicó el paje—: versos hago y no soy rico ni pobre y, sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los ginoveses sus convites, bien puedo dar un escudo y dos a quien yo quisiere. Tomad, preciosa perla, este segundo papel y este escudo segundo que va en él, sin que os pongáis a pensar si soy poeta o no; solo quiero que penséis y creáis que quien os da esto quisiera tener para daros las riquezas de Midas¹⁰⁰.

Y en esto le dio un papel y, tentándole Preciosa, halló que dentro venía el escudo y dijo:

—Este papel ha de vivir muchos años porque trae dos almas consigo: una, la del escudo, y otra, la de los versos, que siempre vienen llenos de *almas* y *corazones*. Pero sepa el señor paje que no quiero tantas almas conmigo y si no saca la una, no haya miedo que reciba la otra; por poeta le quiero y no por dadivoso y desta manera tendremos amistad que dure; pues más aína puede faltar un escudo, por fuerte que sea, que la hechura de un romance.

¹⁰⁰ *Midas*: en la mitología clásica, legendario rey de Frigia a quien el dios Dioniso concedió el dese de convertir en oro cuanto tocara. Como lógica consecuencia de su avaricia, el rey padeció hambre y sed tan terribles que hubo de suplicar al dios que revocara la concesión del don.

—Pues así es —replicó el paje— que quieres, Preciosa, que yo sea pobre por fuerza, no deseches el alma que en ese papel te envió, y vuélveme el escudo; que, como le toques con la mano, le tendré por reliquia mientras la vida me durare.

Sacó Preciosa el escudo del papel y quedose con el papel y no le quiso leer en la calle. El paje se despidió y se fue contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le había hablado.

Y, como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andrés, sin querer detenerse a bailar en ninguna parte, en poco espacio se puso en la calle do estaba, que ella muy bien sabía y, habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos a unos balcones de hierro dorados que le habían dado por señas y vio en ella a un caballero de hasta edad de cincuenta años, con un hábito de cruz colorada¹⁰¹ en los pechos, de venerable gravedad y presencia; el cual, apenas también hubo visto la gitanilla, cuando dijo:

—Subid, niñas, que aquí os darán limosna.

A esta voz acudieron al balcón otros tres caballeros y entre ellos vino el enamorado Andrés que, cuando vio a Preciosa, perdió la color y estuvo a punto de perder los sentidos: tanto fue el sobresalto que recibió con su vista. Subieron las gitanillas todas, sino la grande, que se quedó abajo para informarse de los criados de las verdades de Andrés.

Al entrar las gitanillas en la sala, estaba diciendo el caballero anciano a los demás:

—Esta debe de ser, sin duda, la gitanilla hermosa que dicen que anda por Madrid.

—Ella es —replicó Andrés— y sin duda es la más hermosa criatura que se ha visto.

—Así lo dicen —dijo Preciosa, que lo oyó todo en entrando—, pero en verdad que se deben de engañar en la mitad del justo precio. Bonita, bien creo que lo soy, pero tan hermosa como dicen, ni por pienso.

—¡Por vida de don Juanico, mi hijo —dijo el anciano—, que aún sois más hermosa de lo que dicen, linda gitana!

—Y ¿quién es don Juanico, su hijo? —preguntó Preciosa.

—Ese galán que está a vuestro lado —respondió el caballero.

—En verdad que pensé —dijo Preciosa— que juraba vuestra merced por algún niño de dos años: ¡mirad qué don Juanico y qué brinco! A mi verdad, que pudiera ya estar casado y que, según tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté y muy a su gusto, si es que desde aquí allá no se le pierde o se le trueca.

—¡Basta! —dijo uno de los presentes—; ¿qué sabe la gitanilla de rayas?

En esto, las tres gitanillas que iban con Preciosa, todas tres se arrimaron a un rincón de la sala y, cosiéndose las bocas unas con otras, se juntaron por no ser oídas. Dijo la Cristina:

—Muchachas, este es el caballero que nos dio esta mañana los tres reales de a ocho.

—Así es la verdad —respondieron ellas—, pero no se lo mentemos, ni le digamos nada, si él no nos lo mienta; ¿qué sabemos si quiere encubrirse?

En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa a lo de las rayas:

—Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adivino. Yo sé del señor don Juanico, sin rayas, que es algo enamorado, impetuoso y acelerado y gran prometededor de cosas que parecen imposibles; y plega a Dios que no sea mentiroso, que sería lo peor de todo. Un viaje ha de hacer ahora muy

¹⁰¹ *cruz colorada*: coloradas eran las cruces de las órdenes de Santiago y de Calatrava.

lejos de aquí y uno piensa el bayo¹⁰² y otro el que le ensilla; el hombre pone y Dios dispone; quizá pensará que va a Óñez y dará en Gamboa¹⁰³.

A esto respondió don Juan:

—En verdad, gitánica, que has acertado en muchas cosas de mi condición, pero en lo de ser mentiroso vas muy fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento. En lo del viaje largo has acertado, pues, sin duda, siendo Dios servido, dentro de cuatro o cinco días me partiré a Flandes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querría que en él me sucediese algún desmán que lo estorbase.

—Calle, señorito —respondió Preciosa— y encomiéndose a Dios, que todo se hará bien y sepa que yo no sé nada de lo que digo y no es maravilla que, como hablo mucho y a bulto, acierte en alguna cosa y yo querría acertar en persuadirte a que no te partieses, sino que sosegases el pecho y te estuvieses con tus padres, para darles buena vejez; porque no estoy bien con estas idas y venidas a Flandes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya. Déjate crecer un poco, para que puedas llevar los trabajos de la guerra; cuanto más que harta guerra tienes en tu casa: hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho. Sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces primero que te cases y danos una limosnita por Dios y por quien tú eres; que en verdad que creo que eres bien nacido. Y si a esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en cuanto te he dicho.

—Otra vez te he dicho, niña —respondió el don Juan que había de ser Andrés Caballero—, que en todo aciertas, sino en el temor que tienes que no debo de ser muy verdadero; que en esto te engañas, sin alguna duda. La palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la ciudad y adonde quiera, sin serme pedida, pues no se puede preciar de caballero quien toca en el vicio de mentiroso. Mi padre te dará limosna por Dios y por mí, que en verdad que esta mañana di cuanto tenía a unas damas, que a ser tan lisonjeras como hermosas, especialmente una dellas, no me arriendo la ganancia.

Oyendo esto Cristina, con el recato de la otra vez, dijo a las demás gitanas:

—¡Ay, niñas, que me maten si no lo dice por los tres reales de a ocho que nos dio esta mañana!

—No es así —respondió una de las dos—, porque dijo que eran damas y nosotras no lo somos y, siendo él tan verdadero como dice, no había de mentir en esto.

—No es mentira de tanta consideración —respondió Cristina— la que se dice sin perjuicio de nadie y en provecho y crédito del que la dice. Pero, con todo esto, veo que no nos dan nada, ni nos mandan bailar.

Subió en esto la gitana vieja y dijo:

—Nieta, acaba, que es tarde y hay mucho que hacer y más que decir.

—Y ¿qué hay, abuela? —preguntó Preciosa—. ¿Hay hijo o hija?

—Hijo y muy lindo —respondió la vieja—. Ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas.

—¡Plega a Dios que no muera de sobreparto! —dijo Preciosa.

—Todo se mirará muy bien —replicó la vieja—; cuanto más, que hasta aquí todo ha sido parto derecho y el infante es como un oro.

—¿Ha parido alguna señora? —preguntó el padre de Andrés Caballero.

¹⁰² *bayo*: caballo de color blanco amarillento. Aquí es un refrán popular.

¹⁰³ *Óñez y... Gamboa*: dos familias de Vizcaya, cuya rivalidad fue tan intensa y duradera que llegó a convertirse en proverbial. Preciosa ha enlazado tres refranes de significado parecido y, por lo demás, muy evidente

—Sí, señor —respondió la gitana—, pero ha sido el parto tan secreto que no le sabe sino Preciosa y yo y otra persona y así, no podemos decir quién es.

—Ni aquí lo queremos saber —dijo uno de los presentes—, pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto y en vuestra ayuda pone su honra.

—No todas somos malas —respondió Preciosa—: quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta y de verdadera, tanto cuanto el hombre más estirado que hay en esta sala y vámonos, abuela, que aquí nos tienen en poco; pues en verdad que no somos ladronas ni rogamos a nadie.

—No os enojéis, Preciosa —dijo el padre—; que, a lo menos de vos, imagino que no se puede presumir cosa mala, que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras. Por vida de Preciosita, que bailéis un poco con vuestras compañeras; que aquí tengo un doblón de oro de a dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos reyes.

Apenas hubo oído esto la vieja, cuando dijo:

—Ea, niñas, haldas en cinta¹⁰⁴, y dad contento a estos señores.

Tomó las sonajas Preciosa y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos con tanto donaire y desenvoltura que tras los pies se llevaban los ojos de cuantos las miraban, especialmente los de Andrés, que así se iban entre los pies de Preciosa, como si allí tuvieran el centro de su gloria. Pero turbósele la suerte de manera que se la volvió en infierno; y fue el caso que en la fuga del baile se le cayó a Preciosa el papel que le había dado el paje y, apenas hubo caído, cuando le alzó el que no tenía buen concepto de las gitanas y, abriéndole al punto, dijo:

—¡Bueno, sonetico tenemos! Cese el baile y escúchenle que, según el primer verso, en verdad que no es nada necio.

Pesole a Preciosa, por no saber lo que en él venía y rogó que no le leyesen y que se le volviesen y todo el ahínco que en esto ponía eran espuelas que apremiaban el deseo de Andrés para oírle. Finalmente, el caballero le leyó en alta voz y era este:

Cuando Preciosa el panderete toca
y hiere el dulce son los aires vanos,
perlas son que derrama con las manos,
flores son que despide de la boca.

Suspensa el alma y la cordura loca,
queda a los dulces actos sobrehumanos,
que, de limpios, de honestos y de sanos,
su fama al cielo levantado toca.

Colgadas del menor de sus cabellos
mil almas lleva y a sus plantas tiene
amor rendidas una y otra flecha.

Ciega y alumbra con sus soles bellos,
su imperio amor por ellas le mantiene
y aún más grandezas de su ser sospecha.

—¡Por Dios —dijo el que leyó el soneto—, que tiene donaire el poeta que le escribió!

—No es poeta, señor, sino un paje muy galán y muy hombre de bien —dijo Preciosa.

(Mirad lo que habéis dicho, Preciosa, y lo que vais a decir; que esas no son alabanzas del paje, sino lanzas que traspasan el corazón de Andrés, que las escucha. ¿Quereislo ver, niña? Pues volved los ojos y vereisle desmayado encima de la silla, con un trasudor de muerte; no penséis, doncella,

¹⁰⁴ *haldas en cinta*: «recogeos las faldas» para bailar.

que os ama tan de burlas Andrés que no le hieran y sobresalten el menor de vuestros descuidos. Llegaos a él en hora buena y decilde algunas palabras al oído, que vayan derechas al corazón y le vuelvan de su desmayo. ¡No, sino andaos a traer sonetos cada día en vuestra alabanza y veréis cuál os le ponen!)

Todo esto pasó así como se ha dicho: que Andrés, en oyendo el soneto, mil celosas imaginaciones le sobresaltaron. No se desmayó, pero perdió la color de manera que, viéndole su padre, le dijo:

—¿Qué tienes, don Juan, que parece que te vas a desmayar, según se te ha mudado el color?

—Espérense —dijo a esta sazón Preciosa—: déjenmele decir unas ciertas palabras al oído y verán como no se desmaya.

Y llegándose a él, le dijo, casi sin mover los labios:

—¡Gentil ánimo para gitano! ¿Cómo podréis, Andrés, sufrir el tormento de toca, pues no podéis llevar el de un papel?

Y, haciéndole media docena de cruces sobre el corazón, se apartó dél y entonces Andrés respiró un poco y dio a entender que las palabras de Preciosa le habían aprovechado.

Finalmente, el doblón de dos caras se le dieron a Preciosa y ella dijo a sus compañeras que le trocaría y repartiría con ellas hidalgamente. El padre de Andrés le dijo que le dejase por escrito las palabras que había dicho a don Juan, que las quería saber en todo caso. Ella dijo que las diría de muy buena gana y que entendiesen que, aunque parecían cosa de burla, tenían gracia especial para preservar el mal del corazón y los váguidos de cabeza y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,
tente en ti, no te resbales,
y apareja dos puntales
de la paciencia bendita.
Solicita
la bonita
confiancita;
no te inclines
a pensamientos ruines;
verás cosas
que toquen en milagrosas,
Dios delante
y San Cristóbal gigante¹⁰⁵.

Con la mitad destas palabras que le digan y con seis cruces que le hagan sobre el corazón a la persona que tuviere váguidos de cabeza —dijo Preciosa—, quedará como una manzana.

Cuando la gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada y más lo quedó Andrés, que vio que todo era invención de su agudo ingenio. Quedáronse con el soneto, porque no quiso pedirle Preciosa, por no dar otro tártago a Andrés; que ya sabía ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos y martelos¹⁰⁶ y sobresaltos celosos a los rendidos amantes.

Despidiéronse las gitanas y al irse, dijo Preciosa a don Juan:

—Mire, señor, cualquiera día desta semana es próspero para partidas y ninguno es aciago; apresure el irse lo más presto que pudiere, que le aguarda una vida ancha, libre y muy gustosa, si quiere acomodarse a ella.

¹⁰⁵ Dios delante y San Cristóbal gigante: «con ayuda de Dios».

¹⁰⁶ *martelos*: penas y aflicciones que nacen de los celos.

—No es tan libre la del soldado, a mi parecer —respondió don Juan—, que no tenga más de sujeción que de libertad; pero, con todo esto, haré como viere.

—Más veréis de lo que pensáis —respondió Preciosa— y Dios os lleve y traiga con bien, como vuestra buena presencia merece.

Con estas últimas palabras quedó contento Andrés y las gitanas se fueron contentísimas.

Trocaron el doblón, repartieronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, así por la mayoría, como por ser ella el aguja por quien se guiaban en el maremagno¹⁰⁷ de sus bailes, donaires y aun de sus embustes.

Llegose, en fin, el día que Andrés Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento, sobre una mula de alquiler, sin criado alguno. Halló en él a Preciosa y a su abuela, de las cuales conocido, le recibieron con mucho gusto. Él les dijo que le guiasen al rancho antes que entrase el día y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen. Ellas, que, como advertidas, vinieron solas, dieron la vuelta y de allí a poco rato llegaron a sus barracas.

Entró Andrés en la una, que era la mayor del rancho, y luego acudieron a verle diez o doce gitanos, todos mozos y todos gallardos y bien hechos, a quien ya la vieja había dado cuenta del nuevo compañero que les había de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto; que, como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista. Echaron luego ojo a la mula y dijo uno dellos:

—Esta se podrá vender el jueves en Toledo.

—Eso no —dijo Andrés—, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que trajinan por España.

—Par Dios, señor Andrés —dijo uno de los gitanos—, que, aunque la mula tuviera más señales que las que han de preceder al día tremendo, aquí la transformáramos de manera que no la conociera la madre que la parió ni el dueño que la ha criado.

—Con todo eso —respondió Andrés—, por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mío. A esta mula se ha de dar muerte y ha de ser enterrada donde aún los huesos no parezcan.

—¡Pecado grande! —dijo otro gitano—: ¿a una inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andrés, sino haga una cosa: mírela bien ahora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria y déjenmela llevar a mí y si de aquí a dos horas la conociere, que me lardeen¹⁰⁸ como a un negro fugitivo.

—En ninguna manera consentiré —dijo Andrés— que la mula no muera, aunque más me aseguren su transformación. Yo temo ser descubierto si a ella no la cubre la tierra. Y, si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo a esta cofradía, que no pueda pagar de entrada más de lo que valen cuatro mulas.

—Pues así lo quiere el señor Andrés Caballero —dijo otro gitano—, muera la sin culpa y Dios sabe si me pesa, así por su mocedad, pues aún no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler, como porque debe ser andariega, pues no tiene costras en las ijadas¹⁰⁹ ni llagas de la espuela.

Dilatose su muerte hasta la noche y en lo que quedaba de aquel día se hicieron las ceremonias de la entrada de Andrés a ser gitano, que fueron: desembarazaron luego un rancho de los mejores del aduar y adornaronle de ramos y juncia¹¹⁰ y, sentándose Andrés sobre un medio alcorcho, pusieronle en las manos un martillo y unas tenazas y, al son de dos guitarras que dos gitanos

¹⁰⁷ *maremagno*: abundancia, pero también confusión.

¹⁰⁸ *lardeen*: echen grasa hirviendo.

¹⁰⁹ *ijadas*: partes laterales del abdomen, entre las costillas y las caderas.

¹¹⁰ *juncia*: planta medicinal y aromática.

tañían, le hicieron dar dos cabriolas; luego le desnudaron un brazo y con una cinta de seda nueva y un garrote le dieron dos vueltas blandamente.

A todo se halló presente Preciosa y otras muchas gitanas, viejas y mozas; que las unas con maravilla, otras con amor, le miraban; tal era la gallarda disposición de Andrés, que hasta los gitanos le quedaron aficionadísimos.

Hechas, pues, las referidas ceremonias, un gitano viejo tomó por la mano a Preciosa y, puesto delante de Andrés, dijo:

—Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ya por esposa o ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere más de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta a melindres ni a muchas ceremonias. Mírala bien y mira si te agrada o si ves en ella alguna cosa que te descontente y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están la que más te contentare, que la que escogieres te daremos; pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra ni te has de empachar ni entremeter ni con las casadas ni con las doncellas. Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro; libres vivimos de la amarga pestilencia de los celos. Entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio y, cuando le hay en la mujer propia, o alguna bellaquería en la amiga, no vamos a la justicia a pedir castigo: nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas o amigas; con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos; no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte. Con este temor y miedo ellas procuran ser castas y nosotros, como ya he dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes a todos, excepto la mujer o la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte. Entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte; el que quisiere puede dejar la mujer vieja, como él sea mozo y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con estas y con otras leyes y estatutos nos conservamos y vivimos alegres; somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los ríos. Los montes nos ofrecen leña de balde; los árboles, frutas; las viñas, uvas; las huertas, hortaliza; las fuentes, agua; los ríos, peces y los vedados, caza; sombra, las peñas; aire fresco, las quiebras; y casas, las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos¹¹¹, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terreros colchones de blandas plumas: el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés¹¹² impenetrable que nos defiende; a nuestra ligereza no la impiden grillos¹¹³ ni la detienen barrancos ni la contrastan paredes; a nuestro ánimo no le tuercen cordeles¹¹⁴ ni le menoscaban garruchas¹¹⁵ ni le ahogan tocas¹¹⁶ ni le doman potros¹¹⁷. Del sí al no no hacemos diferencia cuando nos conviene: siempre nos preciamos más de mártires que de confesores. Para nosotros se crían las bestias de carga en los campos y se cortan las faldriqueras en las ciudades. No hay águila ninguna otra ave de rapiña que más presto se abalance a la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos a las ocasiones que algún interés nos señalen y, finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos y de noche hurtamos o, por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra ni nos desvela la ambición de acrecentarla ni sustentamos bandos ni madrugamos a dar memoriales¹¹⁸

¹¹¹ *oreo*: soplo de aire que refresca.

¹¹² *arnés*: armadura.

¹¹³ *grillos*: grilletes.

¹¹⁴ *cordeles*: los del potro de tortura.

¹¹⁵ *garruchas*: la garrucha era una tortura que consistía en colgar a alguien por los brazos y lastrarle los pies.

¹¹⁶ *tocas*: otro refinado tormento que consistía en tapar la boca al reo con un paño (*toca*) y verter sobre él agua, lo que le impedía la respiración.

¹¹⁷ *potro*: juego de palabras basado en el doble sentido de *potro* («caballo joven» y «banco de tortura»).

¹¹⁸ *dar memoriales*: presentar solicitudes.

ni acompañar magnates ni a solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos; por cuadros y países de Flandes, los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques que a cada paso a los ojos se nos muestran. Somos astrólogos rústicos porque, como casi siempre dormimos al cielo descubierto, a todas horas sabemos las que son del día y las que son de la noche; vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua y humedeciendo la tierra y luego, tras ellas, el sol, *dorando cumbres*, como dijo el otro poeta, y *rizando montes*: ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere de soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos particularmente nos toca; un mismo rostro hacemos al sol que al yelo, a la esterilidad que a la abundancia. En conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria¹¹⁹ y pico y sin entremeternos con el antiguo refrán: «Iglesia, o mar, o casa real»; tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos. Todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoréis la vida a que habéis venido y el trato que habéis de profesar, el cual os he pintado aquí en borrón; que otras muchas e infinitas cosas iréis descubriendo en él con el tiempo, no menos dignas de consideración que las que habéis oído.

Calló, en diciendo esto, el elocuente y viejo gitano y el novicio dijo que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos y que él pensaba hacer profesión en aquella orden tan puesta en razón y en políticos fundamentos y que solo le pesaba no haber venido más presto en conocimiento de tan alegre vida y que desde aquel punto renunciaba la profesión de caballero y la vanagloria de su ilustre linaje y lo ponía todo debajo del yugo, o, por mejor decir, debajo de las leyes con que ellos vivían, pues con tan alta recompensa le satisfacían el deseo de servirlos, entregándole a la divina Preciosa, por quien él dejaría coronas e imperios y solo los desearía para servirla.

A lo cual respondió Preciosa:

—Puesto que¹²⁰ estos señores legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya y que por tuya te me han entregado, yo he hallado por la ley de mi voluntad, que es la más fuerte de todas, que no quiero serlo si no es con las condiciones que antes que aquí vinieses entre los dos concertamos. Dos años has de vivir en nuestra compañía primero que de la mía goces, porque tú no te arrepientas por ligero ni yo quede engañada por presurosa. Condiciones rompen leyes; las que te he puesto sabes: si las quisieres guardar, podrá ser que sea tuya y tú seas mío; y donde no, aún no es muerta la mula, tus vestidos están enteros y de tus dineros no te falta un ardite¹²¹; la ausencia que has hecho no ha sido aún de un día; que de lo que dél falta te puedes servir y dar lugar que consideres lo que más te conviene. Estos señores bien pueden entregarte mi cuerpo pero no mi alma, que es libre y nació libre y ha de ser libre en tanto que yo quisiere. Si te quedas, te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en menos; porque, a mi parecer, los ímpetus amorosos corren a rienda suelta, hasta que encuentran con la razón o con el desengaño y no querría yo que fueses tú para conmigo como es el cazador, que, en alcanzado la liebre que sigue, la coge y la deja por correr tras otra que le huye. Ojos hay engañados que a la primera vista tan bien les parece el oropel¹²² como el oro, pero a poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino a lo falso. Esta mi hermosura que tú dices que tengo, que la estimas sobre el sol y la encareces sobre el oro, ¿qué sé yo si de cerca te parecerá sombra y tocada, cairás en que es de alquimia? Dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas o será justo que deseches que la prenda que una vez comprada nadie se puede deshacer della, sino con la muerte, bien es que haya tiempo, y mucho, para miralla y remiralla y ver en ella las faltas o las virtudes que tiene; que yo no me rijo por la bárbara e insolente licencia que estos mis parientes

¹¹⁹ *industria*: ingenio, astucia.

¹²⁰ *Puesto que*: aunque.

¹²¹ *ardite*: moneda de poco valor; cosa insignificante.

¹²² *oropel*: latón trabajado de cierto modo, que imita al oro.

se han tomado de dejar las mujeres, o castigarlas, cuando se les antoja y, como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañía que por su gusto me deseche.

—Tienes razón, ¡oh Preciosa! —dijo a este punto Andrés—; y así, si quieres que asegure tus temores y menoscabe tus sospechas, jurándote que no saldré un punto de las órdenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, o qué otra seguridad puedo darte, que a todo me hallarás dispuesto.

—Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le den libertad, pocas veces se cumplen con ella —dijo Preciosa—; y así son, según pienso, los del amante: que, por conseguir su deseo, prometerá las alas de Mercurio y los rayos de Júpiter¹²³, como me prometió a mí un cierto poeta, y juraba por la laguna Estigia¹²⁴. No quiero juramentos, señor Andrés, ni quiero promesas; solo quiero remitirlo todo a la experiencia deste noviciado y a mí se me quedará el cargo de guardarme, cuando vos leuviéredes de ofenderme.

—Sea así —respondió Andrés—. Sola una cosa pido a estos señores y compañeros míos y es que no me fuercen a que hurte ninguna cosa por tiempo de un mes siquiera; porque me parece que no he de acertar a ser ladrón si antes no preceden muchas liciones¹²⁵.

—Calla, hijo —dijo el gitano viejo—, que aquí te industriaremos de manera que salgas un águila en el oficio; y cuando le sepas, has de gustar dél de modo que te comas las manos tras él. ¡Ya es cosa de burla salir vacío por la mañana y volver cargado a la noche al rancho!

—De azotes he visto yo volver a algunos desos vacíos —dijo Andrés.

—No se toman truchas, etcétera¹²⁶ —replicó el viejo—: todas las cosas desta vida están sujetas a diversos peligros y las acciones del ladrón al de las galeras, azotes y horca; pero no porque corra un navío tormenta, o se anega, han de dejar los otros de navegar. ¡Bueno sería que porque la guerra come los hombres y los caballos, dejase de haber soldados! Cuanto más que el que es azotado por justicia, entre nosotros, es tener un hábito en las espaldas, que le parece mejor que si le trujese en los pechos y de los buenos. El toque está en no acabar acoceando el aire en la flor de nuestra juventud y a los primeros delitos que el mosqueo¹²⁷ de las espaldas ni el apalear el agua en las galeras, no lo estimamos en un cacao. Hijo Andrés, reposad ahora en el nido debajo de nuestras alas, que a su tiempo os sacaremos a volar y en parte donde no volváis sin presa y lo dicho dicho: que os habéis de lamer los dedos tras cada hurto.

—Pues, para recompensar —dijo Andrés— lo que yo podía hurtar en este tiempo que se me da de venia, quiero repartir docientos escudos de oro entre todos los del rancho.

Apenas hubo dicho esto, cuando arremetieron a él muchos gitanos y, levantándole en los brazos y sobre los hombros, le cantaban el «¡Víctor, Víctor!» y el «¡grande Andrés!», añadiendo: «¡Y viva, viva Preciosa, amada prenda suya!». Las gitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Cristina y de otras gitanillas que se hallaron presentes, que la envidia tan bien se aloja en los aduares de los bárbaros y en las chozas de pastores, como en palacios de príncipes y esto de ver medrar al vecino que me parece que no tiene más méritos que yo, fatiga.

Hecho esto, comieron lautamente¹²⁸; repartiose el dinero prometido con equidad y justicia; renováronse las alabanzas de Andrés, subieron al cielo la hermosura de Preciosa. Llegó la noche,

¹²³ *alas de Mercurio y rayos de Júpiter*: en la mitología clásica, son los atributos más característicos de estos dioses.

¹²⁴ *laguna Estigia*: las aguas del Éstige servían, según la mitología clásica, para que los dioses formularan el juramento más solemne. El incumplimiento de este juramento implicaba un terrible y humillante castigo para el dios perjurador.

¹²⁵ *liciones*: lecciones.

¹²⁶ *No se toman truchas, etcétera*: «No se toman truchas a bragas enjutas», era el dicho completo. Dejado en suspenso equivale al actual «El que quiera peces...»

¹²⁷ *mosqueo*: azotes en la espalda.

¹²⁸ *lautamente*: espléndidamente.

acocotaron¹²⁹ la mula y enterráronla de modo que quedó seguro Andrés de ser por ella descubierto y también enterraron con ella sus alhajas¹³⁰, como fueron silla y freno y cinchas, a uso de los indios, que sepultan con ellos sus más ricas preseas¹³¹.

De todo lo que había visto y oído y de los ingenios de los gitanos quedó admirado Andrés y con propósito de seguir y conseguir su empresa, sin entremeterse nada en sus costumbres o, a lo menos, excusarlo por todas las vías que pudiese, pensando exentarse de la jurisdicción de obedecellos en las cosas injustas que le mandasen, a costa de su dinero.

Otro día les rogó Andrés que mudasen de sitio y se alejasen de Madrid porque temía ser conocido si allí estaba. Ellos dijeron que ya tenían determinado irse a los montes de Toledo y desde allí correr y garramar¹³² toda la tierra circunvecina. Levantaron, pues, el rancho y diéronle a Andrés una pollina¹³³ en que fuese, pero él no la quiso, sino irse a pie, sirviendo de lacayo a Preciosa, que sobre otra iba: ella contentísima de ver cómo triunfaba de su gallardo escudero y él ni más ni menos, de ver junto a sí a la que había hecho señora de su albedrío.

¡Oh poderosa fuerza deste que llaman dulce dios de la amargura (título que le ha dado la ociosidad y el descuido nuestro) y con qué veras nos avasallas y cuán sin respeto nos tratas! Caballero es Andrés y mozo de muy buen entendimiento, criado casi toda su vida en la corte y con el regalo de sus ricos padres y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó a sus criados y a sus amigos, defraudó las esperanzas que sus padres en él tenían; dejó el camino de Flandes, donde había de ejercitar el valor de su persona y acrecentar la honra de su linaje y se vino a postrarse a los pies de una muchacha y a ser su lacayo; que, puesto que hermosísima, en fin, era gitana: privilegio de la hermosura, que trae al redopelo y por la melena¹³⁴ a sus pies a la voluntad más exenta¹³⁵.

De allí a cuatro días llegaron a una aldea dos leguas de Toledo, donde asentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al alcalde del pueblo, en fianzas de que en él ni en todo su término no hurtarían ninguna cosa. Hecho esto, todas las gitanas viejas y algunas mozas y los gitanos, se esparcieron por todos los lugares o, a lo menos, apartados por cuatro o cinco leguas de aquel donde habían asentado su real¹³⁶. Fue con ellos Andrés a tomar la primera lición de ladrón, pero, aunque le dieron muchas en aquella salida, ninguna se le asentó; antes, correspondiendo a su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacían se le arrancaba a él el alma y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros había hecho, conmovido de las lágrimas de sus dueños; de lo cual los gitanos se desesperaban, diciéndole que era contravenir a sus estatutos y ordenanzas, que prohibían la entrada a la caridad en sus pechos, la cual, en teniéndola, habían de dejar de ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna manera.

Viendo, pues, esto Andrés, dijo que él quería hurtar por sí solo, sin ir en compañía de nadie, porque para huir del peligro tenía ligereza y para cometelle no le faltaba el ánimo; así que, el premio o el castigo de lo que hurtase quería que fuese suyo.

Procuraron los gitanos disuadirle deste propósito, diciéndole que le podrían suceder ocasiones donde fuese necesaria la compañía, así para acometer como para defenderse y que una persona sola no podía hacer grandes presas. Pero, por más que dijeron, Andrés quiso ser ladrón solo y señero, con intención de apartarse de la cuadrilla y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la había hurtado y deste modo cargar lo que menos pudiese sobre su conciencia.

¹²⁹ *acocotaron*: acogotar, matar de un golpe en el cogote.

¹³⁰ *alhajas*: en sentido etimológico, son las cosas necesarias para un buen uso y servicio.

¹³¹ *preseas*: objetos de valor.

¹³² *garramar*: hacer la garrama («hurto» e «impuesto»).

¹³³ *pollina*: borrica joven.

¹³⁴ *al redopelo y por la melena*: a contrapelo. Por la fuerza y con humillación.

¹³⁵ *exenta*: libre.

¹³⁶ *real*: campamento.

Usando, pues, desta industria, en menos de un mes trujo más provecho a la compañía que trujeron cuatro de los más estirados ladrones della, de que no poco se holgaba Preciosa, viendo a su tierno amante tan lindo y tan despejado ladrón. Pero, con todo eso, estaba temerosa de alguna desgracia, que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada a tenerle aquella buena voluntad de los muchos servicios y regalos que su Andrés le hacía.

Poco más de un mes se estuvieron en los términos de Toledo, donde hicieron su agosto, aunque era por el mes de setiembre y desde allí se entraron en Extremadura, por ser tierra rica y caliente. Pasaba Andrés con Preciosa honestos, discretos y enamorados coloquios y ella poco a poco se iba enamorando de la discreción y buen trato de su amante y él, del mismo modo, si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discreción y belleza de su Preciosa. A doquiera que llegaban, él se llevaba el precio y las apuestas de corredor y de saltar más que ninguno; jugaba a los bolos y a la pelota extremadamente; tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza. Finalmente, en poco tiempo voló su fama por toda Extremadura, y no había lugar donde no se hablase de la gallarda disposición del gitano Andrés Caballero y de sus gracias y habilidades y, al par desta fama, corría la de la hermosura de la gitanilla y no había villa, lugar ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas¹³⁷ suyas, o para otros particulares regocijos. Desta manera, iba el aduar rico, próspero y contento y los amantes gozosos con solo mirarse.

Sucedió, pues, que, teniendo el aduar entre unas encinas, algo apartado del camino real¹³⁸, oyeron una noche, casi a la mitad della, ladrar sus perros con mucho ahínco y más de lo que acostumbraban; salieron algunos gitanos y con ellos Andrés, a ver a quién ladraban y vieron que se defendía dellos un hombre vestido de blanco, a quien tenían dos perros asido de una pierna; llegaron y quitáronle y uno de los gitanos le dijo:

—¿Quién diablos os trujo por aquí, hombre, a tales horas y tan fuera de camino? ¿Venís a hurtar por ventura? Porque en verdad que habéis llegado a buen puerto.

—No vengo a hurtar —respondió el mordido—, ni sé si vengo o no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado. Pero decidme, señores, ¿está por aquí alguna venta o lugar donde pueda recogerme esta noche y curarme de las heridas que vuestros perros me han hecho?

—No hay lugar ni venta donde podamos encaminaros —respondió Andrés—; mas, para curar vuestras heridas y alojaros esta noche, no os faltará comodidad en nuestros ranchos. Veníos con nosotros que, aunque somos gitanos, no lo parecemos en la caridad.

—Dios la use con vosotros —respondió el hombre—; y llevadme donde quisiéredes, que el dolor desta pierna me fatiga mucho.

Llegose a él Andrés y otro gitano caritativo (que aun entre los demonios hay unos peores que otros y entre muchos malos hombres suele haber algún bueno) y entre los dos le llevaron.

Hacía la noche clara con la luna, de manera que pudieron ver que el hombre era mozo de gentil rostro y talle; venía vestido todo de lienzo blanco y atravesada por las espaldas y ceñida a los pechos una como camisa o talega de lienzo. Llegaron a la barraca o toldo de Andrés y con presteza encendieron lumbre y luz y acudió luego la abuela de Preciosa a curar el herido, de quien ya le habían dado cuenta. Tomó algunos pelos de los perros, friolos en aceite y, lavando primero con vino dos mordeduras que tenía en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceite en ellas y encima un poco de romero verde mascado; lióselo muy bien con paños limpios y santiguole las heridas y díjole:

—Dormid, amigo, que con el ayuda de Dios no será nada.

¹³⁷ *fiestas votivas*: fiestas locales.

¹³⁸ *camino real*: camino principal, el que unía dos poblaciones importantes.

En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante y estúvole mirando ahincadamente y lo mismo hacía él a ella, de modo que Andrés echó de ver en la atención con que el mozo la miraba; pero echolo a que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolución, después de curado el mozo, le dejaron solo sobre un lecho hecho de heno seco y por entonces no quisieron preguntarle nada de su camino ni de otra cosa.

Apenas se apartaron dél cuando Preciosa llamó a Andrés aparte y le dijo:

—¿Acuérdate, Andrés, de un papel que se me cayó en tu casa cuando bailaba con mis compañeras que, según creo, te dio un mal rato?

—Sí acuerdo —respondió Andrés— y era un soneto en tu alabanza, y no malo.

—Pues has de saber, Andrés —replicó Preciosa—, que el que hizo aquel soneto es ese mozo mordido que dejamos en la choza; y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos o tres veces y aun me dio un romance muy bueno. Allí andaba, a mi parecer, como paje; mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algún príncipe y en verdad te digo, Andrés, que el mozo es discreto y bien razonado y sobremanera honesto y no sé qué pueda imaginar desta su venida y en tal traje.

—¿Qué puedes imaginar, Preciosa? —respondió Andrés—. Ninguna otra cosa sino que la misma fuerza que a mí me ha hecho gitano le ha hecho a él parecer molinero y venir a buscarte. ¡Ah, Preciosa, Preciosa y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener más de un rendido! Y si esto es así, acábame a mí primero y luego matarás a este otro y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no decir de tu belleza.

—¡Válame Dios —respondió Preciosa—, Andrés, y cuán delicado andas y cuán de un sutil cabello tienes colgadas tus esperanzas y mi crédito, pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los celos! Dime, Andrés: si en esto hubiera artificio o engaño alguno, ¿no supiera yo callar y encubrir quién era este mozo? ¿Soy tan necia, por ventura, que te había de dar ocasión de poner en duda mi bondad y buen término? Calla, Andrés, por tu vida y mañana procura sacar del pecho deste tu asombro adónde va o a lo que viene. Podría ser que estuviese engañada tu sospecha, como yo no lo estoy de que sea el que he dicho. Y, para más satisfacción tuya, pues ya he llegado a términos de satisfacerte, de cualquiera manera y con cualquiera intención que ese mozo venga, despídele luego y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen y no habrá ninguno que contra tu voluntad le quiera dar acogida en su rancho y, cuando esto así no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mío ni dejarme ver de sus ojos ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean. Mira, Andrés, no me pesa a mí de verte celoso, pero pesarme ha mucho si te veo indiscreto.

—Como no me veas loco, Preciosa —respondió Andrés—, cualquiera otra demostración será poca o ninguna para dar a entender adónde llega y cuánto fatiga la amarga y dura presunción de los celos. Pero, con todo eso, yo haré lo que me mandas y sabré, si es que es posible, qué es lo que este señor paje poeta quiere, dónde va o qué es lo que busca; que podría ser que por algún hilo que sin cuidado muestre, sacase yo todo el ovillo con que temo viene a enredarme.

—Nunca los celos, a lo que imagino —dijo Preciosa—, dejan el entendimiento libre para que pueda juzgar las cosas como ellas son. Siempre miran los celosos con antojos de allende¹³⁹, que hacen las cosas pequeñas, grandes; los enanos, gigantes y las sospechas, verdades. Por vida tuya y por la mía, Andrés, que procedas en esto y en todo lo que tocara a nuestros conciertos cuerda y discretamente; que si así lo hicieras, sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada y de verdadera en todo extremo.

Con esto se despidió de Andrés y él se quedó esperando el día para tomar la confesión al herido, llena de turbación el alma y de mil contrarias imaginaciones. No podía creer sino que

¹³⁹ *antojos de allende*: catalejo, o, simplemente, lentes de aumento

aquel paje había venido allí atraído de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladrón que todos son de su condición. Por otra parte, la satisfacción que Preciosa le había dado le parecía ser de tanta fuerza, que le obligaba a vivir seguro y a dejar en las manos de su bondad toda su ventura.

Llegose el día, visitó al mordido; preguntole cómo se llamaba y adónde iba y cómo caminaba tan tarde y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó cómo estaba y si se sentía sin dolor de las mordeduras. A lo cual respondió el mozo que se hallaba mejor y sin dolor alguno y de manera que podía ponerse en camino. A lo de decir su nombre y adónde iba, no dijo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado y que iba a Nuestra Señora de la Peña de Francia¹⁴⁰ a un cierto negocio y que por llegar con brevedad caminaba de noche y que la pasada había perdido el camino y acaso había dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban le habían puesto del modo que había visto.

No le pareció a Andrés legítima esta declaración, sino muy bastarda y de nuevo volvieron a hacerle cosquillas en el alma sus sospechas y así le dijo:

—Hermano, si yo fuera juez y vos hubiérades caído debajo de mi jurisdicción por algún delito, el cual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habéis dado obligara a que os apretara los cordeles¹⁴¹. Yo no quiero saber quién sois, cómo os llamáis o adónde vais; pero adviértoos que, si os conviene mentir en este vuestro viaje, mintáis con más apariencia de verdad. Decís que vais a la Peña de Francia y dejaisla a la mano derecha, más atrás deste lugar donde estamos bien treinta leguas; camináis de noche por llegar presto y vais fuera de camino por entre bosques y encinares que no tienen sendas apenas, cuanto más caminos. Amigo, levantaos y aprended a mentir y andad en hora buena. Pero, por este buen aviso que os doy, ¿no me diréis una verdad? (que sí diréis, pues tan mal sabéis mentir). Decidme: ¿sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la corte, entre paje y caballero, que tenía fama de ser gran poeta; uno que hizo un romance y un soneto a una gitanilla que los días pasados andaba en Madrid, que era tenida por singular en la belleza? Decídmelo, que yo os prometo por la fe de caballero gitano de guardaros el secreto que vos viéredes que os conviene. Mirad que negarme la verdad, de que no sois el que yo digo, no llevaría camino, porque este rostro que yo veo aquí es el que vi en Madrid. Sin duda alguna que la gran fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como a hombre raro e insigne y así se me quedó en la memoria vuestra figura, que os he venido a conocer por ella, aun puesto en el diferente traje en que estáis agora del en que yo os vi entonces. No os turbéis: animaos, y no penséis que habéis llegado a un pueblo de ladrones, sino a un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo. Mirad, yo imagino una cosa y si es ansí como la imagino, vos habéis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo. Lo que imagino es que, enamorado de Preciosa, aquella hermosa gitana a quien hicisteis los versos, habéis venido a buscarla, por lo que yo no os tendré en menos, sino en mucho más; que, aunque gitano, la experiencia me ha mostrado adónde se extiende la poderosa fuerza de amor y las transformaciones que hace hacer a los que coge debajo de su jurisdicción y mando. Si esto es así, como creo que sin duda lo es, aquí está la gitana.

—Sí, aquí está, que yo la vi anoche —dijo el mordido; razón con que Andrés quedó como difunto, pareciéndole que había salido al cabo con la confirmación de sus sospechas—. Anoche la vi —tornó a referir el mozo—, pero no me atreví a decirle quién era, porque no me convenía.

—Desa manera —dijo Andrés—, vos sois el poeta que yo he dicho.

—Sí soy —replicó el mancebo—; que no lo puedo ni lo quiero negar. Quizá podía ser que donde he pensado perderme hubiese venido a ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas y buen acogimiento en los montes.

¹⁴⁰ *Peña de Francia*: al sur de la provincia de Salamanca.

¹⁴¹ *apretara los cordeles*: los cordeles del potro de tortura.

—Hayle, sin duda —respondió Andrés—, y entre nosotros, los gitanos, el mayor secreto del mundo. Con esta confianza podéis, señor, descubrirme vuestro pecho, que hallaréis en el mío lo que veréis, sin doblez alguno. La gitanilla es parienta mía y está sujeta a lo que quisiere hacer della; si la quisiéredes por esposa, yo y todos sus parientes gustaremos dello y si por amiga, no usaremos de ningún melindre, con tal que tengáis dineros, porque la codicia por jamás sale de nuestros ranchos.

—Dineros traigo —respondió el mozo—: en estas mangas de camisa que traigo ceñida por el cuerpo vienen cuatrocientos escudos de oro.

Este fue otro susto mortal que recibió Andrés, viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar o comprar su prenda y, con lengua ya turbada, dijo:

—Buena cantidad es esa; no hay sino descubriros y manos a labor, que la muchacha, que no es nada boba, verá cuán bien le está ser vuestra.

—¡Ay amigo! —dijo a esta sazón el mozo—, quiero que sepáis que la fuerza que me ha hecho mudar de traje no es la de amor, que vos decís, ni de desear a Preciosa, que hermosas tiene Madrid que pueden y saben robar los corazones y rendir las almas tan bien y mejor que las más hermosas gitanas, puesto que confieso que la hermosura de vuestra parienta a todas las que yo he visto se aventaja. Quien me tiene en este traje, a pie y mordido de perros, no es amor, sino desgracia mía.

Con estas razones que el mozo iba diciendo, iba Andrés cobrando los espíritus perdidos, pareciéndole que se encaminaban a otro paradero del que él se imaginaba y deseoso de salir de aquella confusión, volvió a reforzarle la seguridad con que podía descubrirse y así, él prosiguió diciendo:

—Yo estaba en Madrid en casa de un título¹⁴², a quien servía no como a señor, sino como a pariente. Este tenía un hijo, único heredero suyo, el cual, así por el parentesco como por ser ambos de una edad y de una condición misma, me trataba con familiaridad y amistad grande. Sucedió que este caballero se enamoró de una doncella principal, a quien él escogiera de bonísima gana para su esposa, si no tuviera la voluntad sujeta, como buen hijo, a la de sus padres, que aspiraban a casarle más altamente; pero, con todo eso, la servía a hurto de todos los ojos que pudieran, con las lenguas, sacar a la plaza sus deseos; solos los míos eran testigos de sus intentos. Y una noche, que debía de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré, pasando los dos por la puerta y calle desta señora, vimos arrimados a ella dos hombres, al parecer, de buen talle. Quiso reconocerlos mi pariente y apenas se encaminó hacia ellos, cuando echaron con mucha ligereza mano a las espadas y a dos broqueles¹⁴³, y se vinieron a nosotros, que hicimos lo mismo y con iguales armas nos acometimos. Duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que, de dos estocadas que guiaron los celos de mi pariente y la defensa que yo le hacía, las perdieron, caso extraño y pocas veces visto. Triunfando, pues, de lo que no quisiéramos, volvimos a casa y, secretamente, tomando todos los dineros que podimos, nos fuimos a San Jerónimo¹⁴⁴, esperando el día, que descubriese lo sucedido y las presunciones que se tenían de los matadores. Supimos que de nosotros no había indicio alguno y aconsejáronnos los prudentes religiosos que nos volviésemos a casa y que no diésemos ni despertásemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros. Y, ya que estábamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los señores alcaldes de corte¹⁴⁵ habían preso en su casa a los padres de la doncella y a la misma doncella y que entre otros criados a quien tomaron la confesión, una criada de la

¹⁴² *título*: noble.

¹⁴³ *broqueles*: escudos.

¹⁴⁴ *San Jerónimo*: la justicia civil no tenía jurisdicción sobre los lugares dependientes de autoridades religiosas. Era práctica común refugiarse en iglesias los delincuentes hasta que pudieran encontrar una salida a su comprometida situación. San Jerónimo era un convento, hoy desaparecido, que estaba en Madrid, en la calle o carrera que lleva su nombre.

¹⁴⁵ *alcaldes de corte*: funcionarios con cometidos policiales y, sobre todo, judiciales, que desempeñaban su labor en el lugar de residencia del Rey.

señora dijo cómo mi pariente paseaba a su señora de noche y de día y que con este indicio habían acudido a buscarnos y, no hallándonos, sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la corte ser nosotros los matadores de aquellos dos caballeros, que lo eran y muy principales. Finalmente, con parecer del conde mi pariente y del de los religiosos, después de quince días que estuvimos escondidos en el monasterio, mi camarada, en hábito de fraile, con otro fraile se fue la vuelta de¹⁴⁶ Aragón, con intención de pasarse a Italia y desde allí a Flandes, hasta ver en qué paraba el caso. Yo quise dividir y apartar nuestra fortuna y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota¹⁴⁷; seguí otro camino diferente del suyo y, en hábito de mozo de fraile, a pie, salí con un religioso, que me dejó en Talavera; desde allí aquí he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué a este encinal, donde me ha sucedido lo que habéis visto. Y si pregunté por el camino de la Peña de Francia, fue por responder algo a lo que se me preguntaba; que en verdad que no sé dónde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está más arriba de Salamanca.

—Así es verdad —respondió Andrés— y ya la dejáis a mano derecha, casi veinte leguas de aquí; porque veáis cuán derecho camino llevábades si allá fuérades.

—El que yo pensaba llevar —replicó el mozo— no es sino a Sevilla, que allí tengo un caballero ginovés, grande amigo del conde mi pariente, que suele enviar a Génova gran cantidad de plata y llevo disignio que me acomode con los que la suelen llevar, como uno dellos; y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena y de allí a Italia, porque han de venir dos galeras muy presto a embarcar esta plata. Esta es, buen amigo, mi historia: mirad si puedo decir que nace más de desgracia pura que de amores aguados. Pero si estos señores gitanos quisiesen llevarme en su compañía hasta Sevilla, si es que van allá, yo se lo pagaría muy bien que me doy a entender que en su compañía iría más seguro y no con el temor que llevo.

—Sí llevarán —respondió Andrés—; y si no fuéredes en nuestro aduar, porque hasta ahora no sé si va al Andalucía, iréis en otro que creo que habemos de topar dentro de dos días y con darles algo de lo que lleváis, facilitaréis con ellos otros imposibles mayores.

Dejole Andrés y vino a dar cuenta a los demás gitanos de lo que el mozo le había contado y de lo que pretendía, con el ofrecimiento que hacía de la buena paga y recompensa. Todos fueron de parecer que se quedase en el aduar. Solo Preciosa tuvo el contrario y la abuela dijo que ella no podía ir a Sevilla ni a sus contornos, a causa que los años pasados había hecho una burla en Sevilla a un gorrero¹⁴⁸ llamado Triguillos, muy conocido en ella, al cual le había hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes y en la cabeza puesta una corona de ciprés, esperando el filo de la media noche para salir de la tinaja a cavar y sacar un gran tesoro que ella le había hecho creer que estaba en cierta parte de su casa. Dijo que, como oyó el buen gorrero tocar a maitines¹⁴⁹, por no perder la coyuntura¹⁵⁰, se dio tanta prisa a salir de la tinaja que dio con ella y con él en el suelo y con el golpe y con los cascotes se magulló las carnes, derramose el agua y él quedó nadando en ella y dando voces que se anegaba. Acudieron su mujer y sus vecinos con luces y halláronle haciendo efectos de nadador, soplando y arrastrando la barriga por el suelo y meneando brazos y piernas con mucha priesa y diciendo a grandes voces: «¡Socorro, señores, que me ahogo!»; tal le tenía el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba. Abrazáronse con él, sacáronle de aquel peligro, volvió en sí, contó la burla de la gitana y, con todo eso, cavó en la parte señalada más de un estado¹⁵¹ en hondo, a pesar de todos cuantos le decían que era embuste mío y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él

¹⁴⁶ la vuelta de: *hacia*.

¹⁴⁷ *derrota*: ruta.

¹⁴⁸ *gorrero*: el que fabrica o vende gorros.

¹⁴⁹ *maitines*: primera de las horas canónicas.

¹⁵⁰ *coyuntura*: ocasión.

¹⁵¹ *estado*: medida de longitud, variable según las zonas, que tenía la equivalencia de siete pies; algo más de dos metros.

diera con entrambas¹⁵² en el suelo, si le dejaran cavar todo cuanto él quisiera. Súpose este cuento por toda la ciudad y hasta los muchachos le señalaban con el dedo y contaban su credulidad y mi embuste.

Esto contó la gitana vieja y esto dio por excusa para no ir a Sevilla. Los gitanos, que ya sabían de Andrés Caballero que el mozo traía dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en su compañía y se ofrecieron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese y determinaron de torcer el camino a mano izquierda y entrarse en la Mancha y en el reino de Murcia.

Llamaron al mozo y diéronle cuenta de lo que pensaban hacer por él; él se lo agradeció y dio cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos. Con esta dádiva quedaron más blandos que unas martas; solo a Preciosa no contentó mucho la quedada de don Sancho, que así dijo el mozo que se llamaba; pero los gitanos se le mudaron en el de Clemente y así le llamaron desde allí adelante. También quedó un poco torcido Andrés y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente, por parecerle que con poco fundamento había dejado sus primeros designios. Mas Clemente, como si le leyerá la intención, entre otras cosas le dijo que se holgaba de ir al reino de Murcia, por estar cerca de Cartagena, adonde si viniesen galeras, como él pensaba que habían de venir, pudiese con facilidad pasar a Italia. Finalmente, por traelle más ante los ojos y mirar sus acciones y escudriñar sus pensamientos, quiso Andrés que fuese Clemente su camarada y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacía. Andaban siempre juntos, gastaban largo, llovían escudos, corrían, saltaban, bailaban y tiraban la barra mejor que ninguno de los gitanos y eran de las gitanas más que medianamente queridos y de los gitanos en todo extremo respetados.

Dejaron, pues, a Extremadura y entráronse en la Mancha y poco a poco fueron caminando al reino de Murcia. En todas las aldeas y lugares que pasaban había desafíos de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra¹⁵³ y de otros ejercicios de fuerza, maña y ligereza y de todos salían vencedores Andrés y Clemente, como de solo Andrés queda dicho. Y en todo este tiempo, que fueron más de mes y medio, nunca tuvo Clemente ocasión, ni él la procuró, de hablar a Preciosa, hasta que un día, estando juntos Andrés y ella, llegó él a la conversación, porque le llamaron y Preciosa le dijo:

—Desde la vez primera que llegaste a nuestro aduar te conocí, Clemente, y se me vinieron a la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada, por no saber con qué intención venías a nuestras estancias y, cuando supe tu desgracia, me pesó en el alma y se aseguró mi pecho, que estaba sobresaltado, pensando que como había don Joanes en el mundo y que se mudaban en Andreses, así podía haber don Sanchos que se mudasen en otros nombres. Háblote desta manera porque Andrés me ha dicho que te ha dado cuenta de quién es y de la intención con que se ha vuelto gitano —y así era la verdad; que Andrés le había hecho sabidor de toda su historia, por poder comunicar con él sus pensamientos—. Y no pienses que te fue de poco provecho el conocerte, pues por mi respeto y por lo que yo de ti dije, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañía, donde plega a Dios te suceda todo el bien que acertes a desearte. Este buen deseo quiero que me pagues en que no afees a Andrés la bajeza de su intento ni le pintes cuán mal le está perserverar en este estado; que, puesto que yo imagino que debajo de los candados de mi voluntad está la suya, todavía me pesaría de verle dar muestras, por mínimas que fuesen, de algún arrepentimiento.

A esto respondió Clemente:

—No pienses, Preciosa única, que don Juan con ligereza de ánimo me descubrió quién era: primero le conocí yo y primero me descubrieron sus ojos sus intentos; primero le dije yo quién era y primero le adiviné la prisión de su voluntad que tú señalas y él, dándome el crédito que era razón que me diese, fió de mi secreto el suyo y él es buen testigo si alabé su determinación y

¹⁵² *entrambas*: ambas casas.

¹⁵³ *tirar la barra*: juego popular consistente en lanzar una barra lo más lejos posible.

escogido empleo; que no soy, ¡oh Preciosa!, de tan corto ingenio que no alcance hasta dónde se extienden las fuerzas de la hermosura y la tuya, por pasar de los límites de los mayores extremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que deben llamarse yerros los que se hacen con tan forzosas causas. Agradézcote, señora, lo que en mi crédito dijiste y yo pienso pagártelo en desear que estos enredos amorosos salgan a fines felices y que tú goces de tu Andrés y Andrés de su Preciosa, en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta¹⁵⁴ veamos en el mundo los más bellos renuevos¹⁵⁵ que pueda formar la bien intencionada naturaleza. Esto desearé yo, Preciosa y esto le diré siempre a tu Andrés y no cosa alguna que le divierta¹⁵⁶ de sus bien colocados pensamientos.

Con tales afectos dijo las razones pasadas Clemente, que estuvo en duda Andrés si las había dicho como enamorado o como comedido; que la infernal enfermedad celosa es tan delicada y de tal manera que en los átomos del sol se pega y de los que tocan a la cosa amada se fatiga el amante y se desespera. Pero, con todo esto, no tuvo celos confirmados, más fiado de la bondad de Preciosa que de la ventura suya, que siempre los enamorados se tienen por infelices en tanto que no alcanzan lo que desean. En fin, Andrés y Clemente eran camaradas y grandes amigos, asegurándolo todo la buena intención de Clemente y el recato y prudencia de Preciosa, que jamás dio ocasión a que Andrés tuviese della celos.

Tenía Clemente sus puntas¹⁵⁷ de poeta, como lo mostró en los versos que dio a Preciosa y Andrés se picaba¹⁵⁸ un poco y entrambos eran aficionados a la música. Sucedió, pues, que, estando el aduar alojado en un valle cuatro leguas de Murcia, una noche, por entretenerse, sentados los dos, Andrés al pie de un alcornoque, Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andrés y respondiendo Clemente, cantaron estos versos:

ANDRÉS

Mira, Clemente, el estrellado velo
con que esta noche fría
compite con el día,
de luces bellas adornando el cielo,
y en esta semejanza,
si tanto tu divino ingenio alcanza,
aquel rostro figura
donde asiste el extremo de hermosura.

CLEMENTE

Donde asiste el extremo de hermosura
y adonde la Preciosa
honestidad hermosa
con todo extremo de bondad se apura,
en un sujeto cabe,
que no hay humano ingenio que le alabe,
si no toca en divino,
en alto, en raro, en grave y peregrino.

ANDRÉS

En alto, en raro, en grave y peregrino

¹⁵⁴ *junta*: unión, enlace.

¹⁵⁵ *renuevos*: retoños, hijos.

¹⁵⁶ *divierta*: distraiga.

¹⁵⁷ *puntas*: tenía cierta aptitud.

¹⁵⁸ *picaba*: Andrés también se jactaba de ello.

estilo nunca usado,
al cielo levantado,
por dulce al mundo y sin igual camino,
tu nombre, ¡oh gitanilla!,
causando asombro, espanto y maravilla,
la fama yo quisiera
que le llevara hasta la octava esfera¹⁵⁹.

CLEMENTE

Que le llevara hasta la octava esfera
fuera decente y justo,
dando a los cielos gusto,
cuando el son de su nombre allá se oyera
y en la tierra causara,
por donde el dulce nombre resonara,
música en los oídos,
paz en las almas, gloria en los sentidos.

ANDRÉS

Paz en las almas, gloria en los sentidos
se siente cuando canta
la sirena que encanta
y adormece a los más apercebidos
y tal es mi Preciosa,
que es lo menos que tiene ser hermosa,
dulce regalo mío,
corona del donaire, honor del brío.

CLEMENTE

Corona del donaire, honor del brío
eres, bella gitana,
frescor de la mañana,
céfiro blando en el ardiente estío,
rayo con que Amor ciego
convierte el pecho más de nieve en fuego;
fuerza que así la hace,
que blandamente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, si no sonara a sus espaldas la voz de Preciosa, que las suyas había escuchado. Suspendiolo el oírlo y, sin moverse, prestándole maravillosa atención, la escucharon. Ella (o no sé si de improviso o si en algún tiempo los versos que cantaba le compusieron), con extremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes:

En esta empresa amorosa
donde el amor entretengo,
por mayor ventura tengo
ser honesta que hermosa.
La que es más humilde planta,
si la subida endereza,
por gracia o naturaleza

¹⁵⁹ *octava esfera*: según la astronomía de Ptolomeo, el cielo se dividía en esferas. La octava, correspondía a las estrellas fijas. La expresión quiere decir «a lo más alto».

a los cielos se levanta.
En este mi bajo cobre,
siendo honestidad su esmalte¹⁶⁰,
no hay buen deseo que falte
ni riqueza que no sobre.
No me causa alguna pena
no quererme o no estimarme,
que yo pienso fabricarme
mi suerte y ventura buena.
Haga yo lo que en mí es,
que a ser buena me encamine,
y haga el cielo y determine
lo que quisiere después.
Quiero ver si la belleza
tiene tal prerrogativa
que me encumbre tan arriba,
que aspire a mayor alteza.
Si las almas son iguales,
podrá la de un labrador
igualarse por valor
con las que son imperiales.
De la mía lo que siento
me sube al grado mayor,
porque majestad y amor
no tienen un mismo asiento.

Aquí dio fin Preciosa a su canto y Andrés y Clemente se levantaron a recibilla. Pasaron entre los tres discretas razones y Preciosa descubrió en las suyas su discreción, su honestidad y su agudeza, de tal manera que en Clemente halló disculpa la intención de Andrés, que aún hasta entonces no la había hallado, juzgando más a mocedad que a cordura su arrojada determinación.

Aquella mañana se levantó el aduar y se fueron a alojar en un lugar de la jurisdicción de Murcia, tres leguas de la ciudad, donde le sucedió a Andrés una desgracia que le puso en punto de perder la vida. Y fue que, después de haber dado en aquel lugar algunos vasos y prendas de plata en fianzas, como tenían de costumbre, Preciosa y su abuela y Cristina, con otras dos gitanillas y los dos, Clemente y Andrés, se alojaron en un mesón de una viuda rica, la cual tenía una hija de edad de diez y siete o diez y ocho años, algo más desenvuelta que hermosa y, por más señas, se llamaba Juana Carducha. Esta, habiendo visto bailar a las gitanas y gitanos, la tomó el diablo y se enamoró de Andrés tan fuertemente que propuso de decírselo y tomarle por marido, si él quisiese, aunque a todos sus parientes les pesase y así, buscó coyuntura para decírselo y hallola en un corral donde Andrés había entrado a requerir dos pollinos. Llegose a él y con priesa, por no ser vista, le dijo:

—Andrés —que ya sabía su nombre—, yo soy doncella y rica, que mi madre no tiene otro hijo sino a mí y este mesón es suyo; y amén desto tiene muchos majuelos¹⁶¹ y otros dos pares de casas. Hasme parecido bien: si me quieres por esposa, a ti está; respóndeme presto y si eres discreto quédate y verás qué vida nos damos.

Admirado quedó Andrés de la resolución de la Carducha y con la presteza que ella pedía le respondió:

—Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme y los gitanos no nos casamos sino con gitanas; guárdela Dios por la merced que me quería hacer, de quien yo no soy digno.

¹⁶⁰ *esmalte*: la parte exterior. El esmalte era lo que recubría a las monedas de cobre, las de más bajo valor.

¹⁶¹ *majuelos*: viñas, cepas nuevas.

No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la aceda¹⁶² respuesta de Andrés, a quien replicara si no viera que entraban en el corral otras gitanas. Saliose corrida y asendereada¹⁶³, y de buena gana se vengara si pudiera. Andrés, como discreto, determinó de poner tierra en medio y desviarse de aquella ocasión que el diablo le ofrecía; que bien leyó en los ojos de la Carducha que sin los lazos matrimoniales se le entregara a toda su voluntad y no quiso verse pie a pie y solo en aquella estacada y, así, pidió a todos los gitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos, que siempre le obedecían, lo pusieron luego por obra y, cobrando sus fianzas aquella tarde, se fueron.

La Carducha, que vio que en irse Andrés se le iba la mitad de su alma y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar a Andrés por fuerza, ya que de grado no podía. Y así, con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andrés, que ella conoció por suyas, unos ricos corales y dos patenas¹⁶⁴ de plata, con otros brincos¹⁶⁵ suyos y, apenas habían salido del mesón, cuando dio voces, diciendo que aquellos gitanos le llevaban robadas sus joyas, a cuyas voces acudió la justicia y toda la gente del pueblo.

Los gitanos hicieron alto y todos juraban que ninguna cosa llevaban hurtada y que ellos harían patentes todos los sacos y repuestos¹⁶⁶ de su aduar. Desto se congojó mucho la gitana vieja, temiendo que en aquel escrutinio no se manifestasen los dijes¹⁶⁷ de la Preciosa y los vestidos de Andrés, que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con mucha brevedad todo, porque al segundo envoltorio que miraron dijo que preguntasen cuál era el de aquel gitano gran bailador, que ella le había visto entrar en su aposento dos veces y que podría ser que aquel las llevase. Entendió Andrés que por él lo decía y, riéndose, dijo:

—Señora doncella, esta es mi recámara¹⁶⁸ y este es mi pollino: si vos halláredes en ella ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas¹⁶⁹, fuera de sujetarme al castigo que la ley da a los ladrones.

Acudieron luego los ministros de la justicia a desvalijar el pollino y a pocas vueltas dieron con el hurto, de que quedó tan espantado Andrés y tan absorto que no pareció sino estatua, sin voz, de piedra dura.

—¿No sospeché yo bien? —dijo a esta sazón la Carducha—. ¡Mirad con qué buena cara se encubre un ladrón tan grande!

El alcalde, que estaba presente, comenzó a decir mil injurias a Andrés y a todos los gitanos, llamándolos de públicos ladrones y salteadores de caminos. A todo callaba Andrés, suspenso e imaginativo y no acababa de caer en la traición de la Carducha. En esto se llegó a él un soldado bizarro, sobrino del alcalde, diciendo:

—¿No veis cuál se ha quedado el gitanico podrido de hurtar? Apostaré yo que hace melindres y que niega el hurto, con habérsele cogido en las manos; que bien haya quien no os echa en galeras a todos. ¡Mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo a Su Majestad, que no andarse bailando de lugar en lugar y hurtando de venta en monte! A fe de soldado, que estoy por darle una bofetada que le derribe a mis pies.

¹⁶² *aceda*: agria.

¹⁶³ *asendereada*: afligida.

¹⁶⁴ *patenas*: especie de medallón que las mujeres, especialmente las de origen rústico, llevaban colgado del cuello y que contenía algún motivo religioso.

¹⁶⁵ *brincos*: pequeñas joyas que cuelgan de la toca.

¹⁶⁶ *repuestos*: en sentido amplio, equipaje.

¹⁶⁷ *dijes*: las joyas que tenía Preciosa cuando fue robada.

¹⁶⁸ *recámara*: equipaje.

¹⁶⁹ *setenas*: siete veces su valor.

Y, diciendo esto, sin más ni más, alzó la mano y le dio un bofetón tal que le hizo volver de su embelesamiento y le hizo acordar que no era Andrés Caballero, sino don Juan y caballero y, arremetiendo al soldado con mucha presteza y más cólera, le arrancó su misma espada de la vaina y se la envainó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra.

Aquí fue el gritar del pueblo, aquí el amohinarse¹⁷⁰ el tío alcalde, aquí el desmayarse Preciosa y el turbarse Andrés de verla desmayada, aquí el acudir todos a las armas y dar tras el homicida. Creció la confusión, creció la grita y, por acudir Andrés al desmayo de Preciosa, dejó de acudir a su defensa y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagajes había ya salido del pueblo. Finalmente, tantos cargaron sobre Andrés, que le prendieron y le aherrojaron¹⁷¹ con dos muy gruesas cadenas. Bien quisiera el alcalde ahorcarle luego, si estuviera en su mano, pero hubo de remitirle a Murcia, por ser de su jurisdicción. No le llevaron hasta otro día y en el que allí estuvo, pasó Andrés muchos martirios y vituperios que el indignado alcalde y sus ministros y todos los del lugar le hicieron. Prendió el alcalde todos los más gitanos y gitanas que pudo, porque los más huyeron y entre ellos Clemente, que temió ser cogido y descubierto.

Finalmente, con la sumaria del caso¹⁷² y con una gran cáfila¹⁷³ de gitanos, entraron el alcalde y sus ministros con otra mucha gente armada en Murcia, entre los cuales iba Preciosa y el pobre Andrés, ceñido de cadenas, sobre un macho y con esposas y pie de amigo¹⁷⁴. Salió toda Murcia a ver los presos, que ya se tenía noticia de la muerte del soldado. Pero la hermosura de Preciosa aquel día fue tanta, que ninguno la miraba que no la bendecía y llegó la nueva de su belleza a los oídos de la señora corregidora, que por curiosidad de verla hizo que el corregidor, su marido, mandase que aquella gitana no entrase en la cárcel y todos los demás sí. Y a Andrés le pusieron en un estrecho calabozo, cuya oscuridad y la falta de la luz de Preciosa, le trataron de manera que bien pensó no salir de allí sino para la sepultura. Llevaron a Preciosa con su abuela a que la corregidora la viese y, así como la vio, dijo:

—Con razón la alaban de hermosa.

Y, llegándola a sí, la abrazó tiernamente y no se hartaba de mirarla y preguntó a su abuela que qué edad tendría aquella niña.

—Quince años —respondió la gitana—, dos meses más o menos.

—Esos tuviera agora la desdichada de mi Costanza. ¡Ay, amigas, que esta niña me ha renovado mi desventura! —dijo la corregidora.

Tomó en esto Preciosa las manos de la corregidora y, besándoselas muchas veces, se las bañaba con lágrimas y le decía:

—Señora mía, el gitano que está preso no tiene culpa, porque fue provocado: llamáronle ladrón y no lo es; diéronle un bofetón en su rostro, que es tal que en él se descubre la bondad de su ánimo. Por Dios y por quien vos sois, señora, que le hagáis guardar su justicia y que el señor corregidor no se dé prisa a ejecutar en él el castigo con que las leyes le amenazan y si algún agrado os ha dado mi hermosura, entretenedla con entretener el preso, porque en el fin de su vida está el de la mía. Él ha de ser mi esposo y justos y honestos impedimentos han estorbado que aún hasta ahora no nos habemos dado las manos. Si dineros fueren menester para alcanzar perdón de la parte¹⁷⁵, todo nuestro aduar se venderá en pública almoneda¹⁷⁶ y se dará aún más

¹⁷⁰ *amohinarse*: hacer un gesto de disgusto o de tristeza.

¹⁷¹ *aherrojaron*: sujetaron con cadenas o con grilletes.

¹⁷² *sumaria del caso*: informe preliminar o resumen.

¹⁷³ *cáfila*: grupo de gente libre que va de un lugar a otro.

¹⁷⁴ *pie de amigo*: artilugio que inmovilizaba al reo, atándole las manos a la cintura, y que le impedía, además, que agachara la cabeza.

¹⁷⁵ *de la parte*: de la parte contraria en este proceso.

¹⁷⁶ *almoneda*: subasta.

de lo que pidieren. Señora mía, si sabéis qué es amor y algún tiempo le tuvistes y ahora le tenéis a vuestro esposo, doleos de mí, que amo tierna y honestamente al mío.

En todo el tiempo que esto decía, nunca la dejó las manos, ni apartó los ojos de mirarla atentísimamente, derramando amargas y piadosas lágrimas en mucha abundancia. Asimismo, la corregidora la tenía a ella asida de las suyas, mirándola ni más ni menos, con no menor ahínco y con no más pocas lágrimas. Estando en esto, entró el corregidor y, hallando a su mujer y a Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspenso, así de su llanto como de la hermosura. Preguntó la causa de aquel sentimiento y la respuesta que dio Preciosa fue soltar las manos de la corregidora y asirse de los pies del corregidor, diciéndole:

—¡Señor, misericordia, misericordia! ¡Si mi esposo muere, yo soy muerta! Él no tiene culpa; pero si la tiene, déseme a mí la pena y si esto no puede ser, a lo menos entreténgase el pleito en tanto que se procuran y buscan los medios posibles para su remedio; que podrá ser que al que no pecó de malicia le enviase el cielo la salud de gracia.

Con nueva suspensión quedó el corregidor de oír las discretas razones de la gitana y que ya, si no fuera por no dar indicios de flaqueza, le acompañara en sus lágrimas.

En tanto que esto pasaba, estaba la gitana vieja considerando grandes, muchas y diversas cosas y, al cabo de toda esta suspensión y imaginación, dijo:

—Espérenme vuestras mercedes, señores míos, un poco, que yo haré que estos llantos se conviertan en risa, aunque a mí me cueste la vida.

Y así, con ligero paso, se salió de donde estaba, dejando a los presentes confusos con lo que dicho había. En tanto, pues, que ella volvía, nunca dejó Preciosa las lágrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intención de avisar a su padre que viniese a entender en ella. Volvió la gitana con un pequeño cofre debajo del brazo y dijo al corregidor que con su mujer y ella se entrasen en un aposento, que tenía grandes cosas que decirles en secreto. El corregidor, creyendo que algunos hurtos de los gitanos quería descubrirle, por tenerle propicio en el pleito del preso, al momento se retiró con ella y con su mujer en su recámara, adonde la gitana, hincándose de rodillas ante los dos, les dijo:

—Si las buenas nuevas¹⁷⁷ que os quiero dar, señores, no merecieren alcanzar en albricias¹⁷⁸ el perdón de un gran pecado mío, aquí estoy para recibir el castigo que quisiéredes darme; pero antes que le confiese quiero que me digáis, señores, primero, si conocéis estas joyas.

Y, descubriendo un cofrecico donde venían las de Preciosa, se le puso en las manos al corregidor y, en abriéndole, vio aquellos dijes pueriles, pero no cayó en lo que podían significar. Mirolos también la corregidora, pero tampoco dio en la cuenta; solo dijo:

—Estos son adornos de alguna pequeña criatura.

—Así es la verdad —dijo la gitana—; y de qué criatura sean lo dice ese escrito que está en ese papel doblado.

Abriole con priesa el corregidor y leyó que decía:

Llamábase la niña doña Constanza de Azevedo y de Meneses; su madre, doña Guiomar de Meneses, y su padre, don Fernando de Azevedo, caballero del hábito de Calatrava. Desparecila día de la Ascensión del Señor, a las ocho de la mañana, del año de mil y quinientos y noventa y cinco. Traía la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados.

Apenas hubo oído la corregidora las razones del papel, cuando reconoció los brincos¹⁷⁹, se los puso a la boca y, dándoles infinitos besos, se cayó desmayada. Acudió el corregidor a ella, antes que a preguntar a la gitana por su hija y, habiendo vuelto en sí, dijo:

¹⁷⁷ *nuevas*: noticias.

¹⁷⁸ *albricias*: recompensa que el destinatario de una buena noticia otorgaba al encargado de comunicársela.

¹⁷⁹ *brincos* y antes *dijes pueriles*: joyas, pendientes infantiles.

—Mujer buena, antes ángel que gitana, ¿adónde está el dueño, digo la criatura cuyos eran estos dijes?

—¿Adónde, señora? —respondió la gitana—. En vuestra casa la tenéis: aquella gitanica que os sacó las lágrimas de los ojos es su dueño y es sin duda alguna vuestra hija, que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el día y hora que ese papel dice.

Oyendo esto la turbada señora, soltó los chapines¹⁸⁰ y desalada¹⁸¹ y corriendo salió a la sala adonde había dejado a Preciosa y hallola rodeada de sus doncellas y criadas, todavía llorando. Arremetió a ella y, sin decirle nada, con gran priesa le desabrochó el pecho y miró si tenía debajo de la teta izquierda una señal pequeña, a modo de lunar blanco, con que había nacido y hallole ya grande, que con el tiempo se había dilatado. Luego, con la misma celeridad, la descalzó y descubrió un pie de nieve y de marfil, hecho a torno y vio en él lo que buscaba, que era que los dos dedos últimos del pie derecho se trababan el uno con el otro por medio con un poquito de carne, la cual, cuando niña, nunca se la habían querido cortar por no darle pesadumbre. El pecho, los dedos, los brincos, el día señalado del hurto, la confesión de la gitana y el sobresalto y alegría que habían recibido sus padres cuando la vieron, con toda verdad confirmaron en el alma de la corregidora ser Preciosa su hija. Y así, cogiéndola en sus brazos, se volvió con ella adonde el corregidor y la gitana estaban.

Iba Preciosa confusa, que no sabía a qué efeto se habían hecho con ella aquellas diligencias y más, viéndose llevar en brazos de la corregidora y que le daba de un beso hasta ciento. Llegó, en fin, con la preciosa carga doña Guiomar a la presencia de su marido y, trasladándola de sus brazos a los del corregidor, le dijo:

—Recebid, señor, a vuestra hija Costanza, que esta es sin duda; no lo dudéis, señor, en ningún modo, que la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto y más, que a mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron.

—No lo dudo —respondió el corregidor, teniendo en sus brazos a Preciosa—, que los mismos efetos han pasado por la mía que por la vuestra y más, que tantas puntualidades juntas, ¿cómo podían suceder, si no fuera por milagro?

Toda la gente de casa andaba absorta, preguntando unos a otros qué sería aquello y todos daban bien lejos del blanco; que ¿quién había de imaginar que la gitanilla era hija de sus señores? El corregidor dijo a su mujer y a su hija y a la gitana vieja, que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese y asimismo dijo a la vieja que él la perdonaba el agravio que le había hecho en hurtarle el alma, pues la recompensa de habérsela vuelto mayores albricias recibía y que solo le pesaba de que, sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese desposado con un gitano y más con un ladrón y homicida.

—¡Ay! —dijo a esto Preciosa—, señor mío, que ni es gitano ni ladrón, puesto que es matador; pero fuelo del que le quitó la honra y no pudo hacer menos de mostrar quién era y matarle.

—¿Cómo que no es gitano, hija mía? —dijo doña Guiomar.

Entonces la gitana vieja contó brevemente la historia de Andrés Caballero y que era hijo de don Francisco de Cárcamo, caballero del hábito de Santiago, y que se llamaba don Juan de Cárcamo, asimismo del mismo hábito, cuyos vestidos ella tenía, cuando los mudó en los de gitano. Contó también el concierto que entre Preciosa y don Juan estaba hecho, de aguardar dos años de aprobación para desposarse o no. Puso en su punto la honestidad de entrambos y la agradable condición de don Juan.

¹⁸⁰ *soltó los chapines*: los chapines eran un tipo de calzado femenino con el que era muy difícil andar con rapidez. La expresión equivale a «echó a correr».

¹⁸¹ *desalada*: ansiosa.

Tanto se admiraron desto como del hallazgo de su hija y mandó el corregidor a la gitana que fuese por los vestidos de don Juan. Ella lo hizo así y volvió con otro gitano, que los trujo.

En tanto que ella iba y volvía, hicieron sus padres a Preciosa cien mil preguntas, a quien respondió con tanta discreción y gracia que, aunque no la hubieran reconocido por hija, los enamorara. Preguntáronla si tenía alguna afición a don Juan. Respondió que no más de aquella que le obligaba a ser agradecida a quien se había querido humillar a ser gitano por ella; pero que ya no se extendería a más el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen.

—Calla, hija Preciosa —dijo su padre—, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede, en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo, que yo, como tu padre, tomo a cargo el ponerte en estado que no desdiga de quién eres.

Suspiró oyendo esto Preciosa y su madre, como era discreta, entendió que suspiraba de enamorada de don Juan y dijo a su marido:

—Señor, siendo tan principal don Juan de Cárcamo como lo es y queriendo tanto a nuestra hija, no nos estaría mal dársela por esposa.

Y él respondió:

—Aun hoy la habemos hallado, ¿y ya queréis que la perdamos? Gocémosla algún tiempo, que, en casándola, no será nuestra, sino de su marido.

—Razón tenéis, señor —respondió ella—, pero dad orden de sacar a don Juan, que debe de estar en algún calabozo.

—Sí estará —dijo Preciosa—; que a un ladrón, matador y, sobre todo, gitano, no le habrán dado mejor estancia.

—Yo quiero ir a verle, como que le voy a tomar la confesión —respondió el corregidor— y de nuevo os encargo, señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera.

Y, abrazando a Preciosa, fue luego a la cárcel y entró en el calabozo donde don Juan estaba y no quiso que nadie entrase con él. Hallóle con entrambos pies en un cepo¹⁸² y con las esposas a las manos, y que aún no le habían quitado el pie de amigo. Era la estancia oscura, pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba luz, aunque muy escasa; y, así como le vio, le dijo:

—¿Cómo está la buena pieza? ¡Que así tuviera yo atraillados¹⁸³ cuantos gitanos hay en España, para acabar con ellos en un día, como Nerón quisiera con Roma, sin dar más de un golpe! Sabed, ladrón puntilloso, que yo soy el corregidor desta ciudad y vengo a saber, de mí a vos, si es verdad que es vuestra esposa una gitanilla que viene con vosotros.

Oyendo esto Andrés, imaginó que el corregidor se debía de haber enamorado de Preciosa; que los celos son de cuerpos sutiles¹⁸⁴ y se entran por otros cuerpos sin romperlos, apartarlos ni dividirlos; pero, con todo esto, respondió:

—Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad y si ha dicho que no lo soy, también ha dicho verdad, porque no es posible que Preciosa diga mentira.

—¿Tan verdadera es? —respondió el corregidor—. No es poco serlo, para ser gitana. Ahora bien, mancebo, ella ha dicho que es vuestra esposa, pero que nunca os ha dado la mano. Ha sabido que, según es vuestra culpa, habéis de morir por ella y hame pedido que antes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan gran ladrón como vos.

¹⁸² *cepo*: instrumento formado por dos maderos con un hueco entre ellos apropiado para inmovilizar en él la cabeza o las extremidades de un reo.

¹⁸³ *atraillados*: atados con trailla, es decir, con cuerda.

¹⁸⁴ *sutiles*: la sutileza era, en fisiología, una capacidad de ciertos fluidos que los capacitaba para penetrar en otros cuerpos. Se atribuía, en teología, la misma cualidad a los bienaventurados.

—Pues hágalo vuesa merced, señor corregidor, como ella lo suplica, que, como yo me despose con ella, iré contento a la otra vida, como parta desta con nombre de ser suyo.

—¡Mucho la debéis de querer! —dijo el corregidor.

—Tanto —respondió el preso—, que, a poderlo decir, no fuera nada. En efeto, señor corregidor, mi causa se concluya: yo maté al que me quiso quitar la honra; yo adoro a esa gitana, moriré contento si muero en su gracia y sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos habremos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos.

—Pues esta noche enviaré por vos —dijo el corregidor— y en mi casa os desposaréis con Preciosica y mañana a mediodía estaréis en la horca, con lo que yo habré cumplido con lo que pide la justicia y con el deseo de entrambos.

Agradecióselo Andrés y el corregidor volvió a su casa y dio cuenta a su mujer de lo que con don Juan había pasado, y de otras cosas que pensaba hacer.

En el tiempo que él faltó dio cuenta Preciosa a su madre de todo el discurso¹⁸⁵ de su vida y de cómo siempre había creído ser gitana y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se había estimado en mucho más de lo que de ser gitana se esperaba. Preguntóle su madre que le dijese la verdad: si quería bien a don Juan de Cárcamo. Ella, con vergüenza y con los ojos en el suelo, le dijo que por haberse considerado gitana y que mejoraba su suerte con casarse con un caballero de hábito y tan principal como don Juan de Cárcamo y por haber visto por experiencia su buena condición y honesto trato, alguna vez le había mirado con ojos aficionados; pero que, en resolución, ya había dicho que no tenía otra voluntad de aquella que ellos quisiesen.

Llegose la noche y, siendo casi las diez, sacaron a Andrés de la cárcel, sin las esposas y el pie de amigo, pero no sin una gran cadena que desde los pies todo el cuerpo le ceñía. Llegó dese modo, sin ser visto de nadie, sino de los que le traían, en casa del corregidor y con silencio y recato le entraron en un aposento, donde le dejaron solo. De allí a un rato entró un clérigo y le dijo que se confesase, porque había de morir otro día. A lo cual respondió Andrés:

—De muy buena gana me confesaré, pero ¿cómo no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el tálamo¹⁸⁶ que me espera.

Doña Guiomar, que todo esto sabía, dijo a su marido que eran demasiados los sustos que a don Juan daba; que los moderase, porque podría ser perdiese la vida con ellos. Pareciple buen consejo al corregidor y así entró a llamar al que le confesaba y díjole que primero habían de desposar al gitano con Preciosa, la gitana, y que después se confesaría y que se encomendase a Dios de todo corazón, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están más secas las esperanzas.

En efeto, Andrés salió a una sala donde estaban solamente doña Guiomar, el corregidor, Preciosa y otros dos criados de casa. Pero, cuando Preciosa vio a don Juan ceñido y aherrojado con tan gran cadena, descolorido el rostro y los ojos con muestra de haber llorado, se le cubrió el corazón y se arrimó al brazo de su madre, que junto a ella estaba, la cual, abrazándola consigo, le dijo:

—Vuelve en ti, niña, que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho.

Ella, que estaba ignorante de aquello, no sabía cómo consolarse y la gitana vieja estaba turbada y los circunstantes colgados¹⁸⁷ del fin de aquel caso.

El corregidor dijo:

¹⁸⁵ *discurso*: transcurso.

¹⁸⁶ *tálamo*: lecho nupcial.

¹⁸⁷ *colgados*: deseosos de conocer el final.

—Señor tiniente cura¹⁸⁸, este gitano y esta gitana son los que vuesa merced ha de desposar.

—Eso no podré yo hacer si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren. ¿Dónde se han hecho las amonestaciones? ¿Adónde está la licencia de mi superior, para que con ellas se haga el desposorio?

—Inadvertencia ha sido mía —respondió el corregidor—, pero yo haré que el vicario la dé.

—Pues hasta que la vea —respondió el tiniente cura—, estos señores perdonen.

Y, sin replicar más palabra, porque no sucediese algún escándalo, se salió de casa y los dejó a todos confusos.

—El padre ha hecho muy bien —dijo a esta sazón el corregidor— y podría ser fuese providencia del cielo esta, para que el suplicio de Andrés se dilate; porque, en efeto, él se ha de desposar con Preciosa y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida a muchas amargas dificultades y, con todo esto, quería saber de Andrés, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresaltos se hallase esposo de Preciosa, si se tendría por dichoso, ya siendo Andrés Caballero, o ya don Juan de Cárcamo.

Así como oyó Andrés nombrarse por su nombre, dijo:

—Pues Preciosa no ha querido contenerse en los límites del silencio y ha descubierto quién soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho monarca del mundo, la tuviera en tanto que pusiera término a mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del cielo.

—Pues, por ese buen ánimo que habéis mostrado, señor don Juan de Cárcamo, a su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legítima consorte y agora os la doy y entrego en esperanza por la más rica joya de mi casa y de mi vida y de mi alma y estimadla en lo que decís, porque en ella os doy a doña Costanza de Meneses, mi única hija, la cual, si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linaje.

Atónito quedó Andrés viendo el amor que le mostraban y en breves razones doña Guiomar contó la pérdida de su hija y su hallazgo, con las certísimas señas que la gitana vieja había dado de su hurto; con que acabó don Juan de quedar atónito y suspenso, pero alegre sobre todo encarecimiento. Abrazó a sus suegros, llamolos padres y señores suyos, besó las manos a Preciosa, que con lágrimas le pedía las suyas.

Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habían estado presentes; el cual sabido por el alcalde, tío del muerto, vio tomados los caminos de su venganza, pues no había de tener lugar el rigor de la justicia para ejecutarla en el yerno del corregidor.

Vistiose don Juan los vestidos de camino que allí había traído la gitana; volviéronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro; la tristeza de los gitanos presos, en alegría, pues otro día los dieron en fiado. Recibió el tío del muerto la promesa de dos mil ducados, que le hicieron porque bajase de la querella y perdonase a don Juan, el cual, no olvidándose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron ni supieron dél, hasta que desde allí a cuatro días tuvo nuevas ciertas que se había embarcado en una de dos galeras de Génova que estaban en el puerto de Cartagena y ya se habían partido.

Dijo el corregidor a don Juan que tenía por nueva cierta que su padre, don Francisco de Cárcamo, estaba proveído¹⁸⁹ por corregidor de aquella ciudad y que sería bien esperalle, para que con su beneplácito y consentimiento se hiciesen las bodas. Don Juan dijo que no saldría de lo que él ordenase, pero que, ante todas cosas, se había de desposar con Preciosa. Concedió licencia el arzobispo para que con sola una amonestación se hiciese. Hizo fiestas la ciudad, por ser muy

¹⁸⁸ *tiniente cura*: teniente cura; sacerdote auxiliar.

¹⁸⁹ *proveído*: había sido nombrado, pero aún no había tomado posesión.

bienquisto¹⁹⁰ el corregidor, con luminarias¹⁹¹, toros y cañas¹⁹² el día del desposorio; quedose la gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de su nieta Preciosa.

Llegaron las nuevas a la corte del caso y casamiento de la gitanilla; supo don Francisco de Cárcamo ser su hijo el gitano y ser la Preciosa la gitanilla que él había visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenía por perdido, por saber que no había ido a Flandes; y más porque vio cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y tan rico como era don Fernando de Azevedo. Dio priesa a su partida, por llegar presto a ver a sus hijos y dentro de veinte días ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas y los poetas de la ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron a cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la gitanilla. Y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo¹⁹³, que en sus versos durará la fama de la Preciosa mientras los siglos duraren.

Olvidábaseme de decir cómo la enamorada mesonera descubrió a la justicia no ser verdad lo del hurto de Andrés el gitano y confesó su amor y su culpa, a quien no respondió pena alguna, porque en la alegría del hallazgo de los desposados se enterró la venganza y resucitó la clemencia.

¹⁹⁰ *bienquisto*: querido.

¹⁹¹ *luminarias*: luces que se ponían por las calles en señal de fiesta.

¹⁹² *cañas*: el juego de cañas era una especie de simulacro de combates entre caballeros.

¹⁹³ *licenciado Pozo*: es, muy probablemente, un personaje real de la época, pero las identificaciones propuestas son varias y poco satisfactorias.

NOVELA DE RINCONETE Y CORTADILLO

En la venta del Molinillo¹⁹⁴, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia¹⁹⁵, como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano, se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años: el uno ni el otro no pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo y las medias de carne. Bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas¹⁹⁶ que de zapatos. Traía el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla¹⁹⁷, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza¹⁹⁸, encerrada¹⁹⁹ y recogida toda en una manga; el otro venía escueto²⁰⁰ y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones²⁰¹, almidonado con grasa y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas y porque durasen más se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas²⁰² y las manos no muy limpias; el uno tenía una media espada y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos a sestear en un portal o cobertizo que delante de la venta se hace y, sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para adónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero —respondió el preguntado—, no la sé ni para dónde camino, tampoco.

—Pues en verdad —dijo el mayor— que no parece vuesa merced del cielo y que este no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es —respondió el mediano—, pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como alnado²⁰³; el camino que llevo es a la ventura y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

¹⁹⁴ *venta del Molinillo*: posada que se hallaba a algo más de veinte kilómetros de Almodóvar del Campo, en la actual provincia de Ciudad Real.

¹⁹⁵ *Alcudia*: valle al sur de la provincia de Ciudad Real, en el camino de Córdoba.

¹⁹⁶ *cormas*: tipo de cepo con que se estorbaba el movimiento de los reos.

¹⁹⁷ *toquilla*: era un adorno de gasa que se ponía alrededor del sombrero.

¹⁹⁸ *camuza*: gamuza; piel de este animal. El color gamuza es amarillo pálido.

¹⁹⁹ *encerrada*: enrollada.

²⁰⁰ *escueto*: sin adornos.

²⁰¹ *valones*: de Flandes. Eran unos cuellos muy adornados.

²⁰² *caireladas*: largas y sucias.

²⁰³ *alnado*: hijastro.

—Y ¿sabe vuesa merced algún oficio? —preguntó el grande.

Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre y salto como un gamo y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso —dijo el grande—, porque habrá sacristán que le dé a vuesa merced la ofrenda de Todos Santos, porque para el Jueves Santo le corte florones de papel para el monumento²⁰⁴.

—No es mi corte desa manera —respondió el menor—, sino que mi padre, por la misericordia del cielo, es sastre y calcetero y me enseñó a cortar antiparas²⁰⁵, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés²⁰⁶ que por su propio nombre se suelen llamar polainas y córtolas tan bien que en verdad que me podría examinar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos —respondió el grande— y siempre he oído decir que las buenas habilidades son las más perdidas, pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas, si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas y no las quiere manifestar.

—Sí tengo —respondió el pequeño—, pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en gran parte se puedan hallar y, para obligar a vuesa merced que descubra su pecho y descansen conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte y pienso que habemos de ser, deste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida²⁰⁷, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de continuo pasan; mi nombre es Pedro del Rincón, mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada²⁰⁸: quiero decir que es bulero o buldero²⁰⁹, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio y le aprendí de manera que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello. Pero, habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las mismas bulas, me abracé con un talego y di conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado²¹⁰. Vino el que tenía a cargo el dinero tras mí, prendiéronme, tuve poco favor, aunque, viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla²¹¹ y me mosqueasen las espaldas²¹² por un rato y con que saliese desterrado por cuatro años de la corte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo y salí a cumplir mi destierro, con tanta priesa que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias y, entre ellas, saqué estos naipes —y a este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía—

²⁰⁴ *monumento*: altar o túmulo adornado que se instala en las iglesias el día de Jueves Santo.

²⁰⁵ *antiparas*: prenda de vestir que cubre la pierna solo por delante.

²⁰⁶ *avampiés*: parte de esta prenda que cubre solo el empeine.

²⁰⁷ *Fuenfrida*: Fuenfría, en la sierra de Guadarrama, a unos quince kilómetros de Segovia.

²⁰⁸ *ministro de la Santa Cruzada*: de la guerra contra los turcos.

²⁰⁹ *buldero*: vendedor de bulas. Las bulas eran documentos o reliquias cuya compra eximía de cumplir ayunos y penitencias. El comercio de bulas dio lugar a excesos y abusos (incluso estafas, como las narradas en el *Lazarillo*), a los que el Concilio de Trento intentó poner coto.

²¹⁰ *pañizuelo de desposado*: pañuelo todo arrugado por los nervios del novio.

²¹¹ *aldabilla*: era un poste donde se ataba a aquellos que iban a ser azotados.

²¹² *mosqueasen las espaldas*: los azotes de mosqueo se daban con un látigo o disciplina, de forma parecida a como los animales usan el rabo para espantar moscas.

, con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando a la veintiuna²¹³ y, aunque vuesa merced los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzaré que no quede un as debajo. Y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as a la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada²¹⁴, el dinero se queda en casa. Fuera desto, aprendí de un cocinero de un cierto embajador ciertas tretas de quínolas²¹⁵ y del parar, a quien también llaman el andaboba²¹⁶; que, así como vuesa merced se puede examinar en el corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia vilhanesca²¹⁷. Con esto voy seguro de no morir de hambre, porque, aunque llegue a un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato. Y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red y veamos si cae algún pájaro destos arrieros que aquí hay; quiero decir que jugaremos los dos a la veintiuna, como si fuese de veras; que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

—Sea en buen hora —dijo el otro— y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado a que yo no le encubra la mía, que, diciéndola más breve, es esta. Yo nací en el piadoso lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo; mi padre es sastre, enseñome su oficio y de corte de tiserá, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas. Enfadome la vida estrecha del aldea y el desamorado trato de mi madrastra. Dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca²¹⁸ ni hay faldriquera tan escondida que mis dedos no visiten ni mis tiseras no corten, aunque le estén guardando con ojos de Argos²¹⁹. Y, en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fui cogido entre puertas ni sobresaltado ni corrido de corchetes²²⁰ ni soplado de ningún cañuto²²¹. Bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dio noticia de mi habilidad al corregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que, por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él y, así, salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas ni de algún coche de retorno²²² o, por lo menos, de un carro.

—Eso se borre —dijo Rincón—; y, pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no teníamos blanca²²³, ni aun zapatos.

—Sea así —respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba—; y, pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho, ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias.

Y, levantándose, Diego Cortado abrazó a Rincón y Rincón a él tierna y estrechamente y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia y, a pocas manos, alzaba tan bien por el as Cortado como Rincón, su maestro.

²¹³ *veintiuna*: era un juego de naipes en el que ganaba el jugador que alcanzara los veintiún puntos.

²¹⁴ *envidada*: apostada. En todo este párrafo, el pícaro viene a explicar las trampas de las que se vale para ganar.

²¹⁵ *quínolas*: otro juego de naipes; en este caso, gana el que junta cuatro cartas del mismo palo.

²¹⁶ *andaboba*: otro juego de naipes.

²¹⁷ *ciencia vilhanesca*: la ciencia de Vilhán, a quien se atribuye la invención de los juegos de naipes.

²¹⁸ *relicario de toca*: era un estuchito o medallón que colgaba de las tocas.

²¹⁹ *Argos*: Argo; en la mitología griega es un héroe oriundo de la Argólida, en el Peloponeso, dotado de cuatro o de muchos ojos, según versiones, a quien Hera, esposa de Zeus, encargó la vigilancia de la ternera Ío, amante de su marido. Argo, que podía dormir con la mitad de sus ojos abiertos, se convirtió en el paradigma de vigilante implacable.

²²⁰ *corchetes*: ministros de la justicia encargados de prender a los delincuentes.

²²¹ *cañuto*: chivato, soplón.

²²² *coche de retorno*: coche de alquiler.

²²³ *blanca*: moneda de cobre de muy poco valor.

Salió en esto un arriero a refrescarse al portal y pidió que quería hacer tercio²²⁴. Acogieronle de buena gana y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedís, que fue darle doce lanzadas y veinte y dos mil pesadumbres. Y, creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderían, quiso quitalles el dinero; mas ellos, poniendo el uno mano a su media espada y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer que, a no salir sus compañeros, sin duda lo pasara mal.

A esta sazón, pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes a caballo, que iban a sestear a la venta del Alcalde, que está media legua más adelante, los cuales, viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron y les dijeron que si acaso iban a Sevilla, que se viniesen con ellos.

—Allá vamos —dijo Rincón— y serviremos a vuestras mercedes en todo cuanto nos mandaren.

Y, sin más detenerse, saltaron delante de las mulas y se fueron con ellos, dejando al arriero agraviado y enojado y a la ventera admirada de la buena crianza de los pícaros, que les había estado oyendo su plática sin que ellos advirtiesen en ello. Y, cuando dijo al arriero que les había oído decir que los naipes que traían eran falsos, se pelaba las barbas y quisiera ir a la venta tras ellos a cobrar su hacienda, porque decía que era grandísima afrenta y caso de menos valer, que dos muchachos hubiesen engañado a un hombrazo tan grande como él. Sus compañeros le detuvieron y aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y simpleza. En fin, tales razones le dijeron que, aunque no le consolaron, le obligaron a quedarse.

En esto, Cortado y Rincón se dieron tan buena maña en servir a los caminantes, que lo más del camino los llevaban a las ancas y, aunque se les ofrecían algunas ocasiones de tentar las valijas de sus medios amos, no las admitieron, por no perder la ocasión tan buena del viaje de Sevilla, donde ellos tenían grande deseo de verse.

Con todo esto, a la entrada de la ciudad, que fue a la oración y por la puerta de la Aduana²²⁵, a causa del registro y almojarifazgo²²⁶ que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la valija o maleta que a las ancas traía un francés de la camarada y así, con el de sus cachas le dio tan larga y profunda herida, que se parecían patentemente las entrañas y sutilmente le sacó dos camisas buenas, un reloj de sol y un librito de memoria²²⁷, cosas que cuando las vieron no les dieron mucho gusto y pensaron que, pues el francés llevaba a las ancas aquella maleta, no la había de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenían aquellas preseas y quisieran volver a darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrían echado menos y puesto en recaudo lo que quedaba.

Habíanse despedido antes que el salto hiciesen de los que hasta allí los habían sustentado y otro día²²⁸ vendieron las camisas en el malbaratillo²²⁹ que se hace fuera de la puerta del Arenal²³⁰, y dellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron a ver la ciudad y admiros de la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia²³¹, el gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota²³² y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar y aun temer el día que sus culpas les habían de traer a morar en ellas de por vida. Echaron de ver los muchos

²²⁴ *hacer tercio*: participar.

²²⁵ *puerta de la Aduana*: antes Postigo del Carbón, donde se construyó la aduana en 1587.

²²⁶ *almojarifazgo*: impuesto sobre el valor de las mercancías.

²²⁷ *librito de memoria*: cuaderno de notas.

²²⁸ *otro día*: al día siguiente.

²²⁹ *malbaratillo*: rastro, mercadillo.

²³⁰ *Arenal*: terreno que existía entre la muralla y el río, que servía de muelle de descarga y embarque.

²³¹ *mayor iglesia*: la catedral.

²³² *cargazón de flota*: dos veces al año, en primavera y verano, se organizaban expediciones para llevar mercancías a las Indias y traer de allí oro y plata. Los galeones iban escoltados por galeras, navíos de vela y remo. Una de las penas más severas que podía sufrir un reo era ser condenado a remar en galeras. Los reincidentes sufrían en ellas cadena perpetua.

muchachos de la esportilla²³³ que por allí andaban; informáronse de uno dellos qué oficio era aquel y, si era de mucho trabajo y de qué ganancia.

Un muchacho asturiano, que fue a quien le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado y de que no se pagaba alcabala²³⁴ y que algunos días salía con cinco y con seis reales de ganancia, con que comía y bebía y triunfaba como cuerpo de rey, libre de buscar amo a quien dar fianzas y seguro de comer a la hora que quisiese, pues a todas lo hallaba en el más mínimo bodegón de toda la ciudad.

No les pareció mal a los dos amigos la relación del asturianillo, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venía como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecía de entrar en todas las casas y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usalle, pues lo podían usar sin examen. Y, preguntándole al asturiano qué habían de comprar, les respondió que sendos costales pequeños, limpios o nuevos y cada uno tres espuestas de palma, dos grandes y una pequeña, en las cuales se repartía la carne, pescado y fruta y en el costa el pan; y él les guió donde lo vendían y ellos, del dinero de la galima²³⁵ del francés, lo compraron todo y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio, según les ensayaban las esportillas y asentaban los costales. Avisoles su adalid de los puestos donde habían de acudir: por las mañanas, a la Carnicería y a la plaza de San Salvador²³⁶; los días de pescado, a la Pescadería y a la Costanilla²³⁷; todas las tardes, al río; los jueves, a la Feria.

Toda esta lición tomaron bien de memoria y otro día bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador y, apenas hubieron llegado, cuando los rodearon otros mozos del oficio que, por lo flamante de los costales y espuestas, vieron ser nuevos en la plaza; hiciéronles mil preguntas y a todas respondían con discreción y medida. En esto, llegaron un medio estudiante y un soldado y, convidados de la limpieza de las espuestas de los dos novatos, el que parecía estudiante llamó a Cortado y el soldado a Rincón.

—En nombre sea de Dios —dijeron ambos.

—Para bien se comience el oficio —dijo Rincón—, que vuesa merced me estrena, señor mío.

A lo cual respondió el soldado:

—La estrena no será mala, porque estoy de ganancia y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete a unas amigas de mi señora.

—Pues cargue vuesa merced a su gusto, que ánimo tengo y fuerzas para llevarme toda esta plaza y aun si fuere menester que ayude a guisarlo, lo haré de muy buena voluntad.

Contentose el soldado de la buena gracia del mozo y díjole que si quería servir, que él le sacaría de aquel abatido oficio. A lo cual respondió Rincón que, por ser aquel día el primero que le usaba, no le quería dejar tan presto, hasta ver, a lo menos, lo que tenía de malo y bueno y, cuando no le contentase, él daba su palabra de servirle a él antes que a un canónigo.

Riose el soldado, cargole muy bien, mostrole la casa de su dama, para que la supiese de allí adelante y él no tuviese necesidad, cuando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincón prometió fidelidad y buen trato. Diole el soldado tres cuartos y en un vuelo volvió a la plaza, por no perder coyuntura; porque también desta diligencia les advirtió el asturiano y de que cuando llevasen pescado menudo (conviene a saber: albures o sardinas o acedías), bien podían tomar algunas y

²³³ *esportilla*: especie de cesta de esparto. Los esportilleros eran chavales de la más humilde condición que se ganaban la vida llevando mercancías o trastos por encargo. Desde muy pronto se les relacionó con el mundo de la picaresca.

²³⁴ *alcabala*: impuesto que gravaba las transacciones comerciales.

²³⁵ *galima*: hurto pequeño y frecuente.

²³⁶ *plaza de San Salvador*: junto a la iglesia del mismo nombre.

²³⁷ *Costanilla*: plaza que debe el nombre a su desnivel. Se localiza cerca de la plaza de San Isidoro. En ella comenzó a celebrarse mercado en el siglo XIV.

hacerlas la salva²³⁸, siquiera para el gasto de aquel día; pero que esto había de ser con toda sagacidad y advertimiento, porque no se perdiese el crédito, que era lo que más importaba en aquel ejercicio.

Por presto que volvió Rincón, ya halló en el mismo puesto a Cortado. Llegose Cortado a Rincón, y preguntole que cómo le había ido. Rincón abrió la mano y mostrole los tres cuartos. Cortado entró la suya en el seno y sacó una bolsilla, que mostraba haber sido de ámbar en los pasados tiempos; venía algo hinchada y dijo:

—Con esta me pagó su reverencia del estudiante y con dos cuartos; mas tomadla vos, Rincón, por lo que puede suceder.

Y habiéndosela ya dado secretamente, veis aquí do vuelve el estudiante trasudando y turbado de muerte y, viendo a Cortado, le dijo si acaso había visto una bolsa de tales y tales señas que, con quince escudos de oro en oro y con tres reales de a dos y tantos maravedís en cuartos y en ochavos, le faltaba y que le dijese si la había tomado en el entretanto que con él había andado comprando. A lo cual, con extraño disimulo, sin alterarse ni mudarse en nada, respondió Cortado:

—Lo que yo sabré decir desa bolsa es que no debe de estar perdida, si ya no es que vuesa merced la puso a mal recaudo.

—¡Eso es ello, pecador de mí —respondió el estudiante—: que la debí de poner a mal recaudo, pues me la hurtaron!

—Lo mismo digo yo —dijo Cortado—; pero para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal, tener paciencia; que de menos nos hizo Dios y un día viene tras otro día y donde las dan las toman y podría ser que, con el tiempo, el que llevó la bolsa se viniese a arrepentir y se la volviese a vuesa merced sahutada²³⁹.

—El sahumero le perdonaríamos —respondió el estudiante.

Y Cortado prosiguió diciendo:

—Cuanto más, que cartas de descomuni3n hay, paulinas²⁴⁰, y buena diligencia, que es madre de la buena ventura; aunque, a la verdad, no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa; porque, si es que vuesa merced tiene alguna orden sacra, parecerme hía²⁴¹ a mí que había cometido algún grande incesto o sacrilegio.

—Y ¡cómo que ha cometido sacrilegio! —dijo a esto el adolorido estudiante—; que, puesto que yo no soy sacerdote, sino sacristán de unas monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una capellanía²⁴², que me dio a cobrar un sacerdote amigo mío y es dinero sagrado y bendito.

—Con su pan se lo coma —dijo Rincón a este punto—; no le arriendo la ganancia; día de juicio hay, donde todo saldrá en la colada, y entonces se verá quién fue Callejas²⁴³ y el atrevido que se atrevió a tomar, hurtar y menoscabar el tercio de la capellanía. Y ¿cuánto renta cada año? Dígame, señor sacristán, por su vida.

—¡Renta la puta que me parió! ¡Y estoy yo ahora para decir lo que renta! —respondió el sacristán con algún tanto de demasiada cólera—. Decidme, hermanos, si sabéis algo; si no, quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar.

²³⁸ hacerlas la salva: *probarlas*.

²³⁹ *sahutada*: perfumada, en mejor estado que antes.

²⁴⁰ *paulinas*: cartas de excomuni3n pontificias.

²⁴¹ *parecerme hía*: me parecería, contrucci3n muy normal en la 3poca.

²⁴² *tercio de una capellanía*: el tercio de los ingresos de una capellanía, es decir, de la renta que el fundador de una capilla particular ha dispuesto para misas y pagos de los clérigos que a ella están adscritos.

²⁴³ *entonces se verá quién fue Callejas*: era una frase popular que se usaba con el significado de «al final se verá el valor de cada uno».

—No me parece mal remedio ese —dijo Cortado—, pero advierta vuesa merced no se le olviden las señas de la bolsa ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella; que si yerra en un ardite, no parecerá en días del mundo y esto le doy por hado.

—No hay que temer deso —respondió el sacristán—, que lo tengo más en la memoria que el tocar de las campanas: no me erraré en un átomo.

Sacó, en esto, de la faldriquera un pañuelo randado²⁴⁴ para limpiarse el sudor, que llovía de su rostro como de alquitara²⁴⁵ y, apenas le hubo visto Cortado, cuando le marcó por suyo. Y, habiéndose ido el sacristán, Cortado le siguió y le alcanzó en las Gradas²⁴⁶, donde le llamó y le retiró a una parte y allí le comenzó a decir tantos disparates, al modo de lo que llaman bernardinas²⁴⁷, cerca del hurto y hallazgo de su bolsa, dándole buenas esperanzas, sin concluir jamás razón que comenzase, que el pobre sacristán estaba embelesado escuchándole. Y, como no acababa de entender lo que le decía, hacía que le replicase la razón dos y tres veces.

Estáble mirando Cortado a la cara atentamente y no quitaba los ojos de sus ojos. El sacristán le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dio lugar a Cortado que concluyese su obra y sutilmente le sacó el pañuelo de la faldriquera y, despidiéndose dél, le dijo que a la tarde procurase de verle en aquel mismo lugar, porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le había tomado la bolsa y que él se obligaba a saberlo, dentro de pocos o de muchos días.

Con esto se consoló algo el sacristán y se despidió de Cortado, el cual se vino donde estaba Rincón, que todo lo había visto un poco apartado dél y más abajo estaba otro mozo de la esportilla, que vio todo lo que había pasado y cómo Cortado daba el pañuelo a Rincón y, llegándose a ellos, les dijo:

—Díganme, señores galanes: ¿voacedes²⁴⁸ son de mala entrada²⁴⁹ o no?

—No entendemos esa razón, señor galán —respondió Rincón.

—¿Qué no entrevan²⁵⁰, señores murcios²⁵¹? —respondió el otro.

—Ni somos de Teba²⁵² ni de Murcia —dijo Cortado—. Si otra cosa quiere, díjala; si no, váyase con Dios.

—¿No lo entienden? —dijo el mozo—. Pues yo se lo daré a entender, y a beber, con una cuchara de plata; quiero decir, señores, si son vuestas mercedes ladrones. Mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme: ¿cómo no han ido a la aduana del señor Monipodio?

—¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galán? —dijo Rincón.

—Si no se paga —respondió el mozo—, a lo menos registran ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo y, así, les aconsejo que vengan conmigo a darle la obediencia o si no, no se atrevan a hurtar sin su señal²⁵³, que les costará caro.

—Yo pensé —dijo Cortado— que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala y que si se paga, es por junto, dando por fiadores a la garganta y a las espaldas. Pero, pues así es, y en cada

²⁴⁴ *randado*: de encaje.

²⁴⁵ *alquitara*: alambique.

²⁴⁶ *Gradas*: las gradas de la catedral.

²⁴⁷ *bernardinas*: fanfarronadas; aquí, más bien, razones disparatadas.

²⁴⁸ *voacedes*: una de las formas de la evolución de vuestras mercedes a ustedes.

²⁴⁹ *ser de mala entrada*: *ser un matón*.

²⁵⁰ *entrevan*: entienden.

²⁵¹ *murcios*: ladrones.

²⁵² *Teba*: lugar de la provincia de Málaga.

²⁵³ *sin su señal*: sin su permiso.

tierra hay su uso, guardemos nosotros el desta que, por ser la más principal del mundo, será el más acertado de todo él. Y así, puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos²⁵⁴, según lo que he oído decir, que es muy calificado y generoso y además hábil en el oficio.

—¡Y cómo que es calificado, hábil y suficiente! —respondió el mozo—. Eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre no han padecido sino cuatro en el *finibusterrae*²⁵⁵ y obra de treinta envesados²⁵⁶ y de sesenta y dos en gurapas²⁵⁷.

—En verdad, señor —dijo Rincón—, que así entendemos esos nombres como volar.

—Comencemos a andar, que yo los iré declarando por el camino —respondió el mozo—, con otros algunos, que así les conviene saberlos como el pan de la boca.

Y así, les fue diciendo y declarando otros nombres, de los que ellos llaman germanescos²⁵⁸ o de la germanía, en el discurso de su plática, que no fue corta, porque el camino era largo; en el cual dijo Rincón a su guía:

—¿Es vuesa merced, por ventura, ladrón?

—Sí —respondió él—, para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado.

A lo cual respondió Cortado:

—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

A lo cual respondió el mozo:

—Señor, yo no me meto en tologías²⁵⁹; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

—Sin duda —dijo Rincón—, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.

—Es tan santa y buena —replicó el mozo—, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa o limosna para el aceite de la lámpara de una imagen muy devota que está en esta ciudad y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los días pasados dieron tres ansias²⁶⁰ a un cuatrero que había murciado dos roznos²⁶¹, y con estar flaco y cuartanario²⁶², así las sufrió sin cantar²⁶³ como si fueran nada. Y esto atribuimos los del arte a su buena devoción, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo. Y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud y decírselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que *cuatrero* es ladrón de bestias; *ansia* es el tormento; *rosnos*, los asnos, hablando con perdón; *primer desconcierto* es las primeras vueltas de cordel que da el verdugo. Tenemos más, que rezamos nuestro rosario, repartido en toda la semana, y muchos de nosotros no hurtamos el día del viernes, ni tenemos conversación con mujer que se llame María el día del sábado.

²⁵⁴ *barruntos*: sospechas, indicios.

²⁵⁵ *finibusterrae*: la horca. La expresión latina se traduce literalmente por “el fin de la tierra”.

²⁵⁶ *envesados*: azotados.

²⁵⁷ *gurapas*: galeras.

²⁵⁸ *germanescos*: propios del hampa, de la “germanía”.

²⁵⁹ *tologías*: teologías. «No me meto en honduras».

²⁶⁰ *ansias*: confesión en el tormento, especialmente la toca (tormento que consistía en tapar la boca al reo con un paño y verter sobre él agua, lo que le impedía la respiración).

²⁶¹ *roznos*: borricos.

²⁶² *cuartanario*: enfermo de paludismo o fiebre cuartanas.

²⁶³ *cantar*: confesar.

—De perlas me parece todo eso —dijo Cortado—; pero dígame vuesa merced: ¿hácese otra restitución o otra penitencia más de la dicha?

—En eso de restituir no hay que hablar —respondió el mozo—, porque es cosa imposible, por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya y, así, el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto más, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia, a causa que nunca nos confesamos y si sacan cartas de excomuniación, jamás llegan a nuestra noticia porque jamás vamos a la iglesia al tiempo que se leen, si no es los días de jubileo²⁶⁴, por la ganancia que nos ofrece el concurso de la mucha gente.

—Y ¿con solo eso que hacen, dicen esos señores —dijo Cortadillo— que su vida es santa y buena?

—Pues ¿qué tiene de malo? —replicó el mozo—. ¿No es peor ser hereje o renegado o matar a su padre y madre o ser solomico²⁶⁵?

—*Sodomita* querrá decir vuesa merced —respondió Rincón.

—Eso digo —dijo el mozo.

—Todo es malo —replicó Cortado—. Pero, pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

—Presto se les cumplirá su deseo —dijo el mozo—, que ya desde aquí se descubre su casa. Vuestas mercedes se queden a la puerta, que yo entraré a ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia.

—En buena sea —dijo Rincón.

Y, adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando a la puerta. Él salió luego y los llamó y ellos entraron y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljimifrado²⁶⁶ parecía que vertía carmín de lo más fino. Al un lado estaba un banco de tres pies y al otro un cántaro desbocado con un jarrillo encima, no menos falto que el cántaro; a otra parte estaba una estera de enea y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta, de albahaca.

Miraban los mozos atentamente las alhajas²⁶⁷ de la casa, en tanto que bajaba el señor Monipodio y, viendo que tardaba, se atrevió Rincón a entrar en una sala baja, de dos pequeñas que en el patio estaban y vio en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho, pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo. En la pared frontera estaba pegada a la pared una imagen de Nuestra Señora, destas de mala estampa²⁶⁸, y más abajo pendía una esportilla de palma y, encajada en la pared, una almofia²⁶⁹ blanca, por do coligió Rincón que la esportilla servía de cepo para limosna y la almofia de tener agua bendita, y así era la verdad.

Estando en esto, entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí a poco, dos de la esportilla y un ciego y, sin hablar palabra ninguno, se comenzaron a pasear por el patio. No tardó mucho, cuando entraron dos viejos de bayeta²⁷⁰, con anteojos que los hacían graves y dignos de ser respetados, con sendos rosarios de sonadoras

²⁶⁴ *jubileo*: indulgencia plenaria que la iglesia concede a los fieles, bajo determinadas condiciones, en fechas señaladas.

²⁶⁵²⁶⁵ *solomico*: vulgarismo por *sodomita*.

²⁶⁶ *aljimifrado*: limpio, acicalado

²⁶⁷ *alhajas*: el ajuar, las cosas de la casa.

²⁶⁸ *de mala estampa*: mal impresa.

²⁶⁹ *almofia*: palangana.

²⁷⁰ *bayeta*: tejido basto y grueso.

cuentas en las manos. Tras ellos entró una vieja halduda²⁷¹ y, sin decir nada, se fue a la sala y, habiendo tomado agua bendita con grandísima devoción se puso de rodillas ante la imagen y, a cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo y levantados los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla y se salió con los demás al patio. En resolución, en poco espacio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trajes y oficios. Llegaron también de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos a la valona, medias de color, ligas de gran balumba²⁷², espadas de más de marca²⁷³, sendos pistoletas cada uno en lugar de dagas y sus broqueles pendientes de la pretina²⁷⁴; los cuales, así como entraron, pusieron los ojos de través²⁷⁵ en Rincón y Cortado, a modo de que los extrañaban y no conocían. Y, llegándose a ellos, les preguntaron si eran de la cofradía. Rincón respondió que sí y muy servidores de sus mercedes.

Llegose en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos, hundidos. Venía en camisa y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados, cubríanle las piernas unos zaragüelles²⁷⁶ de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos. El sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí²⁷⁷ por espalda y pechos a do colgaba una espada ancha y corta, a modo de las del perrillo²⁷⁸; las manos eran cortas, pelosas y los dedos gordos y las uñas hembras²⁷⁹ y remachadas²⁸⁰; las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efeto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos y, trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

—Estos son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije, mi sor²⁸¹ Monipodio: vuesa merced los desamine y verá como son dignos de entrar en nuestra congregación.

—Eso haré yo de muy buena gana —respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que, así como Monipodio bajó, al punto, todos los que aguardándole estaban le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos que, a medio magate²⁸², como entre ellos se dice, le quitaron los capelos²⁸³ y luego volvieron a su paseo por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

—El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decilla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recibir algún hábito honroso.

²⁷¹ *halduda*: con grandes faldas.

²⁷² *balumba*: bulto grande. Las ligas eran grandes y vistosas.

²⁷³ *marca*: desde 1564, la medida de las espadas estaba regulada. Las de estos mozos superaban el máximo permitido.

²⁷⁴ *pretina*: cinturón.

²⁷⁵ pusieron los ojos de través: *miraron de reojo*.

²⁷⁶ *zaragüelles*: calzones.

²⁷⁷ *tahalí*: cinturón ancho de cuero.

²⁷⁸ *perrillo*: el *perrillo* era la marca que llevaban estampada las espadas de uno de los más famosos fabricantes de Toledo, Julián del Rey.

²⁷⁹ *uñas hembras*: anchas y cortas.

²⁸⁰ *remachadas*: torcidas hacia adentro.

²⁸¹ *mi sor*: mi señor.

²⁸² *a medio magate*: sin mucho interés, sin prestar atención.

²⁸³ *capelos*: sombreros.

A lo cual respondió Monipodio:

—Vos, hijo mío, estáis en lo cierto y es cosa muy acertada encubrir eso que decís; porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano ni en el libro de las entradas: «Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron o le azotaron», o otra cosa semejante que, por lo menos, suena mal a los buenos oídos y, así, torno a decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto y solo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo y Cortado también.

—Pues, de aquí adelante —respondió Monipodio—, quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis Rinconete y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo²⁸⁴ para la limosna de quien las dice de alguna parte de lo que se garbea²⁸⁵; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan a las tales ánimas por vía de naufragio y caen debajo de nuestros bienhechores: el procurador que nos defiende, el guro²⁸⁶ que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: «¡Al ladrón, al ladrón! ¡Deténganle, deténganle!», uno se pone en medio y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: «¡Déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva! ¡Allá se lo haya, castíguele su pecado!». Son también bienhechoras nuestras las socorridas²⁸⁷, que de su sudor nos socorren, así en la trena²⁸⁸ como en las guras²⁸⁹; y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano, que si anda de buena, no hay delito que sea culpa ni culpa a quien se dé mucha pena y, por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario²⁹⁰ con la mayor popa²⁹¹ y solenidad que podemos.

—Por cierto —dijo Rinconete, ya confirmado con este nombre—, que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oído decir que vuesa merced, señor Monipodio, tiene. Pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia a esta felicísima y abogada confraternidad, para que por sus almas se les haga ese naufragio o tormenta o ese adversario que vuesa merced dice, con la solenidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace mejor con popa y soledad, como también apuntó vuesa merced en sus razones.

—Así se hará, o no quedará de mí pedazo —replicó Monipodio.

Y, llamando a la guía, le dijo:

—Ven acá, Ganchuelo: ¿están puestas las postas²⁹²?

—Sí —dijo la guía, que Ganchuelo era su nombre—: tres centinelas quedan avizorando²⁹³ y no hay que temer que nos cojan de sobresalto.

—Volviendo, pues, a nuestro propósito —dijo Monipodio—, querría saber, hijos, lo que sabéis, para daros el oficio y ejercicio conforme a vuestra inclinación y habilidad.

²⁸⁴ *estupendo*: estipendio.

²⁸⁵ *garbea*: roba.

²⁸⁶ *guro*: alguacil.

²⁸⁷ *socorridas*: prostitutas.

²⁸⁸ *trena*: cárcel.

²⁸⁹ *guras*: calabozos.

²⁹⁰ *adversario*: deformación de *aniversario*. Uno de los muchos vulgarismos y modismos que salpican este paisaje y ayudan a caracterizar lingüísticamente a Monipodio y a los otros rufianes.

²⁹¹ *popa*: pompa.

²⁹² *postas*: centinelas.

²⁹³ *avizorando*: vigilando

—Yo —respondió Rinconete— sé un poquito de floreo de Vilhán²⁹⁴; entiéndeseme el retén²⁹⁵; tengo buena vista para el humillo²⁹⁶; juego bien de la sola²⁹⁷, de las cuatro y de las ocho²⁹⁸; no se me va por pies el raspadillo, verrugueta y el colmillo²⁹⁹; éntrome por la boca de lobo como por mi casa y atreveríame a hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y a dar un astillazo al más pintado mejor que dos reales prestados.

—Principios son —dijo Monipodio—, pero todas esas son flores de cantueso viejas y tan usadas que no hay principiante que no las sepa y solo sirven para alguno que sea tan blanco³⁰⁰ que se deje matar de media noche abajo; pero andaré el tiempo y vernos hemos, que, asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habéis de salir oficial famoso y aun quizá maestro.

—Todo será para servir a vuesa merced y a los señores cofrades —respondió Rinconete.

—Y vos, Cortadillo, ¿qué sabéis? —preguntó Monipodio.

—Yo —respondió Cortadillo— sé la treta que dicen mete dos y saca cinco³⁰¹ y sé dar tiento a una faldriquera con mucha puntualidad y destreza.

—¿Sabéis más? —dijo Monipodio.

—No, por mis grandes pecados —respondió Cortadillo.

—No os aflijáis, hijo —replicó Monipodio—, que a puerto y a escuela habéis llegado donde ni os anegaréis ni dejaréis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que más os conviniere. Y en esto del ánimo, ¿cómo os va, hijos?

—¿Cómo nos ha de ir —respondió Rinconete— sino muy bien? Ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren a nuestro arte y ejercicio.

—Está bien —replicó Monipodio—, pero querría yo que también le tuviédeses para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin desplegar los labios y sin decir esta boca es mía.

—Ya sabemos aquí —dijo Cortadillo—, señor Monipodio, qué quiere decir ansias y para todo tenemos ánimo; porque no somos tan ignorantes que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja³⁰² y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido, por no darle otro título, que le deja en su lengua su vida o su muerte, ¡como si tuviese más letras un *no* que un *sí*!

—¡Alto, no es menester más! —dijo a esta sazón Monipodio—. Digo que sola esa razón me convence, me obliga, me persuade y me fuerza a que desde luego asentéis³⁰³ por cofrades mayores y que se os sobrelleve³⁰⁴ el año del noviciado.

—Yo soy dese parecer —dijo uno de los bravos.

Y a una voz lo confirmaron todos los presentes, que toda la plática habían estado escuchando, y pidieron a Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecía todo. Él respondió que, por dalles contento a todos, desde aquel punto se las concedía y advirtiéndoles que las estimasen

²⁹⁴ *floreo de Vilhán*: trampas con los naipes.

²⁹⁵ *retén*: esconder las cartas.

²⁹⁶ *humillo*: trampa consistente en untar de humo las cartas.

²⁹⁷ *juego bien de la sola*: sin ayuda de terceros ni de trampas.

²⁹⁸ *de las cuatro y de las ocho*: otro tipo de trampas.

²⁹⁹ *raspadillo, verrugueta y el colmillo*: formas de marcar las cartas, de manera que fueran identificables al tacto.

³⁰⁰ *blanco*: inocente

³⁰¹ *mete dos y saca cinco*: roba introduciendo en la bolsa dos dedos.

³⁰² *gorja*: garganta, pescuezo.

³⁰³ *asentéis*: seáis admitidos.

³⁰⁴ *sobrelleve*: perdone.

en mucho, porque eran no pagar media nata³⁰⁵ del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, conviene a saber: no llevar recaudo de ningún hermano mayor a la cárcel ni a la casa, de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro³⁰⁶; hacer banquete cuando, como y adonde quisieren, sin pedir licencia a su mayoral; entrar a la parte, desde luego, con lo que entrujasen³⁰⁷ los hermanos mayores, como uno dellos, y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima y los demás, con palabras muy comedidas, las agradecieron mucho.

Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado y dijo:

—El alguacil de los vagabundos³⁰⁸ viene encaminado a esta casa, pero no trae consigo gurullada³⁰⁹.

—Nadie se alborote —dijo Monipodio—, que es amigo y nunca viene por nuestro daño. Sosiéguese, que yo le saldré a hablar.

Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió a la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato y luego volvió a entrar Monipodio y preguntó:

—¿A quién le cupo hoy la plaza de San Salvador?

—A mí —dijo el de la guía.

—Pues ¿cómo —dijo Monipodio— no se me ha manifestado una bolsilla de ámbar que esta mañana en aquel paraje dio al traste con quince escudos de oro y dos reales de a dos y no sé cuántos cuartos?

—Verdad es —dijo la guía— que hoy faltó esa bolsa, pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quién la tomase.

—¡No hay levas³¹⁰ conmigo! —replicó Monipodio—. ¡La bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año!

Tornó a jurar el mozo que no sabía della. Comenzose a encolerizar Monipodio, de manera que parecía que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

—¡Nadie se burle con quebrantar la más mínima cosa de nuestra orden, que le costará la vida! Manifiéstese la cica³¹¹ y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca y pondré lo demás de mi casa; porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil.

Tornó de nuevo a jurar el mozo y a maldecirse, diciendo que él no había tomado tal bolsa ni vístola de sus ojos; todo lo cual fue poner más fuego a la cólera de Monipodio y dar ocasión a que toda la junta se alborotase, viendo que se rompían sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo Rinconete, pues, tanta disensión y alboroto, parecióle que sería bien sosegalle y dar contento a su mayor, que reventaba de rabia y, aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos, sacó la bolsa del sacristán y dijo:

—Cese toda cuestión, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta; que hoy mi camarada Cortadillo le dio alcance, con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura.

Luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto; viendo lo cual, Monipodio dijo:

³⁰⁵ *media nata*: media anata, es decir la mitad de las rentas del primer año de un empleo público.

³⁰⁶ *piar el turco puro*: beber buen vino.

³⁰⁷ *entrujasen*: robasen

³⁰⁸ *vagabundos*: el vagabundeo estaba prohibido y castigado con severísimas penas. En algunas ciudades, había alguaciles específicamente destinados a reprimir tal actividad.

³⁰⁹ *gurullada*: acompañamiento de otros alguaciles.

³¹⁰ *levas*: engaños, trampas.

³¹¹ *cica*: bolsa.

—Cortadillo el Bueno, que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante, se quede con el pañuelo y a mi cuenta se quede la satisfacción deste servicio y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristán pariente suyo, y conviene que se cumpla aquel refrán que dice: «No es mucho que a quien te da la gallina entera, tú des una pierna della». Más disimula este buen alguacil en un día que nosotros le podremos ni solemos dar en ciento.

De común consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió a dar la bolsa al alguacil y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de Bueno, bien como si fuera don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar a su único hijo³¹².

Al volver, que volvió, Monipodio, entraron con él dos mozas, afeitados³¹³ los rostros, llenos de color los labios y de albayalde³¹⁴ los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote³¹⁵, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde, en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana; y no se engañaron en nada. Y, así como entraron, se fueron con los brazos abiertos, la una a Chiquiznaque y la otra a Maniferro, que estos eran los nombres de los dos bravos; y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro, en lugar de otra que le habían cortado por justicia. Ellos las abrazaron con grande regocijo y les preguntaron si traían algo con que mojar la canal maestra³¹⁶.

—Pues, ¿había de faltar, diestro mío? —respondió la una, que se llamaba la Gananciosa—. No tardará mucho a venir Silbatillo, tu trainel³¹⁷, con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido.

Y así fue verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento y tenderla en medio del patio. Y ordenó, asimismo, que todos se sentasen a la redonda; porque, en cortando la cólera, se trataría de lo que más conviniese. A esto, dijo la vieja que había rezado a la imagen:

—Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un váguído de cabeza, dos días ha, que me trae loca y más, que antes que sea mediodía tengo de ir a cumplir mis devociones y poner mis candelicas a Nuestra Señora de las Aguas y al Santo Crucifijo de Santo Agustín, que no lo dejaría de hacer si nevase y ventiscase. A lo que he venido es que anoche el Renegado y Centopiés llevaron a mi casa una canasta de colar, algo mayor que la presente, llena de ropa blanca y en Dios y en mi ánima que venía con su cernada³¹⁸ y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitalla, y venían sudando la gota tan gorda, que era una compasión verlos entrar ijadeando y corriendo agua de sus rostros, que parecían unos angelicos. Dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que había pesado ciertos carneros en la Carnicería, por ver si le podían dar un tanto en un grandísimo gato³¹⁹ de reales que llevaba. No desembanastaron³²⁰ ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia; y así me cumpla Dios mis buenos deseos y nos libre

³¹² *su único hijo*: referencia al conocido episodio de Guzmán el Bueno, que prefirió ver morir a su hijo, rehén del enemigo, antes que entregar Tarifa, plaza bajo su mando. El hecho ocurrió en 1294.

³¹³ *afeitados*: maquillados con afeites.

³¹⁴ *albayalde*: carbonato básico del plomo, de color blanco, que se empleaba como cosmético. Las mujeres se blanqueaban la piel para disimular la tez oscura propia de campesinas y de mujeres de origen morisco o judío.

³¹⁵ *anascote*: mantos de lana. En Sevilla, las prostitutas debían llevar estos medios mantos.

³¹⁶ *mojar la canal maestra*: *mojar la garganta*.

³¹⁷ *trainel*: criado.

³¹⁸ *cernada*: parte no disuelta de la ceniza que quedaba en el cernadero después de echada la lejía sobre la ropa. El cernadero era un lienzo basto con que se cubría la ropa para colar la lejía.

³¹⁹ *gato*: bolso o talego en que se guardaba el dinero.

³²⁰ *desembanastaron*: sacaron.

a todos de poder de justicia, que no he tocado a la canasta, y que se está tan entera como cuando nació.

—Todo se le cree, señora madre —respondió Monipodio—, y estese así la canasta, que yo iré allá, a boca de sorna³²¹, y haré cala y cata³²² de lo que tiene, y daré a cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre.

—Sea como vos lo ordenáredes, hijo —respondió la vieja—; y, porque se me hace tarde, dadme un traguillo, si tenéis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de continuo.

—Y ¡qué tal lo beberéis, madre mía! —dijo a esta sazón la Escalanta, que así se llamaba la compañera de la Gananciosa.

Y, descubriendo la canasta, se manifestó una bota a modo de cuero, con hasta dos arrobas de vino, y un corcho³²³ que podría caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre³²⁴ y, llenándole la Escalanta, se le puso en las manos a la devotísima vieja, la cual, tomándole con ambas manos y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo:

—Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo.

Y, aplicándosele a los labios, de un tirón, sin tomar aliento, lo trasegó del corcho al estómago y acabó diciendo:

—De Guadalcanal³²⁵ es y aun tiene un es no es de yeso³²⁶ el señorico. Dios te consuele, hija, que así me has consolado; sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado.

—No hará, madre —respondió Monipodio—, porque es trasañejo³²⁷.

—Así lo espero yo en la Virgen —respondió la vieja.

Y añadió:

—Mirad, niñas, si tenéis acaso algún cuarto para comprar las candelicas de mi devoción porque, con la priesa y gana que tenía de venir a traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela³²⁸.

—Yo sí tengo, señora Pipota —(que este era el nombre de la buena vieja) respondió la Gananciosa—; tome, ahí le doy dos cuartos: del uno le ruego que compre una para mí y se la ponga al señor San Miguel³²⁹ y, si puede comprar dos, ponga la otra al señor San Blas³³⁰, que son mis abogados. Quisiera que pusiera otra a la señora Santa Lucía³³¹, que, por lo de los ojos, también le tengo devoción, pero no tengo trocado³³²; mas otro día habrá donde se cumpla con todos.

—Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera y no aguardar a que las pongan los herederos o albaceas.

—Bien dice la madre Pipota —dijo la Escalanta.

³²¹ *a boca de sorna*: al atardecer.

³²² *haré cala y cata*: examinaré.

³²³ *corcho*: recipiente de corcho, usado de ordinario como colmena.

³²⁴ *azumbre*: unos dos litros.

³²⁵ *Guadalcanal*: localidad de la provincia de Sevilla, famosa por sus vinos blancos.

³²⁶ *yeso*: en la fermentación del vino se usaba una pequeña cantidad de este producto.

³²⁷ *trasañejo*: muy viejo, y más específicamente, de al menos tres años.

³²⁸ *escarcela*: era una bolsa larga que se colgaba del cinto.

³²⁹ *San Miguel*: es el santo a quien se encomiendan quienes buscan fuerzas para vencer las tentaciones.

³³⁰ *San Blas*: protege de los males de garganta y, aquí en concreto, del peor de ellos: la horca.

³³¹ *Santa Lucía*: protectora de la vista.

³³² *no tengo trocado*: no tengo cambio.

Y, echando mano a la bolsa, le dio otro cuarto y le encargó que pusiese otras dos candelicas a los santos que a ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto, se fue la Pipota, diciéndoles:

—Holgaos, hijos, ahora que tenéis tiempo; que vendrá la vejez y lloraréis en ella los ratos que perdistes en la mocedad, como yo los lloro y encomendadme a Dios en vuestras oraciones, que yo voy a hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque Él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso, sin sobresaltos de justicia.

Y con esto, se fue.

Ida la vieja, se sentaron todos alrededor de la estera y la Gananciosa tendió la sábana por manteles y lo primero que sacó de la cesta fue un grande haz de rábanos y hasta dos docenas de naranjas y limones y, luego, una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito. Manifestó luego medio queso de Flandes y una olla de famosas aceitunas y un plato de camarones y gran cantidad de cangrejos, con su llamativo³³³ de alcaparrones ahogados en pimientos y tres hogazas blanquísimas de Gandul³³⁴. Serían los del almuerzo hasta catorce y ninguno dellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, si no fue Rinconete, que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta y a la guía tocó el escanciar con el corcho de colmena. Mas, apenas habían comenzado a dar asalto a las naranjas, cuando les dio a todos gran sobresalto los golpes que dieron a la puerta. Mandoles Monipodio que se sosegasen y, entrando en la sala baja y descolgando un broquel, puesto mano a la espada, llegó a la puerta y con voz hueca y espantosa preguntó:

—¿Quién llama?

Respondieron de fuera:

—Yo soy, que no es nadie, señor Monipodio. Tagarete soy, centinela desta mañana, y vengo a decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgredada y llorosa, que parece haberle sucedido algún desastre.

En esto llegó la que decía, sollozando y, sintiéndola Monipodio, abrió la puerta y mandó a Tagarete que se volviese a su posta y que de allí adelante avisase lo que viese con menos estruendo y ruido. Él dijo que así lo haría. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez³³⁵ de las otras y del mismo oficio. Venía descabellada³³⁶ y la cara llena de tolondrones³³⁷ y, así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada. Acudieron a socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y, desabrochándola el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada. Echáronle agua en el rostro y ella volvió en sí, diciendo a voces:

—¡La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladrón desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero³³⁸, sobre aquel pícaro lendroso³³⁹, que le he quitado más veces de la horca que tiene pelos en las barbas! ¡Desdichada de mí! ¡Mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facinoroso³⁴⁰ e incorregible!

—Sosiégate, Cariharta —dijo a esta sazón Monipodio—, que aquí estoy yo que te haré justicia. Cuéntanos tu agravio, que más estarás tú en contarle que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto; que si así es y quieres venganza, no has menester más que boquear.

—¿Qué respeto? —respondió Juliana—. Respetada me vea yo en los infiernos, si más lo fuere de aquel león con las ovejas y cordero con los hombres. ¿Con aquel había yo de comer más pan a

³³³ *llamativo*: guarnición.

³³⁴ *Gandul*: localidad muy próxima a Sevilla famosa por su pan.

³³⁵ *jaez*: cualidad, clase.

³³⁶ *descabellada*: despeinada.

³³⁷ *tolondrones*: golpes, chichones.

³³⁸ *bajamanero*: ladrón disimulado y cobarde.

³³⁹ *lendroso*: lleno de liendres, piojoso.

³⁴⁰ *facinoroso*: facineroso, delincuente, criminal.

manteles ni yacer en uno³⁴¹? Primero me vea yo comida de adivas³⁴² estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora veréis.

Y, alzándose al instante las faldas hasta la rodilla, y aun un poco más, las descubrió llenas de cardenales.

—Desta manera —prosiguió— me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome más que a la madre que le parió. Y ¿por qué pensáis que lo ha hecho? ¡Montas³⁴³, que le di yo ocasión para ello! No, por cierto, no lo hizo más sino porque, estando jugando y perdiendo, me envió a pedir con Cabrillas, su trainel, treinta reales, y no le envié más de veinte y cuatro, que el trabajo y afán con que yo los había ganado ruego yo a los cielos que vaya en descuento de mis pecados. Y, en pago desta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginación había hecho de lo que yo podía tener, esta mañana me sacó al campo, detrás de la Güerta del Rey³⁴⁴, y allí, entre unos olivares, me desnudó y con la petrina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dio tantos azotes que me dejó por muerta. De la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que miráis.

Aquí tornó a levantar las voces, aquí volvió a pedir justicia y aquí se la prometió de nuevo Monipodio y todos los bravos que allí estaban. La Gananciosa tomó la mano a consolalla, diciéndole que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas³⁴⁵ que tenía porque le hubiera pasado otro tanto con su querido.

—Porque quiero —dijo— que sepas, hermana Cariharta, si no lo sabes, que a lo que se quiere bien se castiga y cuando estos bellacones nos dan y azotan y acocean, entonces nos adoran; si no, confíesame una verdad, por tu vida: después que te hubo Repolido castigado y brumado³⁴⁶, ¿no te hizo alguna caricia?

—¿Cómo una? —respondió la llorosa—. Cien mil me hizo y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él a su posada y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos después de haberme molido.

—No hay dudar en eso —replicó la Gananciosa—. Y lloraría de pena de ver cuál te había puesto; que en estos tales hombres, y en tales casos, no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento y tú verás, hermana, si no viene a buscarte antes que de aquí nos vamos y a pedirte perdón de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

—En verdad —respondió Monipodio— que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado³⁴⁷, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito. ¿Las manos había él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo más encarecer?

—¡Ay! —dijo a esta sazón la Juliana—. No diga vuesa merced, señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con cuan malo es, le quiero más que a las telas de mi corazón y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono³⁴⁸ me ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir a buscarle.

³⁴¹ *yacer en uno*: acostarse juntos.

³⁴² *adivas*: chacales.

³⁴³ *Montas*: «¡A fe mía!».

³⁴⁴ *Güerta del Rey*: Huerta del Rey; jardín sevillano. *Güerta del Rey*: Huerta del Rey; jardín sevillano.

³⁴⁵ *preseas*: joyas.

³⁴⁶ *brumado*: magullado, molido a palos.

³⁴⁷ *envesado*: ya ha sido usado en esta novela en el sentido de *azotado*; aquí debe ser interpretado en un sentido más literal: el que muestra el envés, es decir, su otra cara.

³⁴⁸ *abono*: defensa.

—Eso no harás tú por mi consejo —replicó la Gananciosa—, porque se extenderá y ensanchará y hará tretas en ti como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho y, si no viniere, escribiremosle un papel en coplas que le amargue.

—Eso sí —dijo la Cariharta—, que tengo mil cosas que escribirle.

—Yo seré el secretario cuando sea menester —dijo Monipodio—; y, aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá a hacer dos millares de coplas en daga las pajas³⁴⁹ y, cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos hinchará las medidas³⁵⁰ a todas horas y en la de agora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que después todo se andará.

Fue contenta la Juliana de obedecer a su mayor y, así, todos volvieron a su *gaudeamus*³⁵¹, y en poco espacio vieron el fondo de la canasta y las heces del cuero. Los viejos bebieron *sine fine*; los mozos *adunia*; las señoras, los *quiries*³⁵². Los viejos pidieron licencia para irse. Dióselo luego Monipodio, encargándoles viniesen a dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que vieses ser útil y conveniente a la comunidad. Respondieron que ellos se lo tenían bien en cuidado y fuéronse.

Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdón y licencia, preguntó a Monipodio que de qué servían en la cofradía dos personajes tan canos, tan graves y apersonados. A lo cual respondió Monipodio que aquellos, en su germanía y manera de hablar, se llamaban avispones³⁵³, y que servían de andar de día por toda la ciudad avisando en qué casas se podía dar tiento de noche y en seguir los que sacaban dinero de la Contratación³⁵⁴ o Casa de la Moneda, para ver dónde lo llevaban y aun dónde lo ponían y, en sabiéndolo, tanteaban el grosor del muro de la tal casa y diseñaban el lugar más conveniente para hacer los guzpataros —que son agujeros— para facilitar la entrada. En resolución, dijo que era la gente de más o de tanto provecho que había en su hermandad y que de todo aquello que por su industria se hurtaba llevaban el quinto, como Su Majestad de los tesoros y que, con todo esto, eran hombres de mucha verdad y muy honrados y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada día oían misa con extraña devoción.

—Y hay dellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van agora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca. Otros dos que hay son palanquines³⁵⁵, los cuales, como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad y cuáles pueden ser de provecho y cuáles no.

—Todo me parece de perlas —dijo Rinconete— y querría ser de algún provecho a tan famosa cofradía.

—Siempre favorece el cielo a los buenos deseos —dijo Monipodio.

Estando en esta plática, llamaron a la puerta; salió Monipodio a ver quién era y, preguntándolo, respondieron:

—Abra voacé, sor Monipodio, que el Repolido soy.

Oyó esta voz Cariharta y, alzando al cielo la suya, dijo:

³⁴⁹ *daga las pajas*: rápidamente.

³⁵⁰ *hinchará las medidas*: exagerará con intención de adular, colmará las expectativas de alguien.

³⁵¹ *gaudeamus*: banquete.

³⁵² *sine fine... ad unia... quuries*: son expresiones de origen litúrgico que en época de Cervantes ya estaban lexicalizadas; su significado respectivo era «sin parar», «en abundancia» y «mucho».

³⁵³ *avispones*: ayudantes de ladrón que hacían el seguimiento de las posibles víctimas.

³⁵⁴ *Contratación*: la Casa de la Contratación estaba donde hoy se ubica el Archivo de Indias. Era el lugar de la venta al por mayor.

³⁵⁵ *palanquines*: los que trabajaban en las mudanzas, pero también ladrones.

—No le abra vuesa merced, señor Monipodio; no le abra a ese marinero de Tarpeya³⁵⁶, a este tigre de Ocaña³⁵⁷.

No dejó por esto Monipodio de abrir a Repolido; pero, viendo la Cariharta que le abría, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles y, cerrando tras sí la puerta, desde dentro, a grandes voces decía:

—Quítenmele de delante a ese gesto de por demás³⁵⁸, a ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas³⁵⁹.

Maniferro y Chiquiznaque tenían a Repolido, que en todas maneras quería entrar donde la Cariharta estaba; pero, como no le dejaban, decía desde afuera:

—¡No haya más, enojada mía; por tu vida que te sosiegues, así te veas casada!

—¿Casada yo, maligno? —respondió la Cariharta—. ¡Mirá en qué tecla toca! ¡Ya quisieras tú que lo fuera contigo y antes lo sería yo con una sotomía de muerte³⁶⁰ que contigo!

—¡Ea, boba —replicó Repolido—, acabemos ya, que es tarde y mire no se ensanche por verme hablar tan manso y venir tan rendido! Porque, ¡vive el Dador, si se me sube la cólera al campanario, que sea peor la recaída que la caída! Humíllese y humillémonos todos y no demos de comer al diablo.

—Y aun de cenar le daría yo —dijo la Cariharta—, porque te llevase donde nunca más mis ojos te vieses.

—¿No os digo yo? —dijo Repolido—. ¡Por Dios que voy oliendo, señora trinquete³⁶¹, que lo tengo de echar todo a doce, aunque nunca se venda³⁶²!

A esto dijo Monipodio:

—En mi presencia no ha de haber demasías³⁶³: la Cariharta saldrá, no por amenazas, sino por amor mío y todo se hará bien; que las riñas entre los que bien se quieren son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah Juliana! ¡Ah niña! ¡Ah Cariharta mía! Sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdón de rodillas.

—Como él eso haga —dijo la Escalanta—, todas seremos en su favor y en rogar a Juliana salga acá fuera.

—Si esto ha de ir por vía de rendimiento que güela a menoscabo de la persona —dijo el Repolido—, no me rendiré a un ejército formado de esguízaros³⁶⁴; mas si es por vía de que la Cariharta gusta dello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riyéronse desto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto el Repolido, pensando que hacían burla dél, que dijo con muestras de infinita cólera:

—Cualquiera que se riere o se pensare reír de lo que la Cariharta o contra mí o yo contra ella hemos dicho o dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere o lo pensare, como ya he dicho.

³⁵⁶ marinero de Tarpeya: *graciosa deformación del romance que comienza: Mira Nero de Tarpeya / a Roma cómo se ardía...*

³⁵⁷ *tigre de Ocaña*: deformación por Tigre de Hircania; Hicarnia: región del norte de Irán, a orillas del Caspio. Cervantes repite esta expresión cómica.

³⁵⁸ *gesto de por demás*: gesto de pocos amigos, malencarado.

³⁵⁹ *palomas duendas*: prostitutas.

³⁶⁰ *sotomía de muerte*: notomía (anatomía) de muerte. Esqueleto.

³⁶¹ *trinquete*: era el tipo de cama que, al parecer, más usaban las prostitutas en su oficio.

³⁶² *lo tengo de echar todo a doce, aunque nunca se venda*: echaré el resto, aunque todos salgamos perdiendo.

³⁶³ *demasías*: amenazas, insolencias, descortesías.

³⁶⁴ *esguízaros*: así llamados los mercenarios suizos, famosos por su bravura

Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararía en un gran mal si no lo remediaba y así, poniéndose luego en medio dellos, dijo:

—No pase más adelante, caballeros; cesen aquí palabras mayores y desháganse entre los dientes y, pues las que se han dicho no llegan a la cintura, nadie las tome por sí.

—Bien seguros estamos —respondió Chiquiznaque— que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios³⁶⁵ por nosotros; que, si se hubiera imaginado que se decían, en manos estaba el pandero que lo supiera bien tañer.

—También tenemos acá pandero, sor³⁶⁶ Chiquiznaque —replicó el Repolido—, y también, si fuere menester, sabremos tocar los cascabeles y ya he dicho que el que se huelga³⁶⁷, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho.

Y, diciendo esto, se iba a salir por la puerta afuera. Estábalo escuchando la Cariharta y, cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo:

—¡Ténganle no se vaya, que hará de las suyas! ¿No ven que va enojado, y es un Judas Macarelo³⁶⁸ en esto de la valentía? ¡Vuelve acá, valentón del mundo y de mis ojos!

Y, cerrando con él, le asió fuertemente de la capa y, acudiendo también Monipodio, le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabían si enojarse o si no, y estuvieron quietos esperando lo que Repolido haría; el cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo:

—Nunca los amigos han de dar enojo a los amigos, ni hacer burla de los amigos y más cuando ven que se enojan los amigos.

—No hay aquí amigo —respondió Maniferro— que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y, pues todos somos amigos, dense las manos los amigos.

A esto dijo Monipodio:

—Todos voacedes han hablado como buenos amigos y como tales amigos se den las manos de amigos.

Diéronselas luego y la Escalanta, quitándose un chapín³⁶⁹, comenzó a tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva, que allí se halló acaso y, rascándola, hizo un son que, aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín. Monipodio rompió un plato y hizo dos tejoletas³⁷⁰ que, puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapín y a la escoba.

Espantáronse³⁷¹ Rinconete y Cortadillo de la nueva invención de la escoba, porque hasta entonces nunca la habían visto. Conociolo Maniferro y díjoles:

—¿Admíranse de la escoba? Pues bien hacen, pues música más presta y más sin pesadumbre ni más barata no se ha inventado en el mundo y en verdad que oí decir el otro día a un estudiante

³⁶⁵ *monitorios*: avisos, consejos, advertencias; o, simplemente, palabras.

³⁶⁶ *sor*: señor.

³⁶⁷ *huelga*: se alegra de algo.

³⁶⁸ *Judas Macarelo*: Judas Macabeo, famoso por su valor como líder de la Revuelta de los Macabeos.

³⁶⁹ *chapín*: un tipo de chancleta.

³⁷⁰ *tejoletas*: fragmentos de un objeto de barro.

³⁷¹ *Espantáronse*: se admiraron.

que ni el Negrofeo³⁷², que sacó a la Arauz³⁷³ del infierno ni el Marión³⁷⁴, que subió sobre el delfín y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler ni el otro gran músico que hizo una ciudad que tenía cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor género de música, tan fácil de aprender³⁷⁵, tan manera³⁷⁶ de tocar, tan sin trastes³⁷⁷, clavijas ni cuerdas y tan sin necesidad de templarse y aun voto a tal, que dicen que la inventó un galán desta ciudad, que se pica³⁷⁸ de ser un Héctor³⁷⁹ en la música.

—Eso creo yo muy bien —respondió Rinconete—, pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escuchado, señal de que quiere cantar.

Y así era la verdad, porque Monipodio le había rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fue la Escalanta y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo a lo valón³⁸⁰,
tengo socarrado todo el corazón.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿cuál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran prisa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz:
si el enojo es grande, es el gusto más.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio porque, tomando otro chapín, se metió en danza y acompañó a las demás diciendo:

Detente, enojado, no me azotes más,
que, si bien lo miras, a tus carnes das.

—Cántese a lo llano —dijo a esta sazón Repolido— y no se toquen estorias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado y tómese otra vereda y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban a la puerta apriesa³⁸¹ y con ella salió Monipodio a ver quién era y la centinela³⁸² le dijo cómo al cabo de la calle había asomado el alcalde de la justicia³⁸³ y que delante dél venían el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de dentro y alborotáronse todos de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés, dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas y quedó en turbado silencio toda la música, enmudeció Chiquiznaque, pasmose Repolido y suspendiose Maniferro y todos, cuál por una y cuál por otra parte, desaparecieron, subiéndose a las azoteas y tejados, para escaparse y pasar por ellos a otra calle. Nunca disparado arcabuz a deshora, ni trueno repentino espantó así a banda de descuidadas palomas, como puso

³⁷² *Negrofeo*: deformación de Orfeo, personaje de la mitología clásica que, con su música, consiguió rescatar de los infiernos a su esposa Eurídice.

³⁷³ *Arauz*: Eurídice.

³⁷⁴ *Marión*: Arión; músico originario de Lesbos, que salvó su vida en alta mar al escapar de la tripulación amotinada de su barco arrojándose por la borda y confiando su vida a los delfines, animales favoritos de Apolo de quien Arión era especialmente devoto.

³⁷⁵ *deprender*: aprender.

³⁷⁶ *manera*: fácil.

³⁷⁷ *trastes*: salientes transversales que dividen el mástil de algunos instrumentos de cuerda.

³⁷⁸ *se pica*: se jacta, se ufana.

³⁷⁹ *Héctor*: caudillo troyano, hijo del rey Príamo. En ninguna fuente se menciona ninguna habilidad musical de Héctor.

³⁸⁰ *rufo a lo valón*: *rufo* es «rubio», pero, también «proxeneta» (rufián). *A lo valón* es «a la flamenca» (de Flandes).

³⁸¹ *apriesa*: de forma apremiante.

³⁸² *centinela*: en el Siglo de Oro era palabra de género femenino.

³⁸³ *alcalde de la justicia*: juez.

en alboroto y espanto a toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia. Los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabían qué hacerse y estuviéronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en más de volver la centinela a decir que el alcalde se había pasado de largo, sin dar muestra ni resabio de mala sospecha alguna.

Y, estando diciendo esto a Monipodio, llegó un caballero mozo a la puerta, vestido, como se suele decir, de barrio³⁸⁴; Monipodio le entró consigo y mandó llamar a Chiquiznaque, a Maniferro y al Repolido y que de los demás no bajase ninguno. Como se habían quedado en el patio, Rinconete y Cortadillo pudieron oír toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recién venido, el cual dijo a Monipodio que por qué se había hecho tan mal lo que le había encomendado. Monipodio respondió que aún no sabía lo que se había hecho; pero que allí estaba el oficial a cuyo cargo estaba su negocio y que él daría muy buena cuenta de sí.

Bajó en esto Chiquiznaque y preguntole Monipodio si había cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de a catorce.

—¿Cuál? —respondió Chiquiznaque—. ¿Es la de aquel mercader de la Encrucijada?

—Esa es —dijo el caballero.

—Pues lo que en eso pasa —respondió Chiquiznaque— es que yo le aguardé anoche a la puerta de su casa y él vino antes de la oración³⁸⁵; llegueme cerca dél, marquele el rostro³⁸⁶ con la vista y vi que le tenía tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos y, hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido y de hacer lo que llevaba en mi destrucción...

—*Instrucción* querrá vuesa merced decir —dijo el caballero—, que no *destrucción*.

—Eso quise decir —respondió Chiquiznaque—. Digo que, viendo que en la estrechez y poca cantidad de aquel rostro no cabían los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada a un lacayo suyo, que a buen seguro que la pueden poner por mayor de marca³⁸⁷.

—Más quisiera —dijo el caballero— que se la hubiera dado al amo una de a siete, que al criado la de a catorce. En efeto, conmigo no se ha cumplido como era razón, pero no importa; poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal. Beso a vuestas mercedes las manos.

Y, diciendo esto, se quitó el sombrero y volvió las espaldas para irse; pero Monipodio le asió de la capa de mezcla³⁸⁸ que traía puesta, diciéndole:

—Voacé se detenga y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan y no ha de salir de aquí voacé sin darlos o prendas que lo valgan.

—Pues, ¿a esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra —respondió el caballero—: dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo?

—¡Qué bien está en la cuenta el señor! —dijo Chiquiznaque—. Bien parece que no se acuerda de aquel refrán que dice: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can».

—Pues ¿en qué modo puede venir aquí a propósito ese refrán? —replicó el caballero.

—Pues ¿no es lo mismo —prosiguió Chiquiznaque— decir: «Quien mal quiere a Beltrán, mal quiere a su can»? Y así, Beltrán es el mercader, voacé le quiere mal, su lacayo es su can y dando al

³⁸⁴ *vestido... de barrio*: descuidadamente.

³⁸⁵ *antes de la oración*: antes de anochecer. El ángelus se reza al mediodía y al caer el sol.

³⁸⁶ *marquele el rostro*: le medí, le estudié el rostro.

³⁸⁷ *mayor de marca*: que excedía de la medida máxima permitida en las espadas; es decir, cabía de sobra en esa cara la herida que se les había encargado.

³⁸⁸ *capa de mezcla*: de varios tejidos y colores.

can se da a Beltrán y la deuda queda líquida³⁸⁹ y trae aparejada ejecución; por eso no hay más sino pagar luego sin apercebimiento de remate³⁹⁰.

—Eso juro yo bien —añadió Monipodio— y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho; y así, voacé, señor galán, no se meta en puntillos³⁹¹ con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo y pague luego lo trabajado y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la están curando.

—Como eso sea —respondió el galán—, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero.

—No dude en esto —dijo Monipodio— más que en ser cristiano; que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació.

—Pues con esa seguridad y promesa —respondió el caballero—, recíbese esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada. Pesa mil reales y podría ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho.

Quitose, en esto, una cadena de vueltas menudas del cuello y dióselo a Monipodio, que al color³⁹² y al peso bien vio que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado; la ejecución quedó a cargo de Chiquiznaque, que solo tomó término de aquella noche. Fuese muy satisfecho el caballero y luego Monipodio llamó a todos los ausentes y azorados. Bajaron todos y, poniéndose Monipodio en medio dellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla³⁹³ de la capa y dióselo a Rinconete que leyese, porque él no sabía leer. Abrióle Rinconete y en la primera hoja vio que decía:

*Memoria de las cuchilladas
que se han de dar esta semana*

La primera, al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos. Están recibidos treinta a buena cuenta. Secutor³⁹⁴, Chiquiznaque.

—No creo que hay otra, hijo —dijo Monipodio—; pasá adelante y mirá donde dice: *Memoria de palos*.

Volvió la hoja Rinconete, y vio que en otra estaba escrito:

Memoria de palos

Y más abajo decía:

Al bodegonero de la Alfalfa, doce palos de mayor cuantía a escudo cada uno. Están dados a buena cuenta ocho. El término, seis días. Secutor, Maniferro.

—Bien podía borrarse esa partida —dijo Maniferro—, porque esta noche traeré finiquito della.

—¿Hay más, hijo? —dijo Monipodio.

—Sí, otra —respondió Rinconete—, que dice así:

Al sastre corcovado que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía, a pedimiento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor, el Desmochado.

³⁸⁹ *líquida*: liquidada.

³⁹⁰ *apercebimiento de remate*: sin pedir que se termine el encargo, que ya ha sido realizado.

³⁹¹ *puntillos*: en sutilezas, en detalles insignificantes.

³⁹² *al color*: al tacto.

³⁹³ *capilla*: capucha.

³⁹⁴ *Secutor*: ejecutor.

—Maravillado estoy —dijo Monipodio— cómo todavía está esa partida en ser. Sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos días pasados del término y no ha dado puntada en esta obra.

—Yo le topé ayer —dijo Maniferro— y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado no había cumplido con su débito.

—Eso creo yo bien —dijo Monipodio—, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que, si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay más, mocito?

—No señor —respondió Rinconete.

—Pues pasad adelante —dijo Monipodio— y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes*.

Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes. Conviene a saber: redomazos³⁹⁵, untos de miera³⁹⁶, clavazón de sambenitos³⁹⁷ y cuernos³⁹⁸, matracas³⁹⁹, espantos, alborotos y cuchilladas fingidas, publicación de nibelos⁴⁰⁰, etc.

—¿Qué dice más abajo? —dijo Monipodio.

—Dice —dijo Rinconete—:

Unto de miera en la casa...

—No se lea la casa, que ya yo sé dónde es —respondió Monipodio—, y yo soy el *tuáutem*⁴⁰¹ y ejecutor desa niñería, y están dados a buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho.

—Así es la verdad —dijo Rinconete—, que todo eso está aquí escrito y aún más abajo dice:

Clavazón de cuernos.

—Tampoco se lea —dijo Monipodio— la casa, ni adónde; que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público; que es gran cargo de conciencia. A lo menos, más querría yo clavar cien cuernos y otros tantos sambenitos, como se me pagase mi trabajo, que decillo sola una vez, aunque fuese a la madre que me parió.

—El ejecutor desto es —dijo Rinconete— el Narigueta.

—Ya está eso hecho y pagado —dijo Monipodio—. Mirad si hay más, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos; está dada la mitad y el ejecutor es la comunidad toda y el término es todo el mes en que estamos y cumplirase al pie de la letra, sin que falte una tilde y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos a esta parte. Dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay más y sé también que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro y habrá que hacer más de lo que quisiéremos que no se mueva la hoja sin la voluntad de Dios y no hemos de hacer nosotros que se venga nadie por

³⁹⁵ *redomazos*: golpes dados con redoma, que era un tipo de botella en la que se introducía alguna sustancia pringosa o maloliente.

³⁹⁶ *untos de miera*: es un tipo de aceite maloliente y difícil de quitar, que, al parecer, se aplicaba como remedio para la sarna.

³⁹⁷ *clavazón de sambenitos*: los sambenitos eran las insignias que portaban, para escarnio público, los penitenciados. Los hombres de Monipodio hacían estas marcas en las casas de los particulares a quienes iban a castigar.

³⁹⁸ *cuernos*: clavar cuernos en la casa de alguien era llamarlo cornudo.

³⁹⁹ *matracas*: molestar con ruido persistente.

⁴⁰⁰ *nibelos*: libelos, escritos difamatorios.

⁴⁰¹ *tuáutem*: persona imprescindible en alguna misión.

fuerza; cuanto más, que cada uno en su causa suele ser valiente y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos.

—Así es —dijo a esto el Repolido—. Pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde y va entrando el calor más que de paso.

—Lo que se ha de hacer —respondió Monipodio— es que todos se vayan a sus puestos y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar a nadie. A Rinconete *el Bueno* y a Cortadillo se les da por distrito, hasta el domingo, desde la Torre del Oro, por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar⁴⁰², donde se puede trabajar a sentadillas con sus flores⁴⁰³; que yo he visto a otros, de menos habilidad que ellos, salir cada día con más de veinte reales en menudos⁴⁰⁴, amén de la plata, con una baraja sola y esa con cuatro naipes menos. Este distrito os enseñará Ganchoso y, aunque os extendáis hasta San Sebastián y San Telmo⁴⁰⁵, importa poco, puesto que es justicia mera mista que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacía y ofreciéronse a hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó, en esto, Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas, porque no había tintero, le dio el papel para que lo llevase y en el primer boticario los escribiese, poniendo: *Rinconete y Cortadillo, cofrades: noviciado, ninguno; Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón; y el día, mes y año*, callando padres y patria.

Estando en esto, entró uno de los viejos avispones y dijo:

—Vengo a decir a vuestras mercedes cómo agora, agora, topé en Gradass a Lobillo el de Málaga y dícame que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naípe limpio quitará el dinero al mismo Satanás y que por venir maltratado no viene luego a registrarse y a dar la sólita⁴⁰⁶ obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta.

—Siempre se me asentó a mí —dijo Monipodio— que este Lobillo había de ser único en su arte, porque tiene las mejores y más acomodadas manos para ello que se pueden desear que, para ser uno buen oficial en su oficio, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende.

—También topé —dijo el viejo— en una casa de posadas, en la calle de Tintores, al Judío, en hábito de clérigo, que se ha ido a posar allí por tener noticia que dos peruleros⁴⁰⁷ viven en la misma casa y querría ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podría venir a mucha. Dice también que el domingo no faltará de la junta y dará cuenta de su persona.

—Ese Judío también —dijo Monipodio— es gran sacre y tiene gran conocimiento. Días ha que no le he visto y no lo hace bien. Pues a fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona; que no tiene más órdenes el ladrón que las tiene el turco, ni sabe más latín que mi madre. ¿Hay más de nuevo?

—No —dijo el viejo—; a lo menos que yo sepa.

⁴⁰² *Torre del Oro... hasta el postigo del Alcázar*: la parte sur de la ciudad, desde el río (fuera de las murallas) hasta uno de los postigos de entrada a la ciudad, que aún existe, cerca de la Puerta de Jerez..

⁴⁰³ *flores*: trampas.

⁴⁰⁴ *menudos*: monedas de cobre de poco valor.

⁴⁰⁵ *San Sebastián y San Telmo*: ambos lugares fuera de las murallas de la ciudad, aún hoy fácilmente localizable, pese a haber desaparecido las iglesias que les dieron nombre..

⁴⁰⁶ *sólita*: acostumbrada.

⁴⁰⁷ *peruleros*: se aplicó, en principio a los que volvían ricos del Perú; más tarde adoptó el significado de «indiano».

—Pues sea en buen hora —dijo Monipodio—. Voacedes tomen esta miseria —y repartió entre todos hasta cuarenta reales—, y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias. Tornáronse a abrazar Repolido y la Cariharta, la Escalanta con Maniferro y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, después de haber alzado de obra en la casa, se vieses en la de la Pipota, donde también dijo que iría Monipodio, al registro de la canasta de colar y que luego había de ir a cumplir y borrar la partida de la miera. Abrazó a Rinconete y a Cortadillo y, echándolos su bendición, los despidió, encargándoles que no tuviesen jamás posada cierta ni de asiento, porque así convenía a la salud de todos. Acompañolos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo porque, a lo que creía y pensaba, Monipodio había de leer una lición de posición⁴⁰⁸ acerca de las cosas concernientes a su arte. Con esto, se fue, dejando a los dos compañeros admirados de lo que habían visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento y tenía un buen natural y, como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad y más cuando por decir *per modum sufragii* había dicho *per modo de naufragio* y que sacaban el *estupendo*, por decir *estipendio*, de lo que se garbeaba, y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un *marinero de Tarpeya* y un tigre de *Ocaña*, por decir *Hircania*, con otras mil impertinencias (especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinte y cuatro reales lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados) a estas y a otras peores semejantes y, sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y de ofensas a Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa y se iba a poner las candelillas de cera a las imágenes y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían a Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado. Consideraba lo que había leído en su libro de memoria y los ejercicios en que todos se ocupaban. Finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza y propuso en sí de aconsejar a su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta. Pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura y así, se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio y otros sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideración y que podrán servir de ejemplo y aviso a los que las leyeren.

⁴⁰⁸ lición de posición: lección de oposición.

NOVELA DEL LICENCIADO VIDRIERA

Paseándose caballeros estudiantes por las riberas de Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol durmiendo, a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador. Mandaron a un criado que le despertase; despertó y preguntáronle de adónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar un amo a quien servir, por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí y escribir también.

—Desa manera —dijo uno de los caballeros—, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria.

—Sea por lo que fuere —respondió el muchacho—; que ni el della ni del de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.

—Pues, ¿de qué suerte los piensas honrar? —preguntó el otro caballero.

—Con mis estudios —respondió el muchacho—, siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

Esta respuesta movió a los dos caballeros a que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad a los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debía de ser hijo de algún labrador pobre. A pocos días le vistieron de negro⁴⁰⁹ y a pocas semanas dio Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia que, con no faltar un punto a sus estudios, parecía que solo se ocupaba en servirlos. Y, como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomás Rodaja no era criado de sus amos, sino su compañero.

Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos, se hizo tan famoso en la universidad, por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fue de leyes, pero en lo que más se mostraba era en letras humanas y tenía tan felice memoria que era cosa de espanto e ilustrábala tanto con su buen entendimiento que no era menos famoso por él que por ella.

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios y se fueron a su lugar, que era una de las mejores ciudades de la Andalucía. Lleváronse consigo a Tomás y estuvo con ellos algunos días pero, como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca, que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado, pidió a sus amos licencia para volverse. Ellos, cortesés y liberales, se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

⁴⁰⁹ *le vistieron de negro*: era usual que los criados de estudiantes que, a su vez, cursasen algún tipo de estudios, vistieran gorro, capa y sotana negros.

Despidiose dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento y salió de Málaga, que esta era la patria de sus señores. Y al bajar de la cuesta de la Zambra⁴¹⁰, camino de Antequera, se topó con un gentilhomme a caballo, vestido bizarramente de camino⁴¹¹, con dos criados también a caballo. Juntose con él y supo cómo llevaba su mismo viaje. Hicieron camarada⁴¹², departieron de diversas cosas y a pocos lances dio Tomás muestras de su raro ingenio y el caballero las dio de su bizarría y cortesano trato y dijo que era capitán de infantería por Su Majestad y que su alférez estaba haciendo la compañía⁴¹³ en tierra de Salamanca.

Alabó la vida de la soldadesca; pintole muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras⁴¹⁴ de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujole dulce y puntualmente el *aconcha, patrón; pasa acá, Manigoldo; venga la macarela, li polastri e li macarroni*⁴¹⁵. Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos⁴¹⁶, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca y son la carga principal della. En resolución, tantas cosas le dijo y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear y la voluntad a aficionarse a aquella vida, que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia, si quería, por curiosidad de verla; que él le ofrecía su mesa y aun, si fuese necesario, su bandera, porque su alférez la había de dejar presto.

Poco fue menester para que Tomás tuviese el envite⁴¹⁷, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y Flandes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años que, añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia; pero había de ser condición que no se había de sentar debajo de bandera ni poner en lista de soldado⁴¹⁸, por no obligarse a seguir su bandera y, aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que ansí gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

—Eso sería —dijo Tomás— ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán y, así, más quiero ir suelto que obligado.

—Conciencia tan escrupulosa —dijo don Diego—, más es de religioso que de soldado; pero, comoquiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche a Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer y que comenzaba a marchar la vuelta de⁴¹⁹ Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que le venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad

⁴¹⁰ *cuesta de la Zambra*: en el camino de Málaga a Toledo, llegando a Lucena, en la actual provincia de Córdoba.

⁴¹¹ *de camino*: con indumentaria de viaje.

⁴¹² *Hicieron camarada*: entablaron amistad.

⁴¹³ *haciendo la compañía*: reclutando soldados para su compañía.

⁴¹⁴ *holguras*: fiestas, diversiones.

⁴¹⁵ *aconcha, patrón; pasa acá, Manigoldo; venga la macarela, li polastri e li macarroni*: graciosa deformación del italiano tal y como debían de chapurrearlo los soldados españoles de la época.

⁴¹⁶ *cercos*: los asedios.

⁴¹⁷ *tuviese el envite*: aceptase la apuesta.

⁴¹⁸ *poner en lista de soldado*: alistarse como soldado de la compañía, con sus derechos y obligaciones.

⁴¹⁹ *la vuelta de*: en dirección a.

de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores⁴²⁰, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas⁴²¹, las insolencias de los bisoños⁴²², las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios y, finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

Habíase vestido Tomás de papagayo⁴²³, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo⁴²⁴, como se suele decir. Los muchos libros que tenía los redujo a unas *Horas de Nuestra Señora*⁴²⁵ y un *Garcilaso sin comento*⁴²⁶, que en las dos faldriqueras *faldriqueras*: bolsitas pequeñas que se llevaban atadas debajo de la ropa. llevaba. Llegaron más presto de lo que quisieran a Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia y cada día se topan cosas nuevas y gustosas.

Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles y allí notó también Tomás Rodaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas⁴²⁷. Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León⁴²⁸, que tuvieron dos; que la una los echó en Córcega y la otra los volvió a Tolón, en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojerías, llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova y, desembarcándose en su recogido mandrache⁴²⁹, después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todas sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas con el presente *gaudeamus*⁴³⁰.

Allí conocieron la suavidad del Treviano⁴³¹, el valor del Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma, la grandeza del de las Cinco Viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco. Y, habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía⁴³², ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, a Madrigal, Coca, Alaejos y a la imperial más que Real Ciudad, recámara del dios de la risa; ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se le olvidase de Ribadavia y de Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped y más les dio, que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco⁴³³.

Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las ginovesas y la gentileza y gallarda disposición de los hombres; la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro día se desembarcaron todas

⁴²⁰ *apostentadores*: los aposentadores y pagadores eran algunos de los oficiales encargados de organizar el alojamiento de las compañías en aquellas localidades donde tuvieran que pernoctar. El alojamiento se disponía en las casas de los lugareños, lo que fue motivo de constantes y enormes tensiones que refleja bien la literatura de la época, como *El alcalde de Zalamea*, de Calderón.

⁴²¹ *rescatar de las boletas*: algunos soldados cambiaban las boletas de alojamiento por dinero.

⁴²² *bisoños*: soldados novatos.

⁴²³ *papagayo*: había cambiado el negro por ropas de vistosos colores.

⁴²⁴ *a lo de Dios es Cristo*: con pinta de bravo o de rufián.

⁴²⁵ *Horas de Nuestra Señora*: devocionario de la Virgen, libro de oraciones.

⁴²⁶ *Garcilaso sin comento*: edición baratada las poesías de Garcilaso de la Vega, queya contaba con algunas ediciones con comentarios, como la famosa de Fernando de Herrera.

⁴²⁷ *maretas*: mareas.

⁴²⁸ *golfo de León*: al sur de Francia, aproximadamente entre Perpiñán y Marsella, donde tuvo lugar, al parecer, el apresamiento de Cervantes.

⁴²⁹ *mandrache*: una de las partes del puerto de Génova.

⁴³⁰ *gaudeamus*: la alegría de estar en sitio seguro.

⁴³¹ *Treviano... Romanesco*: son vinos, casi todos de Italia, alguno de ellos todavía hoy muy reputados.

⁴³² *tropelía*: magia.

⁴³³ *Madrigal... Baco*: en esta ocasión son vinos españoles. Cervantes juega con el nombre de Ciudad Real, origen de uno de los vinos más apreciados por entonces. El dios de la risa es Baco, dios, también, del vino

las compañías que habían de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra a Roma y a Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia y por Loreto a Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría si ya no los hubiesen llevado a Flandes, según se decía.

Despidiose Tomás del capitán de allí a dos días y en cinco llegó a Florencia, habiendo visto primero a Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha y en la que, mejor que en otras partes de Italia, son bien vistos y agasajados los españoles. Contentole Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles. Estuvo en ella cuatro días y luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza y, así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes; por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unas a otras, que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su punto. Y, habiendo andado la estación de las siete iglesias⁴³⁴ y confesándose con un penitenciario y besado el pie a Su Santidad, lleno de *agnusdeis*⁴³⁵ y cuentas⁴³⁶, determinó irse a Nápoles y, por ser tiempo de mutación⁴³⁷, malo y dañoso para todos los que en él entran o salen de Roma, como hayan caminado por tierra, se fue por mar a Nápoles, donde a la admiración que traía de haber visto a Roma añadió la que le causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo.

Desde allí se fue a Sicilia y vio a Palermo y después a Micina⁴³⁸; de Palermo le pareció bien el asiento y belleza y de Micina, el puerto, y de toda la isla, la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volviose a Nápoles y a Roma y de allí fue a Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vio paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera y de pinturas y retablos, que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios, por intercesión de su divina Madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa. Vio el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona⁴³⁹, fue a Venecia, ciudad que, a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante: merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo. Pareciple que su riqueza era infinita, su

⁴³⁴ *estación de las siete iglesias*: los peregrinos adquirieron, por el tiempo en que se sitúa la novela, la costumbre de visitar siete significativas iglesias de la ciudad de Roma.

⁴³⁵ *agnusdeis*: era un medallón de cera, con la imagen de un cordero, que consagraba el Papa.

⁴³⁶ *cuentas*: las del Rosario.

⁴³⁷ *mutación*: los alrededores de Roma, enclavada en terreno pantanoso, se volvían insalubres en ciertas épocas del año, que solían coincidir con cambios meteorológicos.

⁴³⁸ *Micina*: Messina, ciudad al norte de Sicilia, en el estrecho que lleva su nombre.

⁴³⁹ *Ancona*: ciudad a orillas del Adriático, situada en la parte central de la costa norte italiana.

gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres y, finalmente, toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso Arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número.

Por poco fueran los de Calipso⁴⁴⁰ los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento. Pero, habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió a Milán, oficina de Vulcano⁴⁴¹, ojeriza del reino de Francia⁴⁴²; ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias. Desde allí se fue a Aste y llegó a tiempo que otro día marchaba el tercio a Flandes.

Fue muy bien recibido de su amigo el capitán y en su compañía y camarada pasó a Flandes y llegó a Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia. Vio a Gante y a Bruselas y vio que todo el país se disponía a tomar las armas, para salir en campaña el verano siguiente.

Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto, determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó, al tiempo del despedirse, le avisase de su salud, llegada y suceso. Prometiéndoselo así como lo pedía y, por Francia, volvió a España, sin haber visto a París, por estar puesta en armas⁴⁴³. En fin, llegó a Salamanca, donde fue bien recibido de sus amigos y, con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo. Acudieron luego a la añagaza⁴⁴⁴ y reclamo todos los pájaros del lugar, sin quedar *vademécum*⁴⁴⁵ que no la visitase. Dijéronle a Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes y, por ver si la conocía, fue a visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás. Y él, sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros, no quería entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero, como él atendía más a sus libros que a otros pasatiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora; la cual, viéndose desdeñada y, a su parecer, aborrecida y que por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos, a su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dio a Tomás unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla: como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío y así, las que dan estas bebidas o comidas amatorias se llaman veneficios⁴⁴⁶; porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno a quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tan mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó a herir de pie y de mano como si tuviera alferecía⁴⁴⁷ y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda que un membrillo que había comido

⁴⁴⁰ *Calipso*: en la *Odisea*, la ninfa Calipso cautiva con sus encantos a Ulises y lo retiene a su lado haciéndole perder, ebrio de placer, la noción del tiempo.

⁴⁴¹ *oficina de Vulcano*: Vulcano es el dios romano de la fragua, industria por la que era famosa la ciudad de Milán.

⁴⁴² *ojeriza del reino de Francia*: Lombardía, capital Milán, fue objeto de disputa continua entre españoles y franceses porque era un enclave estratégico de enorme importancia. A través del Milanesado discurría el llamado *camino español* que utilizaban las tropas para ir a Flandes.

⁴⁴³ *por estar puesta en armas*: probable referencia a las revueltas de los hugonotes que terminaron en 1567 en la batalla de Saint-Denis.

⁴⁴⁴ *añagaza*: trampa, engaño.

⁴⁴⁵ *vademécum*: carpeta de estudiante; por extensión, estudiante.

⁴⁴⁶ *veneficios*: del latín *veneficium* «envenenamiento».

⁴⁴⁷ *alferecía*: epilepsia.

le había muerto y declaró quién se le había dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fue a buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se había puesto en cobro y no pareció jamás.

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos. Y, aunque le hicieron los remedios posibles, solo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no de lo del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la más extraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto. Imaginose el desdichado que era todo hecho de vidrio y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque le quebrarían; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres: que todo era de vidrio de pies a cabeza.

Para sacarle desta extraña imaginación, muchos, sin atender a sus voces y rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo dando mil gritos y luego le tomaba un desmayo del cual no volvía en sí en cuatro horas y cuando volvía, era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no le llegasen. Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todo les respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne: que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más prontitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre.

Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía y, así, le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio: cosa que causó admiración a los más letrados de la universidad y a los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como era el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza.

Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrecho no se quebrase y así, le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodón. No quiso calzarse zapatos en ninguna manera y el orden que tuvo para que le diesen de comer, sin que a él llegasen, fue poner en la punta de una vara una vasera de orinal⁴⁴⁸, en la cual le ponían alguna cosa de fruta de las que la sazón del tiempo ofrecía. Carne ni pescado, no lo quería; no bebía sino en fuente o en río y esto con las manos; cuando andaba por las calles iba por la mitad dellas, mirando a los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase. Los veranos dormía en el campo al cielo abierto y los inviernos se metía en algún mesón y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio. Cuando tronaba, temblaba como un azogado⁴⁴⁹ y se salía al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad. Tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo; pero, viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedía, que era le dejasen andar libre y, así, le dejaron y él salió por la ciudad, causando admiración y lástima a todos los que le conocían. Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenía y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase; que, por ser hombre de vidrio, era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la más traviesa generación del mundo, a despecho de sus ruegos y voces, le comenzaron a tirar trapos y aun piedras, por ver si era de vidrio, como él decía. Pero él daba tantas voces y hacía tales extremos que movía a los hombres a que riñesen y castigasen a los muchachos porque no le tirasen.

Mas un día que le fatigaron mucho se volvió a ellos, diciendo:

⁴⁴⁸ *vasera de orinal*: la vasera era una especie de caja o cestillo para guardar los vasos.

⁴⁴⁹ *azogado*: turbado, muy agitado.

—¿Qué me queréis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo, por ventura, el monte Testacho⁴⁵⁰ de Roma, para que me tiréis tantos tiestos y tejas?

Por oírle reñir y responder a todos, le seguían siempre muchos y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido antes oírle que tiralle.

Pasando, pues, una vez por la ropería⁴⁵¹ de Salamanca, le dijo una ropera:

—En mi ánimo, señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero, ¿qué haré, que no puedo llorar?

Él se volvió a ella y muy mesurado le dijo:

—*Filiae Hierusalem, plorate super vos et super filios vestros*⁴⁵².

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho y díjole:

—Hermano licenciado Vidriera (que así decía él que se llamaba), más tenéis de bellaco que de loco.

—No se me da un ardite —respondió él—, como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana⁴⁵³ y venta común, vio que estaban a la puerta della muchas de sus moradoras y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás que estaban alojados en el mesón del infierno.

Preguntóle uno que qué consejo o consuelo daría a un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro.

A lo cual respondió:

—Dile que dé gracias a Dios por haber permitido le llevasen de casa a su enemigo.

—Luego, ¿no irá a buscarla? —dijo el otro.

—¡Ni por pienso! —replicó Vidriera—, porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra.

—Ya que eso sea así —dijo el mismo—, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?

Respondióle:

—Dale lo que hubiere menester; déjala que mande a todos los de su casa, pero no sufras que ella te mande a ti.

Díjole un muchacho:

—Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar⁴⁵⁴ de mi padre porque me azota muchas veces.

Y respondióle:

—Advierte, niño, que los azotes que los padres dan a los hijos honran y los del verdugo afrentan.

⁴⁵⁰ *monte Testacho*: era, en realidad, un vertedero donde los romanos arrojaban restos de vasijas y tejuelos de barro; con el tiempo alcanzó proporciones descomunales.

⁴⁵¹ *ropería*: el lugar donde se recogía ropa para distribuirla entre los pobres.

⁴⁵² *Filiae... vestros*: Lucas 23, 28 («Hijas de Jerusalén, llorad por vosotras y por vuestros hijos.»). Tomás está llamando judía a la ropera; el marido se siente ofendido porque entiende, como pretende Vidriera, que «vestros» insinúa que los hijos lo son solo de la mujer; es decir, son ilegítimos.

⁴⁵³ *casa llana*: burdel.

⁴⁵⁴ *desgarrar*: emancipar, marchar de casa de mi padre.

Estando a la puerta de una iglesia, vio que entraba en ella un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos y detrás dél venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero y el Licenciado dio grandes voces al labrador, diciendo:

—Esperad, Domingo, a que pase el Sábado.

De los maestros de escuela decía que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles y que fueran dichosísimos si los angelitos no fueran mocosos.

Otro le preguntó que qué le parecía de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se extendió por toda Castilla y, llegando a noticia de un príncipe, o señor que estaba en la corte, quiso enviar por él y encargóselo a un caballero amigo suyo, que estaba en Salamanca, que se lo enviase y, topándole el caballero un día, le dijo:

—Sepa el señor licenciado Vidriera que un gran personaje de la corte le quiere ver y envía por él.

A lo cual respondió:

—Vuesa merced me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.

Con todo esto, el caballero le envió a la corte, y para traerle usaron con él desta invención: pusieronle en unas árguenas⁴⁵⁵ de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios⁴⁵⁶ con piedras y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese a entender que como vaso de vidrio le llevaban. Llegó a Valladolid, entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que había enviado por él, de quien fue muy bien recibido, diciéndole:

—Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera. ¿Cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud?

A lo cual respondió:

—Ningún camino hay malo, como se acabe, si no es el que va a la horca. De salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi cerebro⁴⁵⁷.

Otro día, habiendo visto en muchas alcándaras⁴⁵⁸ muchos neblíes y azores y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores; pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho a más de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa y más cuando se cazaba con galgos prestados.

El caballero gustó de su locura y dejole salir por la ciudad, debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal; de los cuales y de toda la corte fue conocido en seis días y a cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina, respondía a todas las preguntas que le hacían; entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecía que tenía ingenio para todo.

A lo cual respondió:

—Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.

—No entiendo eso de necio y venturoso —dijo el estudiante.

⁴⁵⁵ *árguenas*: cestas unidas entre sí mediante arcos que se usaban para cargar a las bestias.

⁴⁵⁶ *tercios*: cada lado de la carga. Se usaban piedras para equilibrar.

⁴⁵⁷ *celebro*: cerebro. La medicina clásica basaba la salud en el equilibrio de los elementos del cuerpo. Tomás se encuentra bien (neutral) porque tiene equilibrados corazón (pulsos) y cerebro.

⁴⁵⁸ *alcándaras*: perchas, en este caso de aves rapaces.

Y respondió Vidriera:

—No he sido tan necio que diese en poeta malo ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.

Preguntóle otro estudiante que en qué estimación tenía a los poetas. Respondió que a la ciencia, en mucha; pero que a los poetas, en ninguna. Replicáronle que por qué decía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que había, eran tan pocos los buenos que casi no hacían número y, así, como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía porque encerraba en sí todas las demás ciencias: porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.

Añadió más:

—Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio que dicen:

*Cum ducum fuerant olim Regnumque poeta:
premiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque maiestas, et erat venerabile nomen
vatibus; et large saepe dabantur opes*⁴⁵⁹.

»Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses y dellos dice Ovidio:

*Est Deus in nobis, agitante calescimus illo*⁴⁶⁰.

»Y también dice:

*At sacri vates, et Divum cura vocamus*⁴⁶¹.

»Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros⁴⁶², ¿qué se ha de decir, sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo?

Y añadió más:

—¡Qué es ver a un poeta destos de la primera impresión cuando quiere decir un soneto a otros que le rodean, las salvas que les hace diciendo: «Vuestas mercedes escuchen un sonetillo que anoche a cierta ocasión hice, que, a mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito»! Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas y se rasca la faldriquera y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar y al fin le dice con tono melifluido y alfeñicado⁴⁶³. Y si acaso los que le escuchan, de socarrones o de ignorantes, no se le alaban, dice: «O vuestas mercedes no han entendido el soneto o yo no le he sabido decir y, así, será bien recitarle otra vez y que vuestas mercedes le presten más atención, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece». Y vuelve como primero a recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues, ¿qué es verlos censurar los unos a los otros? ¿Qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos a los mastinazos antiguos y graves? ¿Y qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía; que, tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, a despecho y pesar del

⁴⁵⁹ *Cum ducum... opes*: «En otro tiempo los poetas eran amados por reyes y caudillos, los antiguos coros alcanzaban grandes premios. Santo respeto y nombre venerable tenían los vates; y con frecuencia recibían generosos dones», Ovidio, *Ars amandi*, III, 405-408.

⁴⁶⁰ *Est Deus... illo*: «Hay un dios en nosotros; cuando actúa nos sentimos enardecidos», Ovidio, *Fastos*, VI, 5.

⁴⁶¹ *At sacri... vocamus*: «Sin embargo, a los poetas se nos llama sagrados y queridos por los dioses», Ovidio, *Amores*, III, elegía 9, 17.

⁴⁶² *churrulleros*: charlatán y pretencioso; que hace mal su oficio.

⁴⁶³ *alfeñicado*: de alfeñique, empalagoso.

circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles y la ignorancia que se arrima a los sitiales⁴⁶⁴?

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas, por la mayor parte, eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente y que lo que lloraban eran líquidas perlas y, más, que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas y que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia⁴⁶⁵ y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y otras cosas decía de los malos poetas, que de los buenos siempre dijo bien y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vio un día en la acera de San Francisco⁴⁶⁶ unas figuras pintadas de mala mano y dijo que los buenos pintores imitaban la naturaleza, pero que los malos la vomitaban.

Arrimose un día con grandísimo tiento, porque no se quebrase, a la tienda de un librero y díjole:

—Este oficio me contentara mucho si no fuera por una falta que tiene.

Preguntole el librero se la dijese. Respondiole:

—Los melindres⁴⁶⁷ que hacen cuando compran un privilegio⁴⁶⁸ de un libro y de la burla que hacen a su autor si acaso le imprime a su costa; pues, en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros y, cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos.

Acaeció este mismo día que pasaron por la plaza seis azotados y, diciendo el pregón: «Al primero, por ladrón», dio grandes voces a los que estaban delante dél, diciéndoles:

—¡Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros!

Y cuando el pregonero llegó a decir: «Al trasero...», dijo:

—Aquel debe de ser el fiador⁴⁶⁹ de los muchachos.

Un muchacho le dijo:

—Hermano Vidriera, mañana sacan a azotar a una alcagüeta⁴⁷⁰.

Respondiole:

—Si dijeras que sacaban a azotar a un alcagüete, entendiera que sacaban a azotar un coche⁴⁷¹.

Hallose allí uno destos que llevan sillas de manos y díjole:

—De nosotros, Licenciado, ¿no tenéis qué decir?

—No —respondió Vidriera—, sino que sabe cada uno de vosotros más pecados que un confesor; mas es con esta diferencia: que el confesor los sabe para tenerlos secretos y vosotros para publicarlos por las tabernas.

⁴⁶⁴ *sitiales*: asientos destinados en los actos públicos a personajes relevantes.

⁴⁶⁵ *algalia*: como ámbar y almizcle, se trata de un tipo de perfume.

⁴⁶⁶ *acera de San Francisco*: desde la plaza Mayor hasta la Fuente Dorada.

⁴⁶⁷ *melindres*: alabanzas exageradas y un tanto fingidas.

⁴⁶⁸ *privilegio*: permiso para editar y vender un libro, equivale a lo que hoy entendemos por «derechos de autor».

⁴⁶⁹ *fiador*: el *fiador* es el que asume el pago en caso de incumplimiento. El *trasero* es el que paga las faltas de los chavales. *Trasero* era, además de nalgas, el que ocupaba el último lugar en una cuerda de presos.

⁴⁷⁰ *alcagüeta*: alcahueta, vieja intermediaria en enredos amorosos.

⁴⁷¹ *alcagüete... coche*: el chiste hace referencia a la costumbre de valerse de coches para ejercer la prostitución.

Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino y díjole:

—De nosotros, señor Redoma⁴⁷², poco o nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república.

A lo cual respondió Vidriera:

—La honra del amo descubre la del criado. Según esto, mira a quién sirves y verás cuán honrado eres: mozos sois vosotros de la más ruin canalla que sustenta la tierra. Una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler tal que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano. Todos los mozos de mulas tienen su punta⁴⁷³ de rufianes, su punta de cacos⁴⁷⁴ y su es no es de truhanes. Si sus amos, que así llaman ellos a los que llevan en sus mulas, son boquimuelles⁴⁷⁵, hacen más suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados⁴⁷⁶: si son extranjeros, los roban; si estudiantes, los maldicen y si religiosos, los reniegan y si soldados, los tiemblan. Estos y los marineros y carreteros y arrieros tienen un modo de vivir extraordinario y solo para ellos: el carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco más debe de haber del yugo de las mulas a la boca del carro; canta la mitad del tiempo y la otra mitad reniega y en decir: «Háganse a zaga⁴⁷⁷» se les pasa otra parte y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algún atolladero, más se ayudan de dos pésetes⁴⁷⁸ que de tres mulas. Los marineros son gente gentil, inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos; en la bonanza son diligentes y en la borrasca perezosos; en la tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su rancho y su pasatiempo ver mareados a los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se ha casado con las enjalmas⁴⁷⁹; son tan diligentes y presurosos que, a truco de no perder la jornada, perderán el alma; su música es la del mortero; su salsa, la hambre; sus maitines, levantarse a dar sus piensos y sus misas, no oír ninguna.

Cuando esto decía, estaba a la puerta de un boticario y, volviéndose al dueño, le dijo:

—Vuesa merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles.

—¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? —preguntó el boticario.

Y respondió Vidriera:

—Esto digo porque, en faltando cualquiera aceite, la suple la del candil que está más a mano y aún tiene otra cosa este oficio bastante a quitar el crédito al más acertado médico del mundo.

Preguntándole por qué, respondió que había boticario que, por no decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban ponía otras que a su parecer tenían la misma virtud y calidad, no siendo así, y con esto, la medicina mal compuesta obraba al revés de lo que había de obrar la bien ordenada.

Preguntóle entonces uno que qué sentía de los médicos, y respondió esto:

⁴⁷² *Redoma*: la redoma era un tipo de vasija de vidrio, pero el adjetivo *redomado* se aplicaba a las personas astutas y maliciosas.

⁴⁷³ *punta*: cierta cualidad.

⁴⁷⁴ *cacos*: Caco era el famoso ladrón que robó a Hércules el ganado que este había sustraído previamente a Geriones. El robo de Caco no fue por fuerza, sino por astucia. Tildar de cuatreros a quienes han de cuidar las mulas es un chiste muy del tono de los de Vidriera.

⁴⁷⁵ *boquimuelles*: sin autoridad, blandos de palabra.

⁴⁷⁶ ... *años pasados*: en tiempos de Carlos V eran habituales timbas y tómbolas; bajo el reinado de su hijo estas diversiones se vieron drásticamente reducidas. *Hacer suertes* es hacer trampas.

⁴⁷⁷ *Háganse a zaga*: pongan las cosas atrás.

⁴⁷⁸ *pésetes*: juramentos, maldiciones («echar pestes»).

⁴⁷⁹ *enjalmas*: mantas con que se protegía a las bestias de los aparejos que se colocaban encima.

—*Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus. A Deo enim est omnis medela, et a rege accipiet donationem. Disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creavit medicinam, et vir prudens non aborrebit illam*⁴⁸⁰. Esto dice —dijo— el *Eclesiástico* de la medicina y de los buenos médicos y de los malos se podría decir todo al revés, porque no hay gente más dañosa a la república que ellos. El juez nos puede torcer o dilatar la justicia; el letrado, sustentar por su interés nuestra injusta demanda; el mercader, chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos nos pueden hacer algún daño; pero quitarnos la vida, sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno. Solo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo⁴⁸¹, sin desenvainar otra espada que la de un r cipe⁴⁸². Y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra. Acu rdaseme que cuando yo era hombre de carne y no de vidrio como ahora soy, que a un médico destos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro y el primero, de all  a cuatro días, acertó a pasar por la botica donde receptaba el segundo y pregunt  al boticario que cómo le iba al enfermo que él había dejado y que si le había receptado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que all  tenía una recepta de purga que el día siguiente había de tomar el enfermo. Dijo que se la mostrase y vio que al fin della estaba escrito: *Sumat diluculo*⁴⁸³; y dijo: «Todo lo que lleva esta purga me contenta, si no es este *diluculo*, porque es h mido demasiadamente».

Por estas y otras cosas que decía de todos los oficios, se andaban tras él, sin hacerle mal y sin dejarle sosegar; pero, con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos si su guardián no le defendiera. Preguntóle uno qué haría para no tener envidia a nadie. Respondióle:

—Duerme, que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidias.

Otro le pregunt  qué remedio tendría para salir con una comisión que había dos años que la pretendía. Y díjole:

—Parte a caballo y a la mira de quien la lleva y acomp  nale hasta salir de la ciudad y así saldr s con ella.

Pas  acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comisi n⁴⁸⁴ que iba de camino a una causa criminal y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles; pregunt  qu en era y, como se lo dijeron, dijo:

—Yo apostar  que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes⁴⁸⁵ en la cinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comisión. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que, en una comisión criminal que tuvo, dio una sentencia tan exorbitante, que excedía en muchos quilates a la culpa de los delincuentes. Preguntele que por qué había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondi me que pensaba otorgar la apelación y que con esto dejaba campo abierto a los señores del Consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporción. Yo le respond  que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran a él por juez recto y acertado.

⁴⁸⁰⁴⁸⁰ *Honora medicum aborrebit illam*... : «Honra al médico porque es necesario; pues, en verdad, a él lo ha creado el Altísimo. De Dios proviene toda curación y del rey recibir  mercedes. La ciencia del médico le ha permitido llevar erguida su cabeza y será alabado en presencia de los poderosos. El Altísimo ha hecho brotar de la tierra los remedios y el hombre prudente no los rechaz r », *Eclesiástico* 38, 1-4.

⁴⁸¹ *a pie quedo*: sin esfuerzo.

⁴⁸² *r cipe*: receta.

⁴⁸³ *Sumat diluculo*: «tómese al amanecer». Chiste escatológico basado en el juego de palabras a partir del latín *diluo* «deshacer, diluir» y de la terminación «-culo».

⁴⁸⁴ *juez de comisión*: juez comisionado para resolver causas fuera de la ciudad.

⁴⁸⁵ *pistoletes*: pequeño arcabuz entre pistola y escopeta. En francés *pistole* era un tipo de moneda.

En la rueda de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó Señor licenciado y, sabiendo Vidriera que el tal a quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de bachiller, le dijo:

—Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redención de cautivos, que os le llevarán por mostrenco⁴⁸⁶.

A lo cual dijo el amigo:

—Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabéis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.

Respondióle Vidriera:

—Ya yo sé que sois un Tántalo⁴⁸⁷ en ellas, porque se os van por altas y no las alcanzáis de profundas.

Estando una vez arrimado a la tienda de un sastre, viole que estaba mano sobre mano y díjole:

—Sin duda, señor maeso⁴⁸⁸, que estáis en camino de salvación.

—¿En qué lo veis? —preguntó el sastre.

—¿En qué lo veo? —respondió Vidriera—. Véolo en que, pues no tenéis qué hacer, no tendréis ocasión de mentir.

Y añadió:

—Desdichado del sastre que no miente y cose las fiestas; cosa maravillosa es que casi en todos los deste oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores.

De los zapateros decía que jamás hacían, conforme a su parecer, zapato malo; porque si al que se le calzaban venía estrecho y apretado, le decían que así había de ser, por ser de galanes calzar justo y que en trayéndolos dos horas vendrían más anchos que alpargates y si le venían anchos, decían que así habían de venir, por amor de la gota.

Un muchacho agudo que escribía en un oficio de provincia⁴⁸⁹ le apretaba mucho con preguntas y demandas y le traía nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba⁴⁹⁰ y a todo respondía. Este le dijo una vez:

—Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado ahorcar.

A lo cual respondió:

—Él hizo bien a darse prisa a morir antes que el verdugo se sentara sobre él.

En la acera de San Francisco estaba un corro de ginoveses y, pasando por allí, uno dellos le llamó, diciéndole:

—Lléguese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento.

Él respondió:

—No quiero, porque no me le paséis a Génova.

⁴⁸⁶ *mostrenco*: bienes sin dueño

⁴⁸⁷ *Tántalo*: según la versión más extendida, era hijo de Zeus y de Plutón. Por una falta sobre cuya naturaleza los mitógrafos no coinciden, hubo de sufrir uno de los más famosos castigos de la mitología: sumergido en una laguna hasta el cuello, padecía sed eterna, ya que el agua se retiraba en cuanto intentaba introducir en ella la boca. También era torturado por el hambre: una rama cargada de fruta pendía sobre él, pero cada vez que alargaba la mano, la rama se alzaba hasta quedar fuera de su alcance.

⁴⁸⁸ *maeso*: maestro.

⁴⁸⁹ *oficio de provincia*: era funcionario de la Audiencia.

⁴⁹⁰ *discantaba*: hablaba.

Topó una vez a una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas y díjole a la madre:

—Muy bien habéis hecho en empedralla, porque se pueda pasear.

De los pasteleros dijo que había muchos años que jugaban a la dobladilla⁴⁹¹, sin que les llevasen a la pena, porque habían hecho el pastel de a dos de a cuatro, el de a cuatro de a ocho y el de a ocho de a medio real, por solo su albedrío y beneplácito.

De los titereros decía mil males: decía que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos volvían la devoción en risa y que les acontecía envasar en un costal todas o las más figuras del Testamento Viejo y Nuevo y sentarse sobre él a comer y beber en los bodegones y tabernas. En resolución, decía que se maravillaba de cómo quien podía no les ponía perpetuo silencio en sus retablos o los desterraba del reino.

Acertó a pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe y, en viéndole, dijo:

—Yo me acuerdo haber visto a este salir al teatro enharinado el rostro y vestido un zamarro del revés y, con todo esto, a cada paso fuera del tablado, jura a fe de hijodalgo⁴⁹².

—Débelo de ser —respondió uno—, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo.

—Así será verdad —replicó Vidriera—, pero lo que menos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentileshombres y de expeditas lenguas. También sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria, hechos perpetuos gitanos, de lugar en lugar y de mesón en venta, desvelándose en contentar a otros porque en el gusto ajeno consiste su bien propio. Tienen más, que con su oficio no engañan a nadie, pues por momentos sacan su mercadería a pública plaza, al juicio y a la vista de todos. El trabajo de los autores⁴⁹³ es increíble y su cuidado, extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados que les sea forzoso hacer pleito de acreedores. Y, con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación y como lo son las cosas que honestamente recrean⁴⁹⁴.

Decía que había sido opinión de un amigo suyo que el que servía a una comedianta, en sola una servía a muchas damas juntas, como era a una reina, a una ninfa, a una diosa, a una fregona, a una pastora y muchas veces caía la suerte en que serviese en ella a un paje y a un lacayo: que todas estas y más figuras suele hacer una farsanta.

Preguntóle uno que cuál había sido el más dichoso del mundo. Respondió que *Nemo*; porque *Nemo novit Patrem, Nemo sine crimine vivit, Nemo sua sorte contentus, Nemo ascendit in coelum*⁴⁹⁵.

De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia o arte que cuando la habían menester no la sabían y que tocaban algo en presuntuosos, pues querían reducir a demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se teñían las barbas tenía particular enemistad y, riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, este dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenía muy teñidas:

⁴⁹¹ *dobladilla*: juego de cartas donde la apuesta dobla su valor cada jugada

⁴⁹² *hijodalgo*: hidalgo, el escalón más bajo de la nobleza, al que todo español cristiano viejo aspiraba..

⁴⁹³ *autores*: directores de las compañías de teatro.

⁴⁹⁴ *florestas... recrean*: nótese la similitud entre esta comparación en boca de Vidriera con la que Cervantes introduce en el «Prólogo» de las *Novelas ejemplares*.

⁴⁹⁵ *Nemo*: nadie. El uso de este indefinido como nombre propio, en tono ingenioso o de chiste, es un tópico de la literatura y el folclore; Vidriera enlaza aquí citas bíblicas y aforismos clásicos graciosamente mutilados: «Nadie conoce al Padre, nadie vive sin culpa, nadie está satisfecho de su propia suerte, nadie asciende al cielo»

—*¡Por istas barbas que teño⁴⁹⁶ no rostro...!*

A lo cual acudió Vidriera:

—*¡Ollay, home, não digáis teño, sino tiño!*

Otro traía las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta; a quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar overo⁴⁹⁷. A otro, que traía las barbas por mitad blancas y negras, por haberse descuidado y los cañones⁴⁹⁸ crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado a que le dijese que mentía por la mitad de la barba.

Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir a la voluntad de sus padres, dio el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche antes del día del desposorio se fue, no al río Jordán, como dicen las viejas, sino a la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y la levantó de pez. Llegose la hora de darse las manos y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura y dijo a sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habían mostrado, que no quería otro. Ellos le dijeron que aquel que tenía delante era el mismo que le habían mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era y trujo testigos cómo el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas y que, pues el presente no las tenía, no era él, y se llamaba a engaño. Atúvose a esto, corrióse⁴⁹⁹ el teñido y deshízose el casamiento.

Con las dueñas tenía la misma ojeriza que con los escabechados⁵⁰⁰: decía maravillas de su *permafoy*⁵⁰¹, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria. Amohinábanle sus flaquezas de estómago, su váguidos de cabeza, su modo de hablar, con más repulgos que sus tocas y, finalmente, su inutilidad y sus vainillas⁵⁰².

Uno le dijo:

—¿Qué es esto, señor licenciado, que os he oído decir mal de muchos oficios y jamás lo habéis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir?

A lo cual respondió:

—Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo, las más veces engañado. Parece a mí que la gramática de los murmuradores y el *la, la, la* de los que cantan son los escribanos; porque, así como no se puede pasar a otras ciencias, si no es por la puerta de la gramática y como el músico primero murmura que canta, así, los maldicientes, por donde comienzan a mostrar la malignidad de sus lenguas es por decir mal de los escribanos y alguaciles y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano sin el cual andaría la verdad por el mundo a sombra de tejados, corrida y maltratada y, así, dice el *Eclesiástico: In manu Dei potestas hominis est, et super faciem scribe imponet honorem*⁵⁰³. Es el escribano persona pública y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres y no esclavos ni hijos de esclavos: legítimos, no bastardos ni de ninguna mala raza nacidos. Juran de secreto fidelidad y que no harán escritura usuraria; que ni amistad ni enemistad, provecho o daño les moverá a no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿por qué se ha de pensar que de más de veinte mil escribanos que hay en

⁴⁹⁶ *teño*: tengo. El Licenciado mezcla castellano (*tiño*) y portugués (*tenho*) para hacer este chiste.

⁴⁹⁷ *muladar overo*: los muladares eran vertederos o estercoleros que había a las afueras de las villas; *overo* es de color de huevo.

⁴⁹⁸ *cañones*: lo más recio, inmediato a la raíz, del pelo de la barba.

⁴⁹⁹ *corriose*: se sintió avergonzado

⁵⁰⁰ *escabechados*: teñidos.

⁵⁰¹ *permafoy*: «par ma foi». Expresión que, al parecer, era muy del gusto de las dueñas («por mi fe», «a fe mía»).

⁵⁰² *vainillas*: labores; vainica.

⁵⁰³ *In manu... honorem*: «El poder de un hombre está en las manos de Dios y Él impone dignidad en el rostro del escriba», *Eclesiástico* 10, 5.

España se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo⁵⁰⁴? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque, finalmente, digo que es la gente más necesaria que había en las repúblicas bien ordenadas y que si llevaban demasiados derechos, también hacían demasiados tuertos y que destos dos extremos podía resultar un medio que les hiciese mirar por el virote⁵⁰⁵.

De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio o prenderte o sacarte la hacienda de casa o tenerte en la suya en guarda y comer a tu costa. Tachaba la negligencia e ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos a los médicos, los cuales, que sane o no sane el enfermo, ellos llevan su propina y los procuradores y solicitadores, lo mismo, salgan o no salgan con el pleito que ayudan.

Preguntóle uno cuál era la mejor tierra. Respondió que la temprana y agradecida. Replicó el otro:

—No pregunto eso, sino que cuál es mejor lugar: ¿Valladolid o Madrid?

Y respondió:

—De Madrid, los extremos; de Valladolid, los medios.

—No lo entiendo —repitió el que se lo preguntaba.

Y dijo:

—De Madrid, cielo y suelo; de Valladolid, los entresuelos.

Oyó Vidriera que dijo un hombre a otro que, así como había entrado en Valladolid, había caído su mujer muy enferma porque la había probado la tierra⁵⁰⁶.

A lo cual dijo Vidriera:

—Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa.

De los músicos y de los correos de a pie decía que tenían las esperanzas y las suertes limitadas, porque los unos la acababan con llegar a serlo de a caballo y los otros con alcanzar a ser músicos del rey. De las damas que llaman cortesanas decía que todas, o las más, tenían más de cortesanas que de sanas.

Estando un día en una iglesia vio que traían a enterrar a un viejo, a bautizar a un niño y a velar una mujer, todo a un mismo tiempo, y dijo que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen y las mujeres triunfan.

Picábase una vez una avispa en el cuello y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero, con todo eso, se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentía aquella avispa, si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debía de ser murmuradora y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes a desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio.

Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes:

—De ético⁵⁰⁷ no se puede mover el padre.

Enojose Vidriera y dijo:

—Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere christos meos*⁵⁰⁸.

⁵⁰⁴ *majuelo*: viña. «La viña del diablo» por oposición a «la viña del Señor».

⁵⁰⁵ *les hiciese mirar por el virote*: era una expresión proverbial que quiere decir «les hiciese desempeñar con honradez su oficio».

⁵⁰⁶ *la había probado la tierra*: le había sentado mal el clima.

⁵⁰⁷ *ético*: moral y justo; pero, también, *hético*: tísico, extremadamente flaco.

⁵⁰⁸ *Nolite... meos*: «No toquéis a mis ungidos», Salmos 105, 15.

Y, subiéndose más en cólera, dijo que mirasen en ello y verían que de muchos santos que de pocos años a esta parte había canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitán don Fulano, ni el secretario don Tal de don Tales, ni el conde, marqués o duque de tal parte, sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los aranjueces del cielo⁵⁰⁹, cuyos frutos, de ordinario, se ponen en la mesa de Dios.

Decía que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila: que roen y menoscaban todas las de las otras aves que a ellas se juntan. De los gariteros⁵¹⁰ y tahúres⁵¹¹ decía milagros: decía que los gariteros eran públicos prevaricadores porque, en sacando el barato⁵¹² del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese y pasase el naípe adelante, porque el contrario las hiciese y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahúr, que estaba toda una noche jugando y perdiendo y con ser de condición colérico y endemoniado, a truco de que su contrario no se alzase, no descosía la boca y sufría lo que un mártir de Barrabás. Alababa también las conciencias de algunos honrados gariteros que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase otros juegos que *polla* y *cientos*⁵¹³ y con esto, a fuego lento, sin temor y nota de malsines⁵¹⁴, sacaban al cabo del mes más barato que los que consentían los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del punto⁵¹⁵.

En resolución, él decía tales cosas que, si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban o a él se arrimaban, por el hábito que traía, por la estrechez de su comida, por el modo con que bebía, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los más cuerdos del mundo.

Dos años o poco más duró en esta enfermedad, porque un religioso de la Orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen y en curar locos, tomó a su cargo de curar a Vidriera, movido de caridad y le curó y sanó y volvió a su primer juicio, entendimiento y discurso. Y, así como le vio sano, le vistió como letrado y le hizo volver a la corte, adonde, con dar tantas muestras de cuerdo como las había dado de loco, podía usar su oficio y hacerse famoso por él.

Hízolo así y, llamándose el licenciado Rueda y no Rodaja, volvió a la corte, donde, apenas hubo entrado, cuando fue conocido de los muchachos; mas, como le vieron en tan diferente hábito del que solía, no le osaron dar grito⁵¹⁶ ni hacer preguntas; pero seguíanle y decían unos a otros:

—¿Este no es el loco Vidriera? ¡A fe que es él! Ya viene cuerdo. Pero tan bien puede ser loco bien vestido como mal vestido; preguntémosle algo y salgamos desta confusión.

Todo esto oía el licenciado y callaba y iba más confuso y más corrido que cuando estaba sin juicio.

Pasó el conocimiento de los muchachos a los hombres y, antes que el licenciado llegase al patio de los Consejos⁵¹⁷, llevaba tras de sí más de docientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que de un catedrático, llegó al patio, donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. Él, viéndose con tanta turba a la redonda, alzó la voz y dijo:

⁵⁰⁹ *los aranjueces del cielo*: era una expresión utilizada como alabanza máxima de una cosa.

⁵¹⁰ *gariteros*: dueños de casas de juego

⁵¹¹ *tahúres*: jugadores profesionales.

⁵¹² *barato*: propina que recibían del jugador los mirones que formaban corro en una partida.

⁵¹³ *polla y cientos*: la *polla* era la apuesta que se hacía en el juego de cartas. *Ciento* era un juego de naipes, normalmente de dos jugadores, que ganaba el que alcanzara primero los cien puntos.

⁵¹⁴ *malsines*: personas malintencionadas

⁵¹⁵ *juegos de estocada*...: distintos juegos de naipes en los que alguno de los jugadores partía con ventaja y que acabaron por ser prohibidos a finales del siglo XVI.

⁵¹⁶ *dar grito*: burlarse de él.

⁵¹⁷ *patio de los Consejos*: en el Palacio Real, en Madrid.

—Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solía. Soy ahora el licenciado Rueda; sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permisión del cielo me quitaron el juicio y las misericordias de Dios me le han vuelto. Por las cosas que dicen que dije cuando loco, podéis considerar las que diré y haré cuando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias⁵¹⁸, de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dio el grado que tengo. Aquí he venido a este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida; pero si no me dejáis, habré venido a bogar⁵¹⁹ y granjear la muerte. Por amor de Dios que no hagáis que el seguirme sea perseguirme y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo. Lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa y veréis que el que os respondía bien, según dicen, de improviso, os responderá mejor de pensado.

Escucháronle todos y dejáronle algunos. Volviose a su posada con poco menos acompañamiento que había llevado.

Salió otro día y fue lo mismo; hizo otro sermón y no sirvió de nada. Perdía mucho y no ganaba cosa y, viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podía valer de las de su ingenio. Y, poniéndolo en efeto, dijo al salir de la corte:

—¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados y matas de hambre a los discretos vergonzosos!

Esto dijo y se fue a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

⁵¹⁸ *segundo en licencias*: fue el segundo de su promoción.

⁵¹⁹ *bogar*: remar.

[EL COLOQUIO DE LOS PERROS]

NOVELA Y COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPIÓN Y BERGANZA, PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCIÓN, QUE ESTÁ EN LA CIUDAD DE VALLADOLID, FUERA DE LA PUERTA DEL CAMPO, A QUIEN COMÚNMENTE LLAMAN LOS PERROS DE MAHÚDES⁵²⁰

CIPIÓN: Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza y retirémonos a esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto a los dos nos ha hecho.

BERGANZA: Cipión hermano, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

CIPIÓN: Así es la verdad, Berganza, y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso⁵²¹, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella que la diferencia que hay del animal bruto al hombre es ser el hombre animal racional y el bruto, irracional.

BERGANZA: Todo lo que dices, Cipión, entiendo y el decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiración y nueva maravilla. Bien es verdad que, en el discurso⁵²² de mi vida, diversas y muchas veces he oído decir grandes prerrogativas nuestras: tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento capaz de discurso.

CIPIÓN: Lo que yo he oído alabar y encarecer es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra; tanto que nos suelen pintar por símbolo de la amistad y, así, habrás visto, si has mirado en ello, que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, a los pies, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

BERGANZA: Bien sé que ha habido perros tan agradecidos que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura. Otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores sin apartarse dellas, sin comer, hasta que se les acababa la vida. Sé también que, después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento; luego, el caballo y el último, la jimia⁵²³.

CIPIÓN: Ansí es, pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo o mona; por donde me doy a entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales, cuando se

⁵²⁰ Tanto Mahúdes como los perros que le acompañaban parecen ser personajes históricos.

⁵²¹ *con discurso*: con inteligencia.

⁵²² *discurso*: transcurso.

⁵²³ *jimia*: simia, mona.

muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza a las gentes.

BERGANZA: Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

CIPIÓN: ¿Qué le oíste decir?

BERGANZA: Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oían medicina.

CIPIÓN: Pues, ¿qué vienes a inferir deso?

BERGANZA: Infiero o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar, que sería harta plaga y mala ventura, o ellos se han de morir de hambre.

CIPIÓN: Pero, sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento o no; que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir y, así, no hay para qué ponernos a disputar nosotros cómo o por qué hablamos; mejor será que este buen día, o buena noche, la metamos en nuestra casa y, pues la tenemos tan buena en estas esteras y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

BERGANZA: Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria y allí, de antiguas y muchas, o se enmohecían o se me olvidaban. Empero, ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome prisa a decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán a pedir este bien, que por prestado tengo.

CIPIÓN: Sea esta la manera, Berganza amigo: que esta noche me cuentes tu vida y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mía; porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las ajenas vidas.

BERGANZA: Siempre, Cipión, te he tenido por discreto y por amigo y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos y como discreto has repartido el tiempo donde podamos manifestarlos. Pero advierte primero si nos oye alguno.

CIPIÓN: Ninguno, a lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazón más estará para dormir que para ponerse a escuchar a nadie.

BERGANZA: Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha y si te cansare lo que te fuere diciendo, o me reprehende o manda que calle.

CIPIÓN: Habla hasta que amanezca o hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte sino cuando viere ser necesario.

BERGANZA: Paréceme que la primera vez que vi el sol fue en Sevilla y en su Matadero, que está fuera de la puerta de la Carne⁵²⁴; por donde imaginara, si no fuera por lo que después te diré, que mis padres debieron de ser alanos⁵²⁵ de aquellos que crían los ministros⁵²⁶ de aquella confusión, a quien llaman jiferos⁵²⁷. El primero que conocí por amo fue uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado⁵²⁸ y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería.

⁵²⁴ *puerta de la Carne*: puerta de Sevilla por la que entraba todo el abastecimiento de carne de la ciudad.

⁵²⁵ *alanos*: tipo de perro, entre lebel y dogo.

⁵²⁶ *ministros*: responsables.

⁵²⁷ *jiferos*: matarifes.

⁵²⁸ *doblado*: bajo y robusto.

Este tal Nicolás me enseñaba a mí y a otros cachorros a que, en compañía de alanos viejos, arremetiésemos a los toros y les hiciésemos presa de las orejas. Con mucha facilidad salí un águila en esto.

CIPIÓN: No me maravillo, Berganza, que, como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

BERGANZA: ¿Qué te diría, Cipión hermano, de lo que vi en aquel Matadero y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero, has de presuponer que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni a su justicia; los más, amancebados; son aves de rapiña carniceras: mantiéñense ellos y sus amigos de lo que hurtan. Todas las mañanas que son días de carne, antes que amanezca, están en el Matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que, viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne y las criadas con criadillas y lomos medio enteros. No hay res alguna que se mate de quien no lleve esta gente diezmos y primicias⁵²⁹ de lo más sabroso y bien parado. Y, como en Sevilla no hay obligado de la carne⁵³⁰, cada uno puede traer la que quisiere y la que primero se mata o es la mejor o la de más baja postura y con este concierto hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan a esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten, que esto es imposible, sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas⁵³¹ que hacen en las reses muertas, que las escamondan⁵³² y podan como si fuesen sauces o parras. Pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecía peor que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca; por quítame allá esa paja, a dos por tres meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen⁵³³ un toro. Por maravilla se pasa día sin pendencias y sin heridas y a veces sin muertes; todos se pican de valientes y aun tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco⁵³⁴, granjeado con lomos y lenguas de vaca. Finalmente, oí decir a un hombre discreto que tres cosas tenía el Rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero⁵³⁵.

CIPIÓN: Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año y aun temo que, al paso que llevas, no llegarás a la mitad de tu historia. Y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos, quiero decir que algunos hay que, aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento, otros hay que es menester vestirlos de palabras y con demostraciones del rostro y de las manos y con mudar la voz, se hacen algo de nonada y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos y no se te olvide este advertimiento, para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

BERGANZA: Yo lo haré así, si pudiere y si me da lugar la grande tentación que tengo de hablar; aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir a la mano.

CIPIÓN: Vete a la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

⁵²⁹ *diezmos y primicias*: impuestos eclesiásticos; esto es, no hay res que se mate en el Matadero de la cual esa gente no se quede con alguna parte.

⁵³⁰ ... *obligado de la carne*: no hay monopolio para abastecer de carne a la ciudad.

⁵³¹ *socaliñas*: robos pretextando necesidad.

⁵³² *escamondan*: aligeran (limpian los árboles de ramas secas o inútiles).

⁵³³ *acocotasen*: matasen.

⁵³⁴ *ángel de la guarda en la plaza de San Francisco*: protector en la plaza de San Francisco, donde estaban el Cabildo y la Audiencia de Sevilla. Expresión que alude a funcionarios corruptos.

⁵³⁵ *La Caza, la Costanilla y el Matadero*: tres lugares bien conocidos de la ciudad de Sevilla en la época.

BERGANZA: Digo, pues, que mi amo me enseñó a llevar una espuerta⁵³⁶ en la boca y a defenderla de quien quitármela quisiese. Enseñome también la casa de su amiga y con esto se excusó la venida de su criada al Matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él había hurtado las noches. Y un día que, entre dos luces⁵³⁷, iba yo diligente a llevarle la porción, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos y vi una moza hermosa en extremo; detúveme un poco y ella bajó a la puerta de la calle y me tornó a llamar. Llegueme a ella, como si fuera a ver lo que me quería, que no fue otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta y ponerme en su lugar un chapín⁵³⁸ viejo. Entonces dije entre mí: «La carne se ha ido a la carne». Díjome la moza, en habiéndome quitado la carne: «Andad Gavilán, o como os llamáis, y decid a Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fíe de animales y que del lobo un pelo y ese de la espuerta». Bien pudiera yo volver a quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

CIPIÓN: Hiciste muy bien, por ser prerrogativa de la hermosura que siempre se le tenga respeto.

BERGANZA: Así lo hice yo y, así, me volví a mi amo sin la porción y con el chapín. Parecióle que volví presto, vio el chapín, imaginó la burla, sacó uno de cachas y tirome una puñalada que, a no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse pies en polvorosa y, tomando el camino en las manos y en los pies, por detrás de San Bernardo⁵³⁹, me fui por aquellos campos de Dios adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto y otro día me deparó la suerte un hato o rebaño de ovejas y carneros. Así como le vi, creí que había hallado en él el centro de mi reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apenas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo «¡To, to!» me llamó y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué a él bajando la cabeza y meneando la cola. Trújome la mano por el lomo, abríome la boca, escupiome en ella, mirome las presas⁵⁴⁰, conoció mi edad y dijo a otros pastores que yo tenía todas las señales de ser perro de casta. Llegó a este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia a la jineta⁵⁴¹, con lanza y adarga⁵⁴²: que más parecía atajador de la costa⁵⁴³ que señor de ganado. Preguntó el pastor: «¿Qué perro es este que tiene señales de ser bueno?». «Bien lo puede vuesa merced creer —respondió el pastor—, que yo le he cotejado bien y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro. Ahora se llegó aquí y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda». «Pues así es —respondió el señor—, ponle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y denle la ración que a los demás y acarícialo, porque tome cariño al hato y se quede en él». En diciendo esto, se fue y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas⁵⁴⁴ llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo⁵⁴⁵ gran cantidad de sopas en leche. Y asimismo, me puso nombre y me llamó Barcino. Vime hartó y contento con el segundo amo y con el nuevo oficio; mostreme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas, que me iba a pasarlas o ya a la sombra de algún árbol o de algún ribazo o peña o a la de alguna mata, a la margen de algún arroyo de los muchos que por allí

⁵³⁶ *espuerta*: capazo de mimbre.

⁵³⁷ *entre dos luces*: al amanecer.

⁵³⁸ *chapín*: calzado con suela gruesa de corcho utilizado por las mujeres.

⁵³⁹ *San Bernardo*: barrio sevillano al lado del Matadero.

⁵⁴⁰ *presas*: colmillos.

⁵⁴¹ *yegua rucia a la jineta*: montando una yegua de color pardo claro con estribos cortos y las piernas dobladas para cabalgar con rapidez.

⁵⁴² *adarga*: escudo de cuero.

⁵⁴³ *atajador de la costa*: soldado que vigila las costas con el fin de avisar de posibles incursiones de corsarios o piratas.

⁵⁴⁴ *carlancas*: collares fuertes y armados de puntas que se ponían a los perros para poderse defender de los lobos.

⁵⁴⁵ *dornajo*: recipiente para dar de comer al ganado.

corrían. Y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que había tenido en el Matadero y en la que tenía mi amo y todos los como él, que están sujetos a cumplir los gustos impertinentes de sus amigas. ¡Oh, qué de cosas te pudiera decir ahora de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! Pero habrelas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

CIPIÓN: Por haber oído decir que dijo un gran poeta de los antiguos que era difícil cosa el no escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre; quiero decir que señales y no hieras ni des mate a ninguno en cosa señalada: que no es buena la murmuración, aunque haga reír a muchos, si mata a uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

BERGANZA: Yo tomaré tu consejo y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los míos, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten a un mismo punto. Pero, anudando el roto hilo de mi cuento, digo que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas, consideraba que no debía de ser verdad lo que había oído contar de la vida de los pastores; a lo menos, de aquellos que la dama de mi amo leía en unos libros⁵⁴⁶ cuando yo iba a su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabeles y chirumbelas y con otros instrumentos extraordinarios. Deteníame a oírla leer y leía cómo el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando a la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado a cantar, desde que salía el sol en los brazos de la Aurora hasta que se ponía en los de Tetis y aun después de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y oscuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas. No se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, más enamorado que atrevido, de quien decía que, sin atender a sus amores ni a su ganado, se entraba en los cuidados ajenos. Decía también que el gran pastor de Fílida, único pintor de un retrato, había sido más confiado que dichoso. De los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana decía que daba gracias a Dios y a la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos y aclaró aquel laberinto de dificultades. Acordábame de otros muchos libros que deste jaez la había oído leer, pero no eran dignos de traerlos a la memoria.

CIPIÓN: Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso: murmura, pica y pasa⁵⁴⁷ y sea tu intención limpia, aunque la lengua no lo parezca.

BERGANZA: En estas materias nunca tropieza la lengua si no cae primero la intención; pero si acaso por descuido o por malicia murmurare, responderé a quien me reprehendiere lo que respondió Mauleón, poeta tonto y académico de burla de la Academia de los Imitadores, a uno que le preguntó que qué quería decir *Deum de Deo*⁵⁴⁸ y respondió que «dé donde diere».

CIPIÓN: Esa fue respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto o lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa. Di adelante.

BERGANZA: Digo que todos los pensamientos que he dicho y muchos más me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenían de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros; porque si los míos cantaban,

⁵⁴⁶ *libros*: se refiere a las novelas pastoriles, de donde Berganza extrae los nombres, circunstancias y pasajes que relata en este párrafo.

⁵⁴⁷ *pica y pasa*: pasa adelante con rapidez.

⁵⁴⁸ *Deum de Deo*... : frente a la traducción «Dios de Dios», palabras extraídas del Credo, Mauleón, personaje popular con fama de tonto (acaso con un trasfondo real), acude a un refrán que se aplica al que se arriesga a un resultado bueno o malo.

no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un «Cata el lobo do va Juanica⁵⁴⁹» y otras cosas semejantes y esto no al son de chirumbelas, rabeles o gaitas⁵⁵⁰, sino al que hacía el dar un cayado con otro o al de algunas tejuelas⁵⁵¹ puestas entre los dedos y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que, solas o juntas, parecía, no que cantaban, sino que gritaban o gruñían. Lo más del día se les pasaba espulgándose o remendando sus abarcas⁵⁵² ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fíldas, Galateas y Dianas ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos o Llorentes; por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos y no verdad alguna; que, a serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo⁵⁵³ del otro.

CIPIÓN: Basta, Berganza, vuelve a tu senda y camina.

BERGANZA: Agradézcotelo, Cipión amigo; porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destos que me tenían engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

CIPIÓN: Mírate a los pies y desharás la rueda, Berganza. Quiero decir que mires que eres un animal que carece de razón y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamás vista.

BERGANZA: Eso fuera ansí si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido a la memoria lo que te había de haber dicho al principio de nuestra plática, no solo no me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.

CIPIÓN: Pues ¿ahora no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

BERGANZA: Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla.

CIPIÓN: Digo que me la cuentes antes que pases más adelante en el cuento de tu vida.

BERGANZA: Eso no haré yo, por cierto, hasta su tiempo. Ten paciencia y escucha por su orden mis sucesos, que así te darán más gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios antes de los principios.

CIPIÓN: Sé breve y cuenta lo que quisieres y como quisieres.

BERGANZA: Digo, pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comía el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raíz y madre de todos los vicios, no tenía que ver conmigo, a causa que si los días holgaba, las noches no dormía, dándonos asaltos a menudo y tocándonos a arma⁵⁵⁴ los lobos y, apenas me habían dicho los pastores «¡al lobo, Barcino!», cuando acudía, primero que los otros perros, a la parte que me señalaban que estaba el lobo: corría los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos y a la mañana volvía al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos y los pies abiertos de los garranchos⁵⁵⁵ y hallaba en el hato, o ya una

⁵⁴⁹ ... *Juanica*: frente a los pastores de la tradición bucólica que Berganza ha descrito antes, ahora describe la realidad cotidiana del oficio de pastor: sus nombres, entretenimientos, modo de vida, etc.

⁵⁵⁰ *chirumbelas... gaitas*: instrumentos musicales característicos de las novelas pastoriles.

⁵⁵¹ *tejuelas*: trozos de tejas o de cualquier objeto de barro cocido.

⁵⁵² *abarcas*: calzado tosco.

⁵⁵³ *zampoña... caramillo*: instrumentos de viento utilizados con frecuencia por los personajes de la novela pastoril.

⁵⁵⁴ *tocándonos a arma*: previniéndonos, poniéndonos en alarma.

⁵⁵⁵ *garranchos*: ramas de árbol.

oveja muerta, o un carnero degollado y medio comido del lobo. Desesperábame de ver de cuán poco servía mi mucho cuidado y diligencia. Venía el señor del ganado; salían los pastores a recibirle con las pieles de la res muerta culpaba a los pastores por negligentes y mandaba castigar a los perros por perezosos: llovían sobre nosotros palos y sobre ellos reprehensiones y, así, viéndome un día castigado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome a buscarle, como tenía de costumbre, lejos del rebaño, sino estarme junto a él; que, pues el lobo allí venía, allí sería más cierta la presa. Cada semana nos tocaban a rebato y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase. Agacheme detrás de una mata, pasaron los perros, mis compañeros, adelanté, y desde allí oteé y vi que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco y le mataron de manera que verdaderamente pareció a la mañana que había sido su verdugo el lobo. Pasmeme, quedé suspenso cuando vi que los pastores eran los lobos y que despedazaban el ganado los mismos que le habían de guardar. Al punto, hacían saber a su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y parte de la carne y comíanse ellos lo más y lo mejor. Volvía a reñirles el señor y volvía también el castigo de los perros. No había lobos, menguaba el rebaño; quisiera yo descubrillos, hallábame mudo. Todo lo cual me traía lleno de admiración y de congoja. «¡Válame Dios! —decía entre mí—, ¿quién podrá remediar esta maldad? ¿Quién será poderoso a dar a entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba y el que os guarda os mata?»

CIPIÓN: Y decías muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni más sutil ladrón que el doméstico y, así, mueren muchos más de los confiados que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo si no se fía y se confía. Mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores. Pasa adelante.

BERGANZA: Paso adelante y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecía tan bueno y escoger otro donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado. Volvime a Sevilla y entré a servir a un mercader muy rico.

CIPIÓN: ¿Qué modo tenías para entrar con amo? Porque, según lo que se usa, con gran dificultad el día de hoy halla un hombre de bien señor a quien servir. Muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo: aquellos, para recibir un criado, primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero, para entrar a servir a Dios, el más pobre es más rico; el más humilde, de mejor linaje y, con solo que se disponga con limpieza de corazón a querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes⁵⁵⁶, señalándoselos tan aventajados que, de muchos y de grandes, apenas pueden caber en su deseo.

BERGANZA: Todo eso es predicar, Cipión amigo.

CIPIÓN: Así me lo parece a mí y así callo.

BERGANZA: A lo que me preguntaste del orden que tenía para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes y que sin ella no hay alguna que lo sea. Ella allana inconvenientes, vence dificultades y es un medio que siempre a gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, templada la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios; es madre de la modestia y hermana de la templanza; en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios, porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados. Desta, pues, me aprovechaba yo cuando quería entrar a servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener y donde pudiese entrar un perro grande. Luego arrimábame a la puerta y cuando, a mi parecer, entraba algún forastero, le ladraba y cuando venía el señor bajaba la cabeza y, moviendo la cola, me iba a él y con la lengua le limpiaba los

⁵⁵⁶ *gajes*: lo que se adquiere por algún empleo además del salario estipulado.

zapatos. Si me echaban a palos, sufríalos y con la misma mansedumbre volvía a hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno secundaba, viendo mi porfía y mi noble término. Desta manera, a dos porfías me quedaba en casa: servía bien, queríanme luego bien y nadie me despidió, si no era que yo me despidiese o, por mejor decir, me fuese y tal vez hallé amo que este fuera el día que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

CIPIÓN: De la misma manera que has contado entraba yo con los amos que tuve y parece que nos leímos los pensamientos.

BERGANZA: Como en esas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las diré a su tiempo, como tengo prometido y ahora escucha lo que me sucedió después que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos.

»Volvime a Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes. Arrimeme a la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias y a pocos lances me quedé en ella. Recibiéronme para tenerme atado detrás de la puerta de día y suelto de noche; servía con gran cuidado y diligencia; ladraba a los forasteros y gruñía a los que no eran muy conocidos; no dormía de noche, visitando los corrales, subiendo a los terrados, hecho universal centinela de la mía y de las casas ajenas. Agradose tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien y me diesen ración de pan y los huesos que se levantasen o arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, a lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veía a mi amo, especialmente cuando venía de fuera; que eran tantas las muestras de regocijo que daba y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de día y de noche. Como me vi suelto, corrí a él, rodeele todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Isopo⁵⁵⁷, cuando aquel asno, tan asno que quiso hacer a su señor las mismas caricias que le hacía una perrilla regalada suya, que le granjearon ser molido a palos. Pareciome que en esta fábula se nos dio a entender que las gracias y donaires de algunos no están bien en otros. Apode el truhán, juegue de manos y volteee el histrión, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado a ello y no lo quiera hacer el hombre principal, a quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

CIPIÓN: Basta. Adelante, Berganza, que ya estás entendido.

BERGANZA: ¡Ojalá que como tú me entiendes me entendiesen aquellos por quien lo digo; que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un caballero se hace chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas⁵⁵⁸ y que no hay quien como él sepa bailar la chacona⁵⁵⁹! Un caballero conozco yo que se alababa que, a ruegos de un sacristán, había cortado de papel treinta y dos florones para poner en un monumento sobre paños negros y destas cortaduras hizo tanto caudal, que así llevaba a sus amigos a verlas como si los llevara a ver las banderas y despojos de enemigos que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este mercader, pues, tenía dos hijos, el uno de doce y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañía de Jesús; iban con autoridad⁵⁶⁰, con ayo y con pajes, que les llevaban los libros y aquel que llaman *vademecum*⁵⁶¹. El verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacía sol, en coche si llovía, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba a la Lonja a negociar sus negocios, porque no

⁵⁵⁷ *Isopo*: Esopo.

⁵⁵⁸ *agallas*: las piñas menudas del ciprés o, también, pequeños bultos que produce el roble. El texto alude al juego conocido en la época como el *masecoral*, *pasapasa* o *masegicomar*, consistente en unos cubiletes en los que se meten las agallas y se hacían pasar de unos a otros para luego adivinar en cuál de los cubiletes estaban.

⁵⁵⁹ *chacona*: baile importado de América criticado por moralistas y puritanos.

⁵⁶⁰ *autoridad*: solemnidad.

⁵⁶¹ *vademecum*: libro de notas que los estudiantes de la época llevaban a clase.

llevaba otro criado que un negro y algunas veces se desmandaba a ir en un machuelo⁵⁶² aún no bien aderezado.

CIPIÓN: Has de saber, Berganza, que es costumbre y condición de los mercaderes de Sevilla, y aun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos. Y, como ellos por maravilla atienden a otra cosa que a sus tratos y contratos, trátanse modestamente y, como la ambición y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algún príncipe y algunos hay que les procuran títulos y ponerles en el pecho la marca⁵⁶³ que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

BERGANZA: Ambición es, pero ambición generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

CIPIÓN: Pocas o ninguna vez se cumple con la ambición que no sea con daño de tercero.

BERGANZA: Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

CIPIÓN: Sí, que yo no murmuro de nadie.

BERGANZA: Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oído decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar a perder diez linajes y de caluniar veinte buenos y si alguno le reprehende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto y que si pensara que alguno se había de agraviar, no lo dijera. A la fe, Cipión, mucho ha de saber, y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversación sin tocar los límites de la murmuración; porque yo veo en mí que, con ser un animal, como soy, a cuatro razones que digo, me acuden palabras a la lengua como mosquitos al vino y todas maliciosas y murmurantes; por lo cual vuelvo a decir lo que otra vez he dicho: que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres y lo mamamos en la leche. Vese claro en que, apenas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien, a su parecer, le ofende y casi la primera palabra articulada que habla es llamar puta a su ama o a su madre.

CIPIÓN: Así es verdad y yo confieso mi yerro y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos. Echemos pelillos a la mar, como dicen los muchachos y no murmuremos de aquí adelante y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo iban al estudio de la Compañía de Jesús.

BERGANZA: A Él me encomiendo en todo acontecimiento y, aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio que oí decir que usaba un gran jurador, el cual, arrepentido de su mala costumbre, cada vez que después de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo, o besaba la tierra, en pena de su culpa; pero, con todo esto, juraba. Así yo, cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure y contra la intención que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua de modo que me duela y me acuerde de mi culpa para no volver a ella.

CIPIÓN: Tal es ese remedio, que si usas dél espero que te has de morder tantas veces que has de quedar sin lengua y, así, quedarás imposibilitado de murmurar.

BERGANZA: A lo menos, yo haré de mi parte mis diligencias y supla las faltas el cielo. Y así, digo que los hijos de mi amo se dejaron un día un cartapacio en el patio, donde yo a la sazón estaba y, como estaba enseñado a llevar la esportilla del jifero mi amo, así del *vademecum* y fuime tras ellos, con intención de no soltalle hasta el estudio. Sucediome todo como lo deseaba: que mis amos, que me vieron venir con el *vademecum* en la boca, asido sotilmente de las cintas, mandaron a un paje me le quitase; mas yo no lo consentí ni le solté hasta que entré en el aula

⁵⁶² *machuelo*: diminutivo de macho, cruce de asno y yegua o de caballo y burra.

⁵⁶³ *marca*: la cruz de alguna orden militar (Santiago, Calatrava, etc.).

con él, cosa que causó risa a todos los estudiantes. Llegueme al mayor de mis amos y, a mi parecer, con mucha crianza se le puse en las manos y quedeme sentado en cuclillas a la puerta del aula, mirando de hito en hito⁵⁶⁴ al maestro que en la cátedra leía. No sé qué tiene la virtud que, con alcanzárseme a mí tan poco o nada della, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.

CIPIÓN: Muy bien dices, Berganza, porque yo he oído decir desa bendita gente que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia y, finalmente, la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

BERGANZA: Todo es así como lo dices y, siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el *vademecum*, lo que hice de muy buena voluntad; con lo cual tenía una vida de rey y aún mejor, porque era descansada, a causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo y domesticarme con ellos de tal manera que me metían la mano en la boca y los más chiquillos subían sobre mí. Arrojaban los bonetes o sombreros y yo se los volvía a la mano limpiamente y con muestras de grande regocijo. Dieron en darme de comer cuanto ellos podían y gustaban de ver que, cuando me daban nueces o avellanas, las partía como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno. Tal hubo que, por hacer prueba de mi habilidad, me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que más de dos *Antonios*⁵⁶⁵ se empeñaron o vendieron para que yo almorzase. Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra de más gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose. Desta gloria y desta quietud me vino a quitar una señora que, a mi parecer, llaman por ahí *razón de estado*⁵⁶⁶, que, cuando con ella se cumple, se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso que a aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de lición a lición la ocupaban los estudiantes, no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo y, así, ordenaron a mis amos que no me llevasen más al estudio. Obedecieron, volvíronme a casa y a la antigua guarda de la puerta y, sin acordarse señor el viejo de la merced que me había hecho de que de día y de noche anduviese suelto, volví a entregar el cuello a la cadena y el cuerpo a una esterilla que detrás de la puerta me pusieron. ¡Ay, amigo Cipión, si supieses cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice a un desdichado! Mira: cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, o se acaban presto, con la muerte, o la continuación dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas, cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso, se sale a gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre y de allí a poco se vuelve a padecer la suerte primera y a los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso que si no acaba la vida, es por atormentarla más

⁵⁶⁴ *hito en hito*: mirando fijamente.

⁵⁶⁵ *Antonios*: dos gramáticas latinas de Elio Antonio de Nebrija. Se trata de la obra *Introductiones latinae* (Salamanca, 1481), numerosas veces reeditada pues se convirtió en libro de texto habitual para la enseñanza del latín hasta bien entrado el siglo XIX.

⁵⁶⁶ *razón de estado*: aquí obligación, causa de orden mayor. La expresión se popularizó a fines del siglo XVI con el significado de la política y reglas con que se dirige y gobierna el estado.

viviendo. Digo, en fin, que volví a mi ración perruna y a los huesos que una negra de casa me arrojaba y aun estos me dezmaban dos gatos romanos⁵⁶⁷, que, como sueltos y ligeros, érales fácil quitarme lo que no caía debajo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipión hermano, así el cielo te conceda el bien que desees, que, sin que te enfades, me dejes ahora filosofar un poco; porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han venido a la memoria de aquellas que entonces me ocurrieron, me parece que no sería mi historia cabal ni de fruto alguno.

CIPIÓN: Advierte, Berganza, no sea tentación del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido, porque no tiene la murmuración mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta que darse a entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos y que el decir mal es reprehensión y el descubrir los defectos ajenos buen celo. Y no hay vida de ningún murmurante que, si la consideras y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias. Y debajo de saber esto, filosofea ahora cuanto quisieres.

BERGANZA: Seguro puedes estar, Cipión, de que más murmure, porque así lo tengo prosupuesto. Es, pues, el caso, que como me estaba todo el día ocioso y la ociosidad sea madre de los pensamientos, di en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí cuando fui con mis amos al estudio, con que, a mi parecer, me hallé algo más mejorado de entendimiento y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas⁵⁶⁸ que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latín breve y compendioso, dando a entender a los que no lo entienden que son grandes latinos y apenas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo.

CIPIÓN: Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latín, de los cuales hay algunos tan imprudentes que, hablando con un zapatero o con un sastre, arrojan latines como agua.

BERGANZA: Deso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

CIPIÓN: Pues otra cosa puedes advertir y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos de ser asnos.

BERGANZA: Pues ¿quién lo duda? La razón está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latín, como lengua materna suya, algún majadero habría entre ellos, a quien no excusaría el hablar latín dejar de ser necio.

CIPIÓN: Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza.

BERGANZA: Así es, porque también se puede decir una necedad en latín como en romance y yo he visto letrados tontos y gramáticos pesados y romancistas vareteados⁵⁶⁹ con sus listas de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una sino muchas veces.

CIPIÓN: Dejemos esto y comienza a decir tus filosofías.

BERGANZA: Ya las he dicho: estas son que acabo de decir.

CIPIÓN: ¿Cuáles?

BERGANZA: Estas de los latines y romances que yo comencé y tú acabaste.

CIPIÓN: ¿Al murmurar llamas filosofar? ¡Así va ello! Canoniza, canoniza, Berganza, a la maldita plaga de la murmuración y dale el nombre que quisieres, que ella dará a nosotros el de cínicos⁵⁷⁰, que quiere decir perros murmuradores y por tu vida que calles ya y sigas tu historia.

⁵⁶⁷ *gatos romanos*: gatos de color pardo y negro

⁵⁶⁸ *romancistas*: los que no saben latín.

⁵⁶⁹ *vareteados*: aquí ignorantes. Es metáfora a partir de *vareteado* (lo que está tejido a listas de diversos colores).

⁵⁷⁰ *cínicos*: en efecto, etimológicamente *cínico* es perruno.

BERGANZA: ¿Cómo la tengo de seguir si callo?

CIPIÓN: Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, según la vas añadiendo colas.

BERGANZA: Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

CIPIÓN: Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos que templen la asquerosidad que causa el oírlas por sus mismos nombres. Las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia o las escribe.

BERGANZA: Quiero creerte y digo que, no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios y de la vida que en ellos pasaba, tan regocijada y compuesta y haberme puesto atraillado⁵⁷¹ tras de una puerta y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquinidad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenía. Mira, Cipión, ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra. Dígolo porque la negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa, el cual negro dormía en el zaguán, que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detrás de la cual yo estaba y no se podían juntar sino de noche y, para esto habían hurtado o contrahecho las llaves y, así, las más de las noches bajaba la negra y, tapándome la boca con algún pedazo de carne o queso, abría al negro, con quien se daba buen tiempo, facilitándole mi silencio y a costa de muchas cosas que la negra hurtaba. Algunos días me estragaron la conciencia⁵⁷² las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarían las ijadas y daría de mastín en galgo. Pero, en efeto, llevado de mi buen natural, quise responder a lo que a mi amo debía, pues tiraba sus gajes y comía su pan, como lo deben hacer no solo los perros honrados, a quien se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

CIPIÓN: Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento y adelante y no hagas sogá, por no decir cola, de tu historia.

BERGANZA: Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir *filosofía*; que, aunque yo la nombro, no sé lo que es. Solo me doy a entender que es cosa buena.

CIPIÓN: Con brevedad te la diré. Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son *filos* y *sofía*; *filos* quiere decir amor y *sofía*, la ciencia; así que *filosofía* significa 'amor de la ciencia', y *filósofo*, 'amador de la ciencia'.

BERGANZA: Mucho sabes, Cipión. ¿Quién diablos te enseñó a ti nombres griegos?

CIPIÓN: Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso, porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela y también hay quien presume saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

BERGANZA: Eso es lo que yo digo y quisiera que a estos tales los pusieran en una prensa y a fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando el mundo con el oropel de sus greguescos rotos⁵⁷³ y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

⁵⁷¹ *atraillado*: atado.

⁵⁷² *estrugaron la conciencia*: me convencieron.

⁵⁷³ *oropel de sus greguescos rotos*: vanidad de sus palabras griegas falsas (*oropel*: hoja de latón fina que imita al oro; *greguescos*: despectivamente, palabras griegas, pero también, calzones anchos con el juego 9irónico y polisémico que implica).

CIPIÓN: Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua y tarazármela⁵⁷⁴ yo, porque todo cuanto decimos es murmurar.

BERGANZA: Sí, que no estoy obligado a hacer lo que he oído decir que hizo uno llamado Corondas, tirio⁵⁷⁵, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida. Descuidose desto y otro día entró en el cabildo ceñida la espada; advirtiéronselo y, acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada y se pasó con ella el pecho y fue el primero que puso y quebrantó la ley y pagó la pena. Lo que yo dije no fue poner ley, sino prometer que me mordería la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley y mañana se rompe y quizá conviene que así sea. Ahora promete uno de enmendarse de sus vicios y de allí a un momento cae en otros mayores. Una cosa es alabar la disciplina y otra el darse con ella y, en efeto, del dicho al hecho hay gran trecho. Muérdase el diablo, que yo no quiero morderme ni hacer finezas detrás de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinación.

CIPIÓN: Según eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita y todas las obras que hicieras fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, solo porque te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

BERGANZA: No sé lo que entonces hiciera; esto sé que quiero hacer ahora: que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas y más, estando temeroso que al salir del sol nos hemos de quedar a oscuras, faltándonos la habla.

CIPIÓN: Mejor lo hará el cielo. Sigue tu historia y no te desvíes del camino carretero con impertinentes digresiones y, así, por larga que sea, la acabarás presto.

BERGANZA: Digo, pues, que, habiendo visto la insolencia, ladronicio y deshonestidad de los negros, determiné, como buen criado, estorbarlo, por los mejores medios que pudiese y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra, como has oído, a refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecían los pedazos de carne, pan o queso que me arrojaba. ¡Mucho pueden las dádivas, Cipión!

CIPIÓN: Mucho. No te diviertas⁵⁷⁶, pasa adelante.

BERGANZA: Acuérdomme que cuando estudiaba oí decir al precetor un refrán latino, que ellos llaman adagio, que decía: *Habet bovem in lingua*.

CIPIÓN: ¡Oh, que en hora mala hayáis encajado vuestro latín! ¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco ha dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romance?

BERGANZA: Este latín viene aquí de molde; que has de saber que los atenienses usaban, entre otras, de una moneda sellada con la figura de un buey y cuando algún juez dejaba de decir o hacer lo que era razón y justicia, por estar cohechado, decían: «Este tiene el buey en la lengua».

CIPIÓN: La aplicación falta.

BERGANZA: ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos días mudo, que ni quería ni osaba ladrarla cuando bajaba a verse con su negro enamorado? Por lo que vuelvo a decir que pueden mucho las dádivas.

CIPIÓN: Ya te he respondido que pueden mucho y si no fuera por no hacer ahora una larga digresión, con mil ejemplos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

⁵⁷⁴ *tarazármela*: cortármela.

⁵⁷⁵ *tirio*: de Tiro, ciudad de Fenicia. Pero Corondas, personaje histórico, era turio, de Thurios, ciudad de la Magna Grecia. Era error bastante común.

⁵⁷⁶ *diviertas*: desvíes.

BERGANZA: Dios te dé lo que desees y escucha. Finalmente, mi buena intención rompió por las malas dádivas de la negra; a la cual, bajando una noche muy oscura a su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa y en un instante le hice pedazos toda la camisa y le arranqué un pedazo de muslo: burla que fue bastante a tenerla de veras más de ocho días en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó, volvió otra noche y yo volví a la pelea con mi perra y, sin morderla, la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta. Nuestras batallas eran a la sorda, de las cuales salía siempre vencedor, y la negra, malparada y peor contenta. Pero sus enojos se parecían bien en mi pelo y en mi salud: alzóseme con la ración y los huesos y los míos poco a poco iban señalando los nudos del espinazo. Con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo una esponja frita con manteca; conocí la maldad; vi que era peor que comer zarazas⁵⁷⁷, porque a quien la come se le hincha el estómago y no sale dél sin llevarse tras sí la vida. Y, pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos. Halleme un día suelto y sin decir adiós a ninguno de casa, me puse en la calle y a menos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil que dije al principio de mi historia, que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo; el cual, apenas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre; también le conocí yo y, al llamarme, me llegué a él con mis acostumbradas ceremonias y caricias. Asiome del cuello y dijo a dos corchetes suyos: «Este es famoso perro de ayuda, que fue de un grande amigo mío; llevémosle a casa». Holgáronse los corchetes y dijeron que si era de ayuda a todos sería de provecho. Quisieron asirme para llevarme y mi amo dijo que no era menester asirme, que yo me iría, porque le conocía. Háseme olvidado decirte que las carlancas con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado me las quitó un gitano en una venta y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de latón morisco. Considera, Cipión, ahora esta rueda variable de la fortuna mía: ayer me vi estudiante y hoy me ves corchete.

CIPIÓN: Así va el mundo y no hay para qué te pongas ahora a exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero a serlo de un corchete. No puedo sufrir ni llevar en paciencia oír las quejas que dan de la fortuna algunos hombres que la mayor que tuvieron fue tener premisas y esperanzas de llegar a ser escuderos. ¡Con qué maldiciones la maldicen! ¡Con cuántos improperios la deshonoran! Y no por más de que porque piense el que los oye que de alta, próspera y buena ventura han venido a la desdichada y baja en que los miran.

BERGANZA: Tienes razón. Y has de saber que este alguacil tenía amistad con un escribano, con quien se acompañaba; estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco más a menos, sino de menos en todo; verdad es que tenían algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y de taimería putesca. Estas les servían de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma: vestíanse de suerte que por la pinta descubrían la figura y a tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre; andaban siempre a caza de extranjeros, y, cuando llegaba la vendeja⁵⁷⁸ a Cádiz y a Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando bretón⁵⁷⁹ con quien no embistiesen y, en cayendo el grasiento con alguna destas limpias⁵⁸⁰, avisaban al alguacil y al escribano adónde y a qué posada iban y, en estando juntos, les daban asalto y los prendían por amancebados; pero nunca los llevaban a la cárcel, a causa que los extranjeros siempre redimían la vejación con dineros.

⁵⁷⁷ zarazas: masa elaborada en la que se mezcla vidrio, veneno, etc. para matar ratones, gatos u otros animales.

⁵⁷⁸ vendeja: feria otoñal andaluza.

⁵⁷⁹ bretón: francés y, por extensión, extranjero

⁵⁸⁰ limpias: prostitutas.

»Sucedió, pues, que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un bretón unto y bisunto⁵⁸¹; concertó con él cena y noche en su posada; dio el cañuto⁵⁸² a su amigo y, apenas se habían desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes; exageró el alguacil el delito; mandolos vestir a toda priesa para llevarlos a la cárcel; afligióse el bretón; terció, movido de caridad, el escribano y a puros ruegos redujo la pena a solos cien reales. Pidió el bretón unos follados de camuza⁵⁸³ que había puesto en una silla a los pies de la cama, donde tenía dineros para pagar su libertad y no parecieron los follados, ni podían parecer; porque, así como yo entré en el aposento, llegó a mis narices un olor de tocino que me consoló todo; descubriale con el olfato y hallele en una faldriquera⁵⁸⁴ de los follados. Digo que hallé en ella un pedazo de jamón famoso y, por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados a la calle y allí me entregué en el jamón a toda mi voluntad y cuando volví al aposento hallé que el bretón daba voces diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendía, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenía cincuenta *escuti d'oro in oro*. Imaginó el escribano o que la Colindres o los corchetes se los habían robado; el alguacil pensó lo mismo; llamolos aparte, no confesó ninguno y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví a la calle donde había dejado los follados, para volverlos, pues a mí no me aprovechaba nada el dinero; no los hallé, porque ya algún venturoso que pasó se los había llevado. Como el alguacil vio que el bretón no tenía dinero para el cohecho, se desesperaba y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el bretón no tenía; llamola y vino medio desnuda y como oyó las voces y quejas del bretón y a la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera y al escribano enojado y a los corchetes despabilando⁵⁸⁵ lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho. Mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él a la cárcel, porque consentía en su casa hombres y mujeres de mal vivir. ¡Aquí fue ello⁵⁸⁶! Aquí sí que fue cuando se aumentaron las voces y creció la confusión; porque dijo la huéspeda: “Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entrevo toda costura⁵⁸⁷; no conmigo dijés ni poleos⁵⁸⁸: callen la boca y váyanse con Dios; si no, por mi santiguada⁵⁸⁹ que arroje el bodegón por la ventana⁵⁹⁰ y que saque a plaza toda la chirinola⁵⁹¹ desta historia; que bien conozco a la señora Colindres y sé que ha muchos meses que es su cobertor el señor alguacil y no hagan que me aclare más, sino vuélvase el dinero a este señor y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada y tengo un marido con su carta de ejecutoria⁵⁹² y con *a perpenan rei de memoria*⁵⁹³, con sus colgaderos de plomo⁵⁹⁴, Dios sea loado y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras⁵⁹⁵. El arancel⁵⁹⁶ tengo clavado donde todo el mundo le vea y no conmigo cuentos, que, por Dios, que sé despolvorearme⁵⁹⁷. ¡Bonita soy yo para que por mi orden entren mujeres con los huéspedes! Ellos tienen las llaves de sus aposentos y yo no soy quince⁵⁹⁸, que tengo de ver tras siete paredes”.

⁵⁸¹ unto y bisunto: grasiento y dos veces grasiento.

⁵⁸² cañuto: soplo.

⁵⁸³ follados de camuza: calzones huecos y arrugados de piel de cabra salvaje.

⁵⁸⁴ faldriquera: bolsa pegada a los calzones.

⁵⁸⁵ despabilando: robando.

⁵⁸⁶ ¡Aquí fue ello!: se armó una buena.

⁵⁸⁷ entrevo toda costura: entiendo toda la trampa.

⁵⁸⁸ poleos: jactancias.

⁵⁸⁹ por mi santiguada: juramento habitual en la época cuando alguien se compromete a algo (*por mi cara santiguada*, como «por mi vida»).

⁵⁹⁰ arroje el bodegón por la ventana: *arme un alboroto*.

⁵⁹¹ chirinola: el conjunto de ladrones; pero también, la verdad de lo que sucede.

⁵⁹² carta de ejecutoria: certificado de nobleza.

⁵⁹³ *a perpenan rei de memoria*: prevaricación lingüística de la expresión latina *ad perpetuam rei memoriam* («para memoria perpetua del hecho») que se incluía en las cartas de ejecutoria.

⁵⁹⁴ colgaderos de plomo: sellos de plomo colgantes de la carta ejecutoria.

⁵⁹⁵ sin daño de barras: sin perjudicar a nadie.

⁵⁹⁶ arancel: tabla en la que se colocaban los precios oficiales de lo que se vendía al público.

⁵⁹⁷ despolvorearme: manejar, defenderme.

⁵⁹⁸ quince: lince (barbarismo).

»Pasmados quedaron mis amos de haber oído la arenga de la huéspeda y de ver cómo les leía la historia de sus vidas; pero, como vieron que no tenían de quién sacar dinero si della no, porfiaban en llevarla a la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazón y justicia que la hacían, estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El bretón bramaba por sus cincuenta *escuti*. Los corchetes porfiaban que ellos no habían visto los follados, ni Dios permitiese lo tal. El escribano, por lo callado, insistía al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debía de tener los cincuenta *escuti*, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvían. Ella decía que el bretón estaba borracho y que debía de mentir en lo del dinero. En efeto, todo era confusión, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el teniente de asistente⁵⁹⁹, que, viniendo a visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita. Preguntó la causa de aquellas voces; la huéspeda se la dio muy por menudo: dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida; publicó la pública amistad suya y del alguacil; echó en la calle sus tretas y modo de robar; disculpóse a sí misma de que con su consentimiento jamás había entrado en su casa mujer de mala sospecha; canonizóse por santa y a su marido por un bendito y dio voces a una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor tiniente, diciéndole que por ella echaría de ver que mujer de tan honrado marido no podía hacer cosa mala y que si tenía aquel oficio de casa de camas, era a no poder más: que Dios sabía lo que le pesaba y si quisiera ella tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El teniente, enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: “Hermana camera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía con que vos me confeséis que es hidalgo mesonero”. “Y con mucha honra —respondió la huéspeda—. Y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algún dime y direte?” “Lo que yo os digo, hermana, es que os cubráis, que habéis de venir a la cárcel.” La cual nueva dio con ella en el suelo; arañóse el rostro; alzó el grito; pero, con todo eso, el teniente, demasiadamente severo, los llevó a todos a la cárcel; conviene a saber: al bretón, a la Colindres y a la huéspeda. Después supe que el bretón perdió sus cincuenta *escuti*, y más diez, en que le condenaron en las costas⁶⁰⁰; la huéspeda pagó otro tanto y la Colindres salió libre por la puerta afuera. Y el mismo día que la soltaron pescó a un marinero, que pagó por el bretón, con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipión, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

CIPIÓN: Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

BERGANZA: Pues escucha, que aún más adelante tiraban la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

CIPIÓN: Sí, que decir mal de uno no es decirlo de todos; sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales y amigos de hacer placer sin daño de tercero; sí, que no todos entretienen los pleitos ni avisan a las partes ni todos llevan más de sus derechos ni todos van buscando e inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio ni todos se aúnan con el juez para «háceme la barba y hacerte he el copete», ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros⁶⁰¹ ni tienen todos las amigas de tu amo para sus embustes. Muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza y de hidalgas condiciones; muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados ni rateros, como los que andan por los mesones midiendo las espadas a los extranjeros y, hallándolas un pelo más de la marca⁶⁰², destruyen a sus dueños. Sí, que no todos como prenden sueltan y son jueces y abogados cuando quieren.

⁵⁹⁹ *teniente de asistente*: en Sevilla, el auxiliar del corregidor.

⁶⁰⁰ *costas*: gastos judiciales.

⁶⁰¹ *fulleros*: tramposos.

⁶⁰² *un pelo más de la marca*: un poco más larga de lo permitido.

BERGANZA: Más alto picaba mi amo; otro camino era el suyo; presumía de valiente y de hacer prisiones famosas; sustentaba la valentía sin peligro de su persona, pero a costa de su bolsa. Un día acometió en la puerta de Jerez⁶⁰³ él solo a seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel⁶⁰⁴ impedida la boca, que así me traía de día y de noche me le quitaba. Quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brío y su desnudo; así se entraba y salía por las seis espadas de los rufos como si fueran varas de mimbre; era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometía, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente, él quedó en mi opinión y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron por un nuevo Rodamonte⁶⁰⁵, habiendo llevado a sus enemigos desde la puerta de Jerez hasta los mármoles del colegio de Mase Rodrigo⁶⁰⁶, que hay más de cien pasos. Dejolos encerrados y volvió a coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas y luego se las fue a mostrar al asistente, que, si mal no me acuerdo, lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destrucción de la Saucedá⁶⁰⁷. Miraban a mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dijeran: «Aquel es el valiente que se atrevió a reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía». En dar vueltas a la ciudad, para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del día y la noche nos halló en Triana, en una calle junto al molino de la pólvora y, habiendo mi amo avizorado⁶⁰⁸ (como en la jácara se dice) si alguien le veía, se entró en una casa y yo tras él y hallamos en un patio a todos los jayanes⁶⁰⁹ de la pendencia, sin capas ni espadas y todos desabrochados y uno, que debía de ser el huésped, tenía un gran jarro de vino en la una mano y en la otra una copa grande de taberna, la cual, colmándola de vino generoso y espumante, brindaba a toda la compañía. Apenas hubieron visto a mi amo, cuando todos se fueron a él con los brazos abiertos y todos le brindaron y él hizo la razón a todos y aun la hiciera a otros tantos si le fuera algo en ello, por ser de condición afable y amigo de no enfadar a nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos a los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena a poner en práctica las tretas que se les ofrecían, esgrimiendo con las manos, los vocablos tan exquisitos de que usaban y, finalmente, el talle de la persona del huésped, a quien todos respetaban como a señor y padre, sería meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente, vine a entender con toda certeza que el dueño de la casa, a quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala⁶¹⁰ de rufianes y que la gran pendencia de mi amo había sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí, luego, de contado, con todo cuanto Monipodio dijo que había costado la cena, que se concluyó casi al amanecer, con mucho gusto de todos. Y fue su postre dar soplo a mi amo de un rufián forastero que, nuevo y flamante, había llegado a la ciudad; debía de ser más valiente que ellos y de envidia le soplaron. Prendióle mi amo la siguiente noche, desnudo en la cama: que si vestido estuviera, yo vi en su talle que no se dejara prender tan a mansalva. Con esta prisión que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo más que una liebre, y a fuerza de

⁶⁰³ *puerta de Jerez*: junto a la torre del Oro, en la salida de Sevilla hacia Jerez.

⁶⁰⁴ *freno de cordel*: freno de hierro en la boca.

⁶⁰⁵ *Rodamonte*: personaje orgulloso y de gran fuerza en el *Orlando enamorado* de Mateo Boiardo y en el *Orlando furioso* de Ariosto.

⁶⁰⁶ *colegio de Mase Rodrigo*: nombre con el que se conocía en la época de Cervantes a la Universidad de Sevilla, por haber sido fundada por maese Rodrigo Fernández de Santaella (1444-1509).

⁶⁰⁷ *licenciado Sarmiento de Valladares... Saucedá*: Juan Sarmiento de Valladares fue Oidor de la Real Chancillería de Granada y, después, Asistente de Sevilla entre 1589 y 1590. La Saucedá es una zona de la serranía de Ronda (hoy en Cortes de la Frontera) que durante la segunda mitad del siglo XVI se convirtió en refugio de delincuentes. La *destrucción* de la Saucedá es una ironía, pues se refiere al perdón real de los malhechores que allí se refugiaban.

⁶⁰⁸ *avizorado*: en lenguaje de germanía *jácara*, observado con atención.

⁶⁰⁹ *jayanes*: rufianes.

⁶¹⁰ *pala*: jefe.

meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba se le iba y desaguaba por la canal de la valentía. Pero ten paciencia y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde.

»Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno; trujéronle a Sevilla y para venderle sin peligro usaron de un ardid que, a mi parecer, tiene del agudo y del discreto. Fuéronse a posar a posadas diferentes y el uno se fue a la justicia y pidió por una petición que Pedro de Losada le debía cuatrocientos reales prestados, como parecía por una cédula firmada de su nombre, de la cual hacía presentación. Mandó el tiniente que el tal Losada reconociese la cédula y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad⁶¹¹ o le pusiesen en la cárcel; tocó hacer esta diligencia a mi amo y al escribano su amigo; llevoles el ladrón a la posada del otro y al punto reconoció su firma y confesó la deuda y señaló por prenda de la ejecución el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo y le marcó por suyo si acaso se vendiese. Dio el ladrón por pasados los términos de la ley y el caballo se puso en venta y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga para que se le comprase. Valía el caballo tanto y medio más de lo que dieron por él. Pero, como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, a la primer postura⁶¹² remató su mercadería. Cobró el un ladrón la deuda que no le debían y el otro la carta de pago que no había menester y mi amo se quedó con el caballo, que para él fue peor que el Seyano⁶¹³ lo fue para sus dueños. Mondaron luego la haza⁶¹⁴ los ladrones y, de allí a dos días, después de haber trastejado⁶¹⁵ mi amo las guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, más hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta. Diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valía ciento y cincuenta ducados como un huevo un maravedí y él, volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen tallo y de mejor ropaje y el uno dijo: «¡Vive Dios, que este es Piedehierro, mi caballo, que ha pocos días que me le hurtaron en Antequera!». Todos los que venían con él, que eran cuatro criados, dijeron que así era la verdad: que aquel era Piedehierro, el caballo que le habían hurtado. Pasmose mi amo, querrellose el dueño, hubo pruebas y fueron las que hizo el dueño tan buenas que salió la sentencia en su favor y mi amo fue desposeído del caballo. Súpose la burla y la industria de los ladrones, que por manos e intervención de la misma justicia vendieron lo que habían hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese roto el saco.

»Y no paró en esto su desgracia; que aquella noche, saliendo a rondar el mismo asistente, por haberle dado noticia que hacia los barrios de San Julián⁶¹⁶ andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo y dijo a este punto el asistente, asiéndome por el collar y zuzándome: «¡Al ladrón, Gavilán! ¡Ea, Gavilán, hijo, al ladrón, al ladrón!». Yo, a quien ya tenían cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor asistente me mandaba sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo y sin que pudiese valerse, di con él en el suelo; y si no me le quitaran, yo hiciera a más de a cuatro vengados quitáronme con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigarme y aun matarme a palos y lo hicieran si el asistente no les dijera: «No le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé». Entendióse la malicia y yo, sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo y antes que amaneciese me puse en Mairena⁶¹⁷, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte que hallé allí una compañía de soldados que, según oí decir, se iban a embarcar a Cartagena. Estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo y el atambor⁶¹⁸ era uno que

⁶¹¹ *le sacasen prendas de la cantidad*: le hiciesen pagar con prendas lo que debía.

⁶¹² *postura*: oferta.

⁶¹³ *Seyano*: caballo de Cneo Seyo que traía mala suerte a todos sus propietarios.

⁶¹⁴ *Mondaron luego la haza*: huyeron. La *haza* es el terreno en el que se ha segado el trigo.

⁶¹⁵ *trastejado*: revisado.

⁶¹⁶ *barrios de San Julián*: por el nombre de la parroquia, no lejos de la Macarena.

⁶¹⁷ *Mairena*: Mairena del Alcor, al este de Sevilla.

⁶¹⁸ *atambor*: el que lleva el tambor en una agrupación militar.

había sido corchete y gran chocarrero⁶¹⁹, como lo suelen ser los más atambores. Conociéronme todos y todos me hablaron y, así, me preguntaban por mi amo como si les hubiera de responder; pero el que más afición me mostró fue el atambor y, así, determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase a Italia o a Flandes; porque me parece a mí, y aun a ti te debe parecer lo mismo, que, puesto que dice el refrán “quien necio es en su villa, necio es en Castilla”, el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos.

CIPIÓN: Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oído decir a un amo que tuve de bonísimo ingenio que al famoso griego llamado Ulises le dieron renombre de prudente por solo haber andado muchas tierras y comunicado con diversas gentes y varias naciones y, así, alabo la intención que tuviste de irte donde te llevasen.

BERGANZA: Es, pues, el caso que el atambor, por tener con qué mostrar más sus chacorrerías, comenzó a enseñarme a bailar al son del atambor y a hacer otras monerías, tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo como las oírás cuando te las diga. Por acabarse el distrito de la comisión, se marchaba poco a poco. No había comisario que nos limitase; el capitán era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano; el alférez no hacía muchos meses que había dejado la corte y el tinelo⁶²⁰; el sargento era matrero⁶²¹ y sagaz y grande arriero de compañías⁶²², desde donde se levantan⁶²³ hasta el embarcadero. Iba la compañía llena de rufianes churrulleros⁶²⁴, los cuales hacían algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir a quien no lo merecía. Infelicidad es del buen príncipe ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, a causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor; pues, aunque quiera y lo procure no puede remediar estos daños, porque todas o las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia. En fin, en menos de quince días, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que había escogido por patrón, supe saltar por el Rey de Francia y a no saltar por la mala tabernera. Enseñome a hacer corvetas⁶²⁵ como caballo napolitano y a andar a la redonda como mula de atahona⁶²⁶, con otras cosas que, si yo no tuviera cuenta en no adelantarme a mostrarlas, pusiera en duda si era algún demonio en figura de perro el que las hacía. Púsome nombre del *perro sabio* y no habíamos llegado al alojamiento cuando, tocando su atambor, andaba por todo el lugar pregonando que todas las personas que quisiesen venir a ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio en tal casa o en tal hospital las mostraban, a ocho o a cuatro maravedís, según era el pueblo grande o chico. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar que no me fuese a ver y ninguno había que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia y sustentaba seis camaradas como unos reyes. La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme y andaban buscando ocasión para ello: que esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados y golosos; por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos⁶²⁷, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega a poderse sustentar un día y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año; por do me doy a entender que de otra parte que de la de sus oficios sale la corriente de sus borracheras. Toda esta gente es vagamunda, inútil y sin provecho, esponjas del vino y gorgojos⁶²⁸ del pan.

⁶¹⁹ *chocarrero*: gracioso, pero también tramposo, fullero.

⁶²⁰ *tinelo*: servidumbre.

⁶²¹ *matrero*: experimentado.

⁶²² *grande arriero de compañías*: gran conductor de compañías.

⁶²³ *se levantan*: se reclutan.

⁶²⁴ *churrulleros*: soldados de vida pícara, acaso también desertores.

⁶²⁵ *hacer corvetas*: andar sobre las patas traseras al tiempo que se levantas las delanteras.

⁶²⁶ *andar a la redonda como mula de atahona*: andar haciendo circunferencias como mula de molino de pan.

⁶²⁷ *retablos*: teatrillos.

⁶²⁸ *gorgojos*: insectos coleópteros que se alojan en las semillas de los cereales y legumbres.

CIPIÓN: No más, Berganza; no volvamos a lo pasado: sigue, que se va la noche y no querría que al salir del sol quedásemos a la sombra del silencio.

BERGANZA: Tenle y escucha. Como sea cosa fácil añadir a lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabía imitar el corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guadamací⁶²⁹ y una silla pequeña, que me acomodó en las espaldas y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija y enseñome a correr derechamente a una sortija⁶³⁰ que entre dos palos ponía y el día que había de correrla pregonaba que aquel día corría sortija el perro sabio y hacía otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario⁶³¹, como dicen, las hacía por no sacar mentiroso a mi amo. Llegamos, pues, por nuestras jornadas contadas a Montilla, villa del famoso y gran cristiano marqués de Priego⁶³², señor de la casa de Aguilar y de Montilla. Alojaron a mi amo, porque él lo procuró, en un hospital; echó luego el ordinario bando y, como ya la fama se había adelantado a llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de una hora se llenó el patio de gente. Alegrose mi amo viendo que la cosecha iba de guilla⁶³³ y mostrose aquel día chacorrero en demasía. Lo primero en que comenzaba la fiesta era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo, que parecía de cuba: conjurábame por las ordinarias preguntas y cuando él bajaba una varilla de membrillo que en la mano tenía, era señal del salto y cuando la tenía alta, de que me estuviese quedo. El primer conjuro deste día, memorable entre todos los de mi vida, fue decirme: «Ea, Gavilán amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces que se escabecha las barbas y, si no quieres, salta por la pompa y el aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza gallega que servía en Valdeastillas. ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilán? Pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno. ¡Oh, perezoso estás! ¿Por qué no saltas? Pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad Real, San Martín y Ribadavia». Bajó la varilla y salté yo y noté sus malicias y malas entrañas. Volviose luego al pueblo y en voz alta dijo: «No piense vuesa merced, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas que por la menor dellas volaría un gavilán; quiero decir que por ver la menor se pueden caminar treinta leguas. Sabe bailar la zarabanda y chacona⁶³⁴ mejor que su inventora misma; bébese una azumbre⁶³⁵ de vino sin dejar gota; entona un sol fa mi re tan bien como un sacristán; todas estas cosas y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuestas mercedes en los días que estuviere aquí la compañía y por ahora dé otro salto nuestro sabio y luego entraremos en lo grueso». Con esto suspendió el auditorio, que había llamado senado, y les encendió el deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabía. Volviose a mí mi amo y dijo: «Volved, hijo Gavilán, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habéis hecho; pero ha de ser a devoción de la famosa hechicera que dicen que hubo en este lugar». Apenas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer, de más de sesenta años, diciendo: «¡Bellaco, charlatán, embaidor⁶³⁶ y hijo de puta, aquí no hay hechicera alguna! Si lo decís por la Camacha, ya ella pagó su pecado, y está donde Dios se sabe; si lo decís por mí, chacorrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida y si he tenido fama de haberlo sido, era merced a los testigos falsos y a la ley del encaje⁶³⁷ y al juez arrojadizo⁶³⁸ y mal informado; ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados: otros que como pecadora he cometido. Así que, socarrón tamborilero, salid del hospital: si no, por vida

⁶²⁹ *guadamací*: cuero adornado con dibujos.

⁶³⁰ *correr... sortija*: juego consistente en introducir la lanza por una argolla que pendía de una cinta.

⁶³¹ *retablos*: teatrillos.

⁶³² *gorgojos*: insectos coleópteros que se alojan en las semillas de los cereales y legumbres.

⁶³³ *guadamací*: cuero adornado con dibujos.

⁶³⁴ *zarabanda y chacona*: bailes típicos de la época.

⁶³⁵ *azumbre*: medida de capacidad empleada para los líquidos.

⁶³⁶ *embaidor*: mentiroso.

⁶³⁷ *ley del encaje*: resolución injusta y arbitraria.

⁶³⁸ *arrojadizo*: desconsiderado.

de mi santiguada que os haga salir más que de paso». Y con esto, comenzó a dar tantos gritos y a decir tantas y tan atropelladas injurias a mi amo, que le puso en confusión y sobresalto; finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningún modo. No le pesó a mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros y aplazó para otro día y en otro hospital lo que en aquel había faltado. Fuese la gente maldiciendo a la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto, nos quedamos en el hospital aquella noche y, encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo: «¿Eres tú, hijo Montiel? ¿Eres tú, por ventura, hijo?». Alcé la cabeza y mirela muy de espacio; lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino a mí y me echó los brazos al cuello y si la dejara me besara en la boca; pero tuve asco y no lo consentí.

CIPIÓN: Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento, el besar ni dejar besarse de una vieja.

BERGANZA: Esto que ahora te quiero contar te lo había de haber dicho al principio de mi cuento y así excusáramos la admiración que nos causó el vernos con habla. Porque has de saber que la vieja me dijo: «Hijo Montiel, vente tras mí y sabrás mi aposento y procura que esta noche nos veamos a solas en él, que yo dejaré abierta la puerta y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho». Bajé yo la cabeza en señal de obedecerla, por lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, según después me lo dijo. Quedé atónito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio, o prodigio, de haberme hablado la vieja y, como había oído llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegose, en fin, el punto de verme con ella en su aposento, que era oscuro, estrecho y bajo, y solamente claro con la débil luz de un candil de barro que en él estaba; atizole la vieja, y sentose sobre una arquilla⁶³⁹ y llegome junto a sí, y, sin hablar palabra, me volvió a abrazar, y yo volví a tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dijo fue: «Bien esperaba yo en el cielo que, antes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño, te había de ver, hijo mío y, ya que te he visto, venga la muerte y lléveme desta cansada vida. Has de saber, hijo, que en esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo, a quien llamaron la Camacha de Montilla⁶⁴⁰; fue tan única en su oficio que las Eritos, las Circes, las Medeas⁶⁴¹, de quien he oído decir que están las historias llenas, no la igualaron. Ella congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol y cuando se le antojaba volvía sereno el más turbado cielo; traía los hombres en un instante de lejos tierras, remediaba maravillosamente las doncellas que habían tenido algún descuido en guardar su entereza, cubría a las viudas de modo que con honestidad fuesen deshonestas, descasaba las casadas y casaba las que ella quería. Por diciembre tenía rosas frescas en su jardín y por enero segaba trigo. Esto de hacer nacer berros en una artesa⁶⁴² era lo menos que ella hacía ni el hacer ver en un espejo o en la uña de una criatura, los vivos o los muertos que le pedían que mostrase. Tuvo fama que convertía los hombres en animales y que se había servido de un sacristán seis años, en forma de asno, real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga, porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertían los hombres en bestias, dicen los que más saben que no era otra cosa sino que ellas, con su mucha hermosura y con sus halagos, atraían los hombres de manera a que las quisiesen bien y los sujetaban de suerte, sirviéndose dellos en todo cuanto querían, que parecían bestias. Pero en ti, hijo mío, la experiencia me muestra lo contrario: que sé que eres persona racional y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelía⁶⁴³, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre, que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos a saber tanto como ella y no por falta de

⁶³⁹ *arquilla*: arca pequeña.

⁶⁴⁰ *Camacha de Montilla*: probablemente se trata de un personaje histórico; fue ajusticiada por brujería en 1572.

⁶⁴¹ *las Eritos, las Circes, las Medeas*: nombres de brujas de la antigüedad grecolatina. Erito aparece en la *Farsalia* de Lucano; las otras dos se encontrarán en la *Eneida*.

⁶⁴² *artesa*: cajón en el que se amasaba el pan.

⁶⁴³ *tropelía*: brujería.

ingenio ni de habilidad ni de ánimo, que antes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella.

»Tu madre, hijo, se llamó la Montiel, que después de la Camacha fue famosa; yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, a lo menos de tan buenos deseos como cualquiera dellas. Verdad es que el ánimo que tu madre tenía de hacer y entrar en un cerco y encerrarse en él con una legión de demonios, no le hacía ventaja la misma Camacha. Yo fui siempre algo medrosilla: con conjurar media región me contentaba, pero, con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas con que las brujas nos untamos, a ninguna de las dos diera ventaja ni la daré a cuantas hoy siguen y guardan nuestras reglas. Que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida, que corre sobre las ligeras alas del tiempo, se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechicería, en que estaba engolfada muchos años había y solo me he quedado con la curiosidad de ser bruja, que es un vicio dificultosísimo de dejar. Tu madre hizo lo mismo: de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida, pero al fin murió bruja y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha, su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo a las barbas en saber tanto como ella o por otra pendenzuela de celos, que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada y llegándose la hora del parto, fue su comadre⁶⁴⁴ la Camacha, la cual recibió en sus manos lo que tu madre parió y mostrole que había parido dos perritos y, así como los vio, dijo: “¡Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería!”. “Pero, hermana Montiel, tu amiga soy; yo encubriré este parto y atiende tú a estar sana y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio; no te dé pena alguna este suceso, que ya sabes tú que puedo yo saber que si no es con Rodríguez, el ganapán⁶⁴⁵ tu amigo, días ha que no tratas con otro; así que, este perruno parto de otra parte viene y algún misterio contiene”. Admiradas quedamos tu madre y yo, que me hallé presente a todo, del extraño suceso. La Camacha se fue y se llevó los cachorros; yo me quedé con tu madre para asistir a su regalo, la cual no podía creer lo que le había sucedido. Llegose el fin de la Camacha y, estando en la última hora de su vida, llamó a tu madre y le dijo como ella había convertido a sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverían a su ser cuando menos lo pensasen; mas que no podía ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente:

Volverán en su forma verdadera
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados
y alzar a los humildes abatidos
con poderosa mano para hacello.

»Esto dijo la Camacha a tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho. Tomolo tu madre por escrito y de memoria y yo lo fijé en la mía para si sucediese tiempo de poderlo decir a alguno de vosotros y, para poder conocerlos, a todos los perros que veo de tu color los llamo con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondían a ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros. Y esta tarde, como te vi hacer tantas cosas y que te llaman el *perro sabio* y también como alzaste la cabeza a mirarme cuando te llamé en el corral, he creído que tú eres hijo de la Montiel, a quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en *El asno de oro*, que consistía en solo comer una rosa⁶⁴⁶. Pero este tuyo va fundado en acciones ajenas y no en tu diligencia. Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte a Dios allá en tu corazón y espera que estas, que no quiero llamarlas profecías, sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente; que, pues la buena

⁶⁴⁴ *comadre*: comadróna.

⁶⁴⁵ *ganapán*: porteador, recadero.

⁶⁴⁶ *rosa*: alusión a *El asno de oro*, de Apuleyo de Madaura, y a una de las aventuras del asno Lucio.

de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna y tú y tu hermano, si es vivo, os veréis como deseáis.

»De lo que a mí me pesa es que estoy tan cerca de mi acabamiento que no tendré lugar de verlo. Muchas veces he querido preguntar a mi cabrón⁶⁴⁷ qué fin tendrá vuestro suceso, pero no me he atrevido, porque nunca a lo que le preguntamos responde a derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos. Así que, a este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras y, a lo que yo he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas. Con todo esto, nos trae tan engañadas a las que somos bruja, que, con hacernos mil burlas, no le podemos dejar. Vamos a verle muy lejos de aquí, a un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas y allí nos da de comer desabridamente⁶⁴⁸ y pasan otras cosas que en verdad y en Dios y en mi ánima que no me atrevo a contarlas, según son sucias y asquerosas y no quiero ofender tus castas orejas. Hay opinión que no vamos a estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido. Otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una o de otra manera, porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente. Algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas y pienso que han hallado ser verdad lo que digo.

»Quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado y para ello he hecho mis diligencias: heme acogido a ser hospitalera; curo a los pobres y algunos se mueren que me dan a mí la vida con lo que me mandan o con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos. Rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto. Vame mejor con ser hipócrita que con ser pecadora declarada: las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efeto, la santidad fingida no hace daño a ningún tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy: que seas bueno en todo cuanto pudieres y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres. Bruja soy, no te lo niego; bruja y hechicera fue tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podían acreditarlos en todo el mundo. Tres días antes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los Montes Perineos en una gran jira⁶⁴⁹ y, con todo eso, cuando murió fue con tal sosiego y reposo que si no fueron algunos visajes⁶⁵⁰ que hizo un cuarto de hora antes que rindiese el alma, no parecía sino que estaba en aquella cama como en un tálamo⁶⁵¹ de flores. Llevaba atravesados en el corazón sus dos hijos y nunca quiso, aun en el artículo de la muerte, perdonar a la Camacha: tal era ella de entera y firme en sus cosas. Yo le cerré los ojos y fui con ella hasta la sepultura; allí la dejé para no verla más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla antes que me muera, porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimiterios y encrucijadas en diferentes figuras y quizá alguna vez la toparé yo y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia.

»Cada cosa destas que la vieja me decía en alabanza de la que decía ser mi madre era una lanzada que me atravesaba el corazón y quisiera arremeter a ella y hacerla pedazos entre los dientes y si lo dejé de hacer fue porque no le tomase la muerte en tan mal estado. Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir a uno de sus usados convites y que cuando allá estuviese pensaba preguntar a su dueño⁶⁵² algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar

⁶⁴⁷ *cabrón*: el diablo.

⁶⁴⁸ *desabridamente*: desagradablemente, con un sabor que no satisface al paladar.

⁶⁴⁹ *jira*: banquete.

⁶⁵⁰ *visajes*: muecas, gestos.

⁶⁵¹ *tálamo*: lecho.

⁶⁵² *dueño*: el diablo.

qué unturas eran aquellas que decía y parece que me leyó el deseo, pues respondió a mi intención como si se lo hubiera preguntado, pues dijo:

»Este ungüento con que las brujas nos untamos es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo fríos y no es, como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras también preguntarme qué gusto o provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que, estando bautizadas, como inocentes y sin pecado, se van al cielo y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa; a lo que no te sabré responder otra cosa sino lo que dice el refrán: “que tal hay que se quiebra dos ojos porque su enemigo se quiebre uno”; y por la pesadumbre que da a sus padres matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar. Y lo que más le importa es hacer que nosotras cometamos a cada paso tan cruel y perverso pecado y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permisión yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo a una hormiga y es tan verdad esto que, rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar a una hoja della no podía, porque Dios no quería; por lo cual podrás venir a entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen a las gentes, a los reinos, a las ciudades y a los pueblos: las muertes repentinas, los naufragios, las caídas, en fin, todos los males que llaman de daño⁶⁵³, vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente y los daños y males que llaman de culpa vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intención, en la palabra y en la obra; todo permitiéndolo Dios, por nuestros pecados, como ya he dicho.

»Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que quién me hizo a mí teóloga y aun quizá dirás entre ti: “¡Cuerpo de tal con la puta vieja! ¿Por qué no deja de ser bruja, pues sabe tanto, y se vuelve a Dios, pues sabe que está más pronto a perdonar pecados que a permitirlos?”. A esto te respondo, como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza y este de ser brujas se convierte en sangre y carne y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frío que pone en el alma tal que la resfría y entorpece aun en la fe, de donde nace un olvido de sí misma y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza ni de la gloria con que la convida y, en efeto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben y, así, quedando el alma inútil, floja y desmazalada⁶⁵⁴, no puede levantar la consideración siquiera a tener algún buen pensamiento y, así, dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano a la de Dios, que se la está dando, por sola su misericordia, para que se levante. Yo tengo una destas almas que te he pintado: todo lo veo y todo lo entiendo y como el deleite me tiene echados grillos⁶⁵⁵ a la voluntad, siempre he sido y seré mala.

»Pero dejemos esto y volvamos a lo de las unturas y digo que son tan frías que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas y quedamos tendidas y desnudas en el suelo y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces, acabadas de untar, a nuestro parecer, mudamos forma y convertidas en gallos, lechuzas o cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera y allí cobramos nuestra primera forma y gozamos de los deleites que te dejo de decir, por ser tales que la memoria se escandaliza en acordarse dellos y, así, la lengua huye de contarlos y, con todo esto, soy bruja y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas. Verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen, no dos dedos del oído, el nombre de las fiestas⁶⁵⁶, que es el que les imprimió la furia de un juez colérico que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo que, por no estar sobornado, usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas. Pero esto ya pasó y todas las cosas se pasan; las

⁶⁵³ *daño*: los males de daño son los que se sufren, mientras que los de culpa son los que se causan.

⁶⁵⁴ *desmazalada*: descuidada.

⁶⁵⁵ *grillos*: cadenas (*echar grillos*: atenazar).

⁶⁵⁶ me dicen... el nombre de las fiestas: *me lo echan en cara*.

memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados. Hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco y, ya que no puedo ayunar, por la edad ni rezar, por los váguídos ni andar romerías, por la flaqueza de mis piernas ni dar limosna, porque soy pobre ni pensar en bien, porque soy amiga de murmurar y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero, así que siempre mis pensamientos han de ser malos, con todo esto, sé que Dios es bueno y misericordioso y que Él sabe lo que ha de ser de mí y basta y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece. Ven, hijo, y verasme untar, que todos los duelos con pan son buenos, el buen día, meterle en casa, pues mientras se ríe no se llora; quiero decir que, aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos y el deleite mucho mayor es imaginado que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario.

»Levantose en diciendo esta larga arenga y, tomando el candil, se entró en otro aposentillo más estrecho; seguila, combatido de mil varios pensamientos y admirado de lo que había oído y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil de la pared y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa y, sacando de un rincón una olla vidriada⁶⁵⁷, metió en ella la mano y, murmurando entre dientes, se untó desde los pies a la cabeza, que tenía sin toca. Antes que se acabase de untar me dijo que, ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese dél, que no me espantase ni dejase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabría las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele bajando la cabeza que sí haría y con esto acabó su untura y se tendió en el suelo como muerta. Llegué mi boca a la suya y vi que no respiraba poco ni mucho.

»Una verdad te quiero confesar, Cipión amigo: que me dio gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de más de siete pies; toda era notomía⁶⁵⁸ de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana⁶⁵⁹, se cubría las partes deshonestas y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos; las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas; denegridos los labios, traspillados⁶⁶⁰ los dientes, la nariz corva y entablada, desencasados⁶⁶¹ los ojos, la cabeza desgredada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos; finalmente, toda era flaca y endemoniada. Púseme de espacio a mirarla y apriesa comenzó a apoderarse de mí el miedo, considerando la mala visión de su cuerpo y la peor ocupación de su alma. Quise morderla, por ver si volvía en sí y no hallé parte en toda ella que el asco no me lo estorbaba; pero, con todo esto, la así de un carcaño⁶⁶² y la saqué arrastrando al patio; mas ni por esto dio muestras de tener sentido. Allí, con mirar el cielo y verme en parte ancha, se me quitó el temor; a lo menos, se templó de manera que tuve ánimo de esperar a ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo a mí mismo: “¿Quién hizo a esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa? ¿Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? ¿Cómo peca tan de malicia, no excusándose con ignorancia?”.

»En estas consideraciones se pasó la noche y se vino el día, que nos halló a los dos en mitad del patio: ella no vuelta en sí y a mí junto a ella, en cuclillas, atento, mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital y, viendo aquel retablo⁶⁶³, unos decían: “Ya la bendita Cañizares es muerta; mirad cuán disfigurada y flaca la tenía la penitencia”; otros, más considerados, la tomaron el pulso y vieron que le tenía y que no era muerta, por do se dieron a

⁶⁵⁷ *vidriada*: olla hecha con barro y vidrio.

⁶⁵⁸ *notomía*: esqueleto.

⁶⁵⁹ *badana*: cuero blando.

⁶⁶⁰ *traspillados*: debilitados, carcomidos.

⁶⁶¹ *desencasados*: desencajados.

⁶⁶² *carcaño*: talón.

⁶⁶³ *aquel retablo*: aquella escena.

entender que estaba en éxtasis y arrobada, de puro buena. Otros hubo que dijeron: “Esta puta vieja sin duda debe de ser bruja y debe de estar untada; que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos y hasta ahora, entre los que la conocemos, más fama tiene de bruja que de santa”. Curiosos hubo que se llegaron a hincarle alfileres por las carnes, desde la punta hasta la cabeza: ni por eso recordaba⁶⁶⁴ la dormilona ni volvió en sí hasta las siete del día y, como se sintió acibada de los alfileres y mordida de los carcañares y magullada del arrastramiento fuera de su aposento y a vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó y creyó la verdad, que yo había sido el autor de su deshonra y, así, arremetió a mí y, echándome ambas manos a la garganta, procuraba ahogarme diciendo: “¡Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso! ¿Y es este el pago que merecen las buenas obras que a tu madre hice y de las que te pensaba hacer a ti?”. Yo, que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudime, y, asiéndole de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé⁶⁶⁵ y arrastré por todo el patio; ella daba voces que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu.

»Con estas razones de la mala vieja, creyeron los más que yo debía de ser algún demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos y unos acudieron a echarme agua bendita, otros no osaban llegar a quitarme, otros daban voces que me conjurasen; la vieja gruñía, yo apretaba los dientes, crecía la confusión y mi amo, que ya había llegado al ruido, se desesperaba oyendo decir que yo era demonio. Otros, que no sabían de exorcismos, acudieron a tres o cuatro garrotes, con los cuales comenzaron a santiguarme los lomos; escociome la burla, solté la vieja y en tres saltos me puse en la calle y en pocos más salí de la villa, perseguido de una infinidad de muchachos, que iban a grandes voces diciendo: “¡Apártense que rabia el perro sabio!”. Otros decían: “¡No rabia, sino que es demonio en figura de perro!”. Con este molimiento, a campana herida salí del pueblo, siguiéndome muchos que indubitadamente creyeron que era demonio, así por las cosas que me habían visto hacer como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito sueño. Dime tanta priesa a huir y a quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me había desaparecido como demonio: en seis horas anduve doce leguas y llegué a un rancho de gitanos⁶⁶⁶ que estaba en un campo junto a Granada. Allí me reparé un poco, porque algunos de los gitanos me conocieron por el perro sabio y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado; con intención, a lo que después entendí, de ganar conmigo como lo hacía el atambor mi amo. Veinte días estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables es forzoso que te las cuente.

CIPIÓN: Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira a quien das crédito. Mira, Berganza, grandísimo disparate sería creer que la Camacha mudase los hombres en bestias y que el sacristán en forma de jumento la serviese los años que dicen que la sirvió. Todas estas cosas y las semejantes son embelecos, mentiras o apariencias del demonio y si a nosotros nos parece ahora que tenemos algún entendimiento y razón, pues hablamos siendo verdaderamente perros, o estando en su figura, ya hemos dicho que este es caso portentoso y jamás visto y que, aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos. ¿Quiéreslo ver más claro? Considera en cuán vanas cosas y en cuán tontos puntos dijo la Camacha que consistía nuestra restauración y aquellas que a ti te deben parecer profecías no son sino palabras de consejas o cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno; porque, a ser otra cosa, ya estaban cumplidas, si no es que sus palabras se han de tomar en un sentido que he oído decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa que, aunque diferente, le haga semejanza y, así, decir:

⁶⁶⁴ *recordaba*: despertaba.

⁶⁶⁵ *zamarreé*: la sacudí. *Zamarrear*: sacudir el perro o una fiera la presa que tiene cogida con los dientes, a un lado y a otro, para acabar de matarla.

⁶⁶⁶ *rancho de gitanos*: campamento de gitanos.

Volverán a su forma verdadera
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados
y alzar a los humildes abatidos
por mano poderosa para hacello.

Tomándolo en el sentido que he dicho, paréceme que quiere decir que cobraremos nuestra forma cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de la fortuna, hoy están hollados y abatidos a los pies de la desgracia y tenidos en poco de aquellos que más los estimaban. Y asimismo, cuando viéremos que otros que no ha dos horas que no tenían deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha que los perdemos de vista y, si primero no parecían por pequeños y encogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados. Y si en esto consistiera volver nosotros a la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos a cada paso; por do me doy a entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal, se han de tomar los versos de la Camacha ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen y nos estamos tan perros como ves; así que, la Camacha fue burladora falsa y la Cañizares embustera y la Montiel tonta, maliciosa y bellaca, con perdón sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, o tuya, que yo no la quiero tener por madre. Digo, pues, que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pie y vuelven a alzar los caídos y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira, pues, si en el discurso de nuestra vida habremos visto jugar a los bolos y si hemos visto por esto haber vuelto a ser hombres, si es que lo somos.

BERGANZA: Digo que tienes razón, Cipión hermano, y que eres más discreto de lo que pensaba y de lo que has dicho vengo a pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado y lo que estamos pasando es sueño y que somos perros; pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos y, así, no te canse el oírme contar lo que me pasó con los gitanos que me escondieron en la cueva.

CIPIÓN: De buena gana te escucho, por obligarte a que me escuches cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

BERGANZA: La que tuve con los gitanos fue considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos⁶⁶⁷ y embustes, los hurtos en que se ejercitan, así gitanas como gitanos, desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar. ¿Ves la multitud que hay dellos esparcida por España? Pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros y trasiegan y trasponen⁶⁶⁸ los hurtos destos en aquellos y los de aquellos en estos. Dan la obediencia, mejor que a su rey, a uno que llaman conde, al cual, y a todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado y no porque vengan del apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una gitana, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacía gitano y la tomaba por mujer. Hízolo así el paje y agradó tanto a los demás gitanos que le alzarón por señor y le dieron la obediencia y, como en señal de vasallaje, le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocúpanse, por dar color a su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos y, así, los verás siempre traer a vender por las calles tenazas, barrenas, martillos y ellas, trébedes⁶⁶⁹ y badiles⁶⁷⁰. Todas ellas son parteras y en esto llevan ventaja a las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos a luz y lavan las criaturas con agua fría en naciendo y,

⁶⁶⁷ *embaimientos*: engaños.

⁶⁶⁸ *trasiegan y trasponen*: *intercambian*.

⁶⁶⁹ *trébedes*: especie de trípodes para poner sobre ellas calderas, ollas, etc.

⁶⁷⁰ *badiles*: paletas de metal para avivar el fuego.

desde que nacen hasta que mueren, se curten y muestran a sufrir las inclemencias y rigores del cielo y, así, verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bailadores. Cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres a ser conocidas de otros; ellas guardan el decoro a sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generación. Cuando piden limosna, más la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones y, a título que no hay quien se fíe dellas, no sirven y dan en ser holgazanas. Y pocas o ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana a pie de altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias. Son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar; confieren⁶⁷¹ sus hurtos y el modo que tuvieron en hacellos y, así, un día contó un gitano delante de mí a otros un engaño y hurto que un día había hecho a un labrador, y fue que el gitano tenía un asno rabón⁶⁷² y en el pedazo de la cola que tenía sin cerdas le injirió⁶⁷³ otra peluda, que parecía ser suya natural. Sacole al mercado, comprósele un labrador por diez ducados y, en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dijo que si quería comprarle otro asno hermano del mismo y tan bueno como el que llevaba, que se le vendería por más buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él y le trujese, que él se le compraría y que en tanto que volviese llevaría el comprado a su posada. Fuese el labrador, siguióle el gitano y sea como sea, el gitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le había vendido y al mismo instante le quitó la cola postiza y quedó con la suya pelada. Mudole la albarda y jáquima⁶⁷⁴ y atrevióse a ir a buscar al labrador para que se le comprase y hallóle antes que hubiese echado menos el asno primero y a pocos lances⁶⁷⁵ compró el segundo. Fuéle a pagar a la posada, donde halló menos la bestia a la bestia y, aunque lo era mucho, sospechó que el gitano se le había hurtado y no quería pagarle. Acudió el gitano por testigos y trujo a los que habían cobrado la alcabala del primer jumento y juraron que el gitano había vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno segundo que vendía. A todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del gitano con tantas veras que el labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contaron y todos, o los más, de bestias, en quien son ellos graduados y en lo que más se ejercitan. Finalmente, ella es mala gente y, aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan.

»A cabo de veinte días, me quisieron llevar a Murcia; pasé por Granada, donde ya estaba el capitán, cuyo atambor era mi amo. Como los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del mesón donde vivían; oíles decir la causa, no me pareció bien el viaje que llevaban y, así, determiné soltarme, como lo hice y, saliéndome de Granada, di en una huerta de un morisco, que me acogió de buena voluntad y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querría para más de para guardarle la huerta: oficio, a mi cuenta, de menos trabajo que el de guardar ganado. Y, como no había allí altercar sobre tanto más cuanto al salario, fue cosa fácil hallar el morisco criado a quien mandar y yo amo a quien servir. Estuve con él más de un mes, no por el gusto de la vida que tenía, sino por el que me daba saber la de mi amo y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ¡Oh cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipión amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas, en efeto, habré de decir algo y así, oye en general lo que yo vi y noté en particular desta buena gente.

»Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana; todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado y para conseguirle trabajan y no comen; en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan a cárcel perpetua y a escuridad

⁶⁷¹ *confieren*: se comunican entre sí.

⁶⁷² *asno rabón*: asno sin rabo.

⁶⁷³ *injirió*: añadió.

⁶⁷⁴ *albarda y jáquima*: el utensilio que se pone encima de las caballerías para acomodar la carga y el cabezal del asno.

⁶⁷⁵ *pocos lances*: en poco tiempo.

eterna; de modo que, ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España. Ellos son su hucha, su polilla, sus picazas⁶⁷⁶ y sus comadreja; todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan. Considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden poco o mucho y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo⁶⁷⁷ y, como van creciendo, se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra. Entre ellos no hay castidad ni entran en religión ellos ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación. No los consume la guerra ni ejercicio que demasiadamente los trabaje; róbannos a pie quedo y con los frutos de nuestras heredades, que nos revenden, se hacen ricos. No tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos. De los doce hijos de Jacob que he oído decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moisés⁶⁷⁸ de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones, sin niños y mujeres. De aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las destos, que, sin comparación, son en mayor número.

CIPIÓN: Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra; que bien sé que son más y mayores los que callas que los que cuentas y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república que, considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios, hallarán a tanto daño cierta, presta y segura salida. Di adelante.

BERGANZA: Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo⁶⁷⁹ y con algunas sobras de zahínas⁶⁸⁰, común sustento suyo; pero esta miseria me ayudó a llevar el cielo por un modo tan extraño como el que ahora oirás. Cada mañana, juntamente con el alba, amanecía sentado al pie de un granado, de muchos que en la huerta había, un mancebo, al parecer estudiante, vestido de bayeta⁶⁸¹, no tan negra ni tan peluda que no pareciese parda y tundida. Ocupábase en escribir en un cartapacio y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente y se mordía las uñas, estando mirando al cielo y otras veces se ponía tan imaginativo que no movía pie ni mano, ni aun las pestañas: tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto a él, sin que me echase de ver; oíle murmurar entre dientes y, al cabo de un buen espacio dio una gran voz, diciendo: «¡Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los días de mi vida!». Y, escribiendo apriesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento; todo lo cual me dio a entender que el desdichado era poeta. Hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre; echeme a sus pies, y él, con esta seguridad, prosiguió en sus pensamientos y tornó a rascarse la cabeza y a sus arrobos y a volver a escribir lo que había pensado. Estando en esto, entró en la huerta otro mancebo, galán y bien aderezado, con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leía. Llegó donde estaba el primero y díjole: «¿Habéis acabado la primera jornada?». «Ahora le di fin —respondió el poeta—, la más gallardamente que imaginarse puede». «¿De qué manera?», preguntó el segundo. «Desta —respondió el primero—: Sale Su Santidad del Papa vestido de pontifical, con doce cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia era tiempo de *mutatio caparum*⁶⁸², en el cual los cardenales no se visten de rojo, sino de morado y, así, en todas maneras conviene, para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de morado y, este es un punto que hace mucho al caso para la comedia y a buen seguro dieran en él y, así, hacen a cada paso mil impertinencias

⁶⁷⁶ *picazas*: urracas.

⁶⁷⁷ *tabardillo*: tifus.

⁶⁷⁸ *Moisés*: forma antigua de Moisés.

⁶⁷⁹ *pan de mijo*: pan de maíz.

⁶⁸⁰ *zahínas*: sopas.

⁶⁸¹ *bayeta*: tela basta y de poco valor.

⁶⁸² *mutatio caparum*: cambio de capas. El texto alude a la ceremonia que celebraban los cardenales el día de la Pascua de Resurrección en el que cambian sus capas rojas por otras moradas.

y disparates. Yo no he podido errar en esto, porque he leído todo el ceremonial romano, por solo acertar en estos vestidos». «Pues ¿de dónde queréis vos —replicó el otro— que tenga mi autor⁶⁸³ vestidos morados para doce cardenales?» «Pues si me quita uno tan solo —respondió el poeta—, así le daré yo mi comedia como volar. ¡Cuerpo de tal! ¿Esta apariencia tan grandiosa se ha de perder? Imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un Sumo Pontífice con doce graves cardenales y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo. ¡Vive el cielo, que sea uno de los mayores y más altos espectáculos que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja*!»⁶⁸⁴

»Aquí acabé de entender que el uno era poeta y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los cardenales, si no quería imposibilitar al autor el hacer la comedia. A lo que dijo el poeta que le agradeciesen que no había puesto todo el cónclave que se halló junto al acto memorable que pretendía traer a la memoria de las gentes en su felicísima comedia. Riose el recitante y dejole en su ocupación por irse a la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, después de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faldriquera algunos mendrugos de pan y obra de veinte pasas, que, a mi parecer, entiendo que se las conté, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacían bulto ciertas migajas de pan que las acompañaban. Sopló y apartó las migajas y una a una se comió las pasas y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra⁶⁸⁵ de la faldriquera, parecían mohosos y eran tan duros de condición que, aunque él procuró enternecerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fue posible moverlos de su terquedad; todo lo cual redundó en mi provecho porque me los arrojó, diciendo: “¡To, to! Toma, que buen provecho te hagan”. “¡Mirad —dije entre mí— qué néctar o ambrosía⁶⁸⁶ me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo⁶⁸⁷ allá en el cielo!” En fin, por la mayor parte, grande es la miseria de los poetas, pero mayor era mi necesidad, pues me obligó a comer lo que él desechaba. En tanto que duró la composición de su comedia, no dejó de venir a la huerta ni a mí me faltaron mendrugos porque los repartía conmigo con mucha liberalidad y luego nos íbamos a la noria, donde, yo de bruces y él con un cangilón⁶⁸⁸, satisfacíamos la sed como unos monarcas. Pero faltó el poeta y sobró en mí la hambre tanto que determiné dejar al morisco y entrarme en la ciudad a buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar de la ciudad vi que salía del famoso monasterio de San Jerónimo mi poeta, que como me vio se vino a mí con los brazos abiertos, y yo me fui a él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado. Luego, al instante comenzó a desembaular⁶⁸⁹ pedazos de pan, más tiernos de los que solía llevar a la huerta y a entregarlos a mis dientes sin repasarlos por los suyos: merced que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos y el haber visto salir a mi poeta del monasterio dicho me pusieron en sospecha de que tenía las musas vergonzantes⁶⁹⁰, como otros muchos las tienen. Encaminose a la ciudad y yo le seguí con determinación de tenerle por amo si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podía mantener mi real⁶⁹¹; porque no hay mayor ni mejor bolsa que la de la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres y, así, no estoy bien con aquel refrán que dice: «Más da el duro que el desnudo», como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que, en efeto, da el buen deseo cuando más no tiene. De lance en lance, paramos en la casa de un autor de comedias que, a lo que me acuerdo, se llamaba

⁶⁸³ *autor*: director de compañía teatral.

⁶⁸⁴ *Ramillete de Daraja*: comedia de la época, hoy perdida.

⁶⁸⁵ *borra*: el pelo de la faldriquera.

⁶⁸⁶ *néctar y ambrosía*: bebida y comida de los dioses.

⁶⁸⁷ *Apolo*: dios de la poesía.

⁶⁸⁸ *cangilón*: recipiente que sirve para sacar agua de una noria.

⁶⁸⁹ *desembaular*: sacar.

⁶⁹⁰ *tenía las musas vergonzantes*: no tenía dinero, vivía de pedir limosna.

⁶⁹¹ *mi real*: metafóricamente, mi cuerpo.

Angulo el Malo⁶⁹², de otro Angulo, no autor, sino representante, el más gracioso que entonces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntose toda la compañía a oír la comedia de mi amo, que ya por tal le tenía y, a la mitad de la jornada primera, uno a uno y dos a dos, se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo, que servíamos de oyentes. La comedia era tal que, con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la había compuesto el mismo Satanás, para total ruina y perdición del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le había dejado y no era mucho, si el alma, présaga⁶⁹³, le decía allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fue volver todos los recitantes, que pasaban de doce y, sin hablar palabra, asieron de mi poeta y si no fuera porque la autoridad del autor, llena de ruegos y voces, se puso de por medio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso pasmado; el autor, desabrido; los farsantes, alegres y el poeta, mohíno⁶⁹⁴; el cual, con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia y, encerrándosela en el seno, medio murmurando, dijo: “No es bien echar las margaritas a los puercos”. Y con esto se fue con mucho sosiego. Yo, de corrido⁶⁹⁵, ni pude ni quise seguirle y acertelo, a causa que el autor me hizo tantas caricias que me obligaron a que con él me quedase y en menos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas. Pusiéronme un freno de orillos⁶⁹⁶ y enseñáronme a que arremetiese en el teatro a quien ellos querían; de modo que, como los entremeses solían acabar por la mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme y yo derribaba y atropellaba a todos, con que daba que reír a los ignorantes y mucha ganancia a mi dueño. ¡Oh, Cipión, quién te pudiera contar lo que vi en esta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve! Mas, por no ser posible reducirlo a narración sucinta y breve, lo habré de dejar para otro día, si es que ha de haber otro día en que nos comuniquemos. ¿Ves cuán larga ha sido mi plática? ¿Ves mis muchos y diversos sucesos? ¿Consideras mis caminos y mis amos tantos? Pues todo lo que has oído es nada, comparado a lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y vi desta gente: su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oído y otras para aclamallas en público y todas para hacer memoria dellas y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas y en bellezas de artificio y de transformación.

CIPIÓN: Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubría para dilatar tu plática y soy de parecer que la dejes para cuento particular y para sosiego no sobresaltado.

BERGANZA: Sea así, y escucha. Con una compañía llegué a esta ciudad de Valladolid, donde en un entremés me dieron una herida que me llegó casi al fin de la vida; no pude vengarme, por estar enfrenado entonces y después, a sangre fría, no quise: que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo. Cansome aquel ejercicio, no por ser trabajo, sino porque veía en él cosas que juntamente pedían enmienda y castigo y, como a mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo y así, me acogí a sagrado⁶⁹⁷, como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos, aunque más vale tarde que nunca. Digo, pues, que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahúdes, te consideré contento y justa y santamente ocupado y, lleno de buena envidia, quise seguir tus pasos y con esta loable intención me puse delante de Mahúdes, que luego me eligió para tu compañero y me trujo a este hospital. Lo que en él me ha sucedido no es tan poco que no haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí a cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo a este

⁶⁹² *Angulo el Malo*: personaje real que Cervantes también cita en la segunda parte del *Quijote*. La frase queda incompleta: acaso haya que suponer «[distinto] de otro».

⁶⁹³ *présaga*: adivina.

⁶⁹⁴ *mohíno*: enfadado.

⁶⁹⁵ *corrido*: avergonzado.

⁶⁹⁶ *freno de orillos*: freno de paño.

⁶⁹⁷ *me acogí a sagrado*: entré en una orden religiosa. Literalmente: entré en un lugar sagrado, donde con frecuencia se resguardaban los delincuentes pues la justicia no podía actuar dentro de recintos sagrados.

hospital, y a estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas. Perdóname, porque el cuento es breve y no sufre dilación y viene aquí de molde.

CIPIÓN: Sí perdono. Concluye, que, a lo que creo, no debe de estar lejos el día.

BERGANZA: Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático y en la otra uno de los que llaman arbitristas⁶⁹⁸.

CIPIÓN: Ya me acuerdo haber visto a esa buena gente.

BERGANZA: Digo, pues, que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas y yo cogiendo el aire debajo de la cama del uno dellos, el poeta se comenzó a quejar lastimosamente de su fortuna y, preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte. «¿Cómo, y no será razón que me queje —prosiguió—, que, habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *Poética*, que no salga a luz la obra que, después de compuesta, no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupación y doce de pasante⁶⁹⁹, grande en el sujeto⁷⁰⁰, admirable y nueva en la invención, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la división, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heroico, deleitable y sustancioso; y que, con todo esto, no hallo un príncipe a quien dirigirle? Príncipe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo. ¡Miseria edad y depravado siglo nuestro!» «¿De qué trata el libro?», preguntó el alquimista. Respondió el poeta: «Trata de lo que dejó de escribir el Arzobispo Turpín⁷⁰¹ del Rey Artús de Inglaterra, con otro suplemento de la *Historia de la demanda del Santo Brial*⁷⁰² y todo en verso heroico⁷⁰³, parte en octavas y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente, digo en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno». «A mí —respondió el alquimista— poco se me entiende de poesía y, así, no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja, puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba a la mía, que es que, por faltarme instrumento o un príncipe que me apoye y me dé a la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia⁷⁰⁴ pide, no estoy ahora manando en oro y con más riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos⁷⁰⁵». «¿Ha hecho vuesa merced —dijo a esta sazón el matemático—, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales?» «Yo —respondió el alquimista— no la he sacado hasta agora, pero realmente sé que se saca y a mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal⁷⁰⁶, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras». «Bien han exagerado vuestras mercedes sus desgracias —dijo a esta sazón el matemático—; pero, al fin, el uno tiene libro que dirigir y el otro está en potencia propincua⁷⁰⁷ de sacar la piedra filosofal; más, ¿qué diré yo de la mía, que es tan sola que no tiene dónde arrimarse? Veinte y dos años ha que ando tras hallar el punto fijo⁷⁰⁸ y aquí lo dejo y allí lo tomo y, pareciéndome que ya lo he hallado y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando

⁶⁹⁸ *arbitristas*: economistas que ofrecían soluciones *arbitrios* para resolver los problemas económicos de la España del momento. La literatura de la época satirizó con frecuencia a este tipo de gente.

⁶⁹⁹ *pasante*: ayudante.

⁷⁰⁰ *sujeto*: asunto.

⁷⁰¹ *Arzobispo Turpín*: autor apócrifo del cuarto libro del *Liber Sancti Jacobi* con el título de *Historia Karoli Magni et Rotholandi*. En la época, las alusiones al arzobispo Turpín solían tener cierto tono burlesco, pues Turpín llegó a ser considerado como prototipo de historiador mentiroso.

⁷⁰² *Historia de la demanda del Santo Brial*: *alusión burlesca brial*, «falda» por grial, «cáliz» a la Demanda del Santo Grial, con los maravillosos fechos de Lanzarote y de Galaz, su hijo (*Toledo, 1515*) y al Baladro del sabio Merlín (*Burgos, 1498*).

⁷⁰³ *heroico*: verso endecasílabo con acento en segunda sílaba.

⁷⁰⁴ *alquimia*: química mágica que pretendía encontrar la piedra filosofal.

⁷⁰⁵ *Midas, que los Crasos y Cresos*: nombres de personajes históricos o legendarios que se convirtieron en símbolo de riqueza.

⁷⁰⁶ *piedra filosofal*: materia que buscan los alquimistas para fabricar oro.

⁷⁰⁷ *potencia propincua*: muy cerca de.

⁷⁰⁸ *punto fijo*: el punto que servía para calcular la posición de un barco en el mar.

no me cato⁷⁰⁹, me hallo tan lejos dél que me admiro. Lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo: que he llegado tan al remate de hallarla que no sé ni puedo pensar cómo no la tengo ya en la faldriquera y, así, es mi pena semejable a las de Tántalo, que está cerca del fruto y muere de hambre y propincuo al agua y perece de sed. Por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad y por minutos me hallo tan lejos della que vuelvo a subir el monte que acabé de bajar, con el canto de mi trabajo a cuestras, como otro nuevo Sísifo⁷¹⁰».

»Había hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió diciendo: «Cuatro quejosos tales que lo pueden ser del Gran Turco ha juntado en este hospital la pobreza y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer a sus dueños. Yo, señores, soy arbitrista y he dado a Su Majestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino y ahora tengo hecho un memorial⁷¹¹ donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo: tal que ha de ser la total restauración de sus empeños pero, por lo que me ha sucedido con otros memoriales, entiendo que este también ha de parar en el carnero⁷¹². Mas, porque vuesas mercedes no me tengan por mentecapto, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es este: Hase de pedir en cortes que todos los vasallos de Su Majestad, desde edad de catorce a sesenta años, sean obligados a ayunar una vez en el mes a pan y agua y esto ha de ser el día que se escogiere y señalare y que todo el gasto que en otros condumios⁷¹³ de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres que han de gastar aquel día, se reduzga a dinero y se dé a Su Majestad, sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento y, con esto, en veinte años queda libre de socaliñas⁷¹⁴ desempeñado. Porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España más de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, más viejos o más muchachos y ninguno destos dejará de gastar y esto contado al menorete⁷¹⁵, cada día real y medio y yo quiero que sea no más de un real, que no puede ser menos, aunque coma alholvas⁷¹⁶. Pues ¿paréceles a vuesas mercedes que sería barro tener cada mes tres millones de reales como ahechados⁷¹⁷? Y esto antes sería provecho que daño a los ayunantes, porque con el ayuno agradarían al cielo y servirían a su rey y tal podría ayunar que le fuese conveniente para su salud. Este es arbitrio limpio de polvo y de paja y podría coger por parroquias, sin costa de comisarios, que destruyen la república». Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrante y él también se riyó de sus disparates y yo quedé admirado de haberlos oído y de ver que, por la mayor parte, los de semejantes humo ahechados res venían a morir en los hospitales.

CIPIÓN: Tienes razón, Berganza. Mira si te queda más que decir.

BERGANZA: Dos cosas no más, con que daré fin a mi plática, que ya me parece que viene el día. Yendo una noche mi mayor⁷¹⁸ a pedir limosna en casa del corregidor desta ciudad, que es un gran caballero y muy gran cristiano, hallámosle solo y pareciome a mí tomar ocasión de aquella soledad para decirle ciertos advertimientos que había oído decir a un viejo enfermo deste hospital, acerca de cómo se podía remediar la perdición tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas y tan malas, que pueblan los veranos todos los hospitales de los perdidos que las siguen: plaga intolerable y que pedía presto y eficaz remedio. Digo que, queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenía habla y, en lugar de pronunciar razones

⁷⁰⁹ cuando no me cato: *de improviso*.

⁷¹⁰ *Sísifo*: como antes Tántalo, personajes mitológicos caracterizados por un sufrimiento sin fin. En el caso de Sísifo, debía empujar cuesta arriba una roca, que siempre caía cada vez que estaba llegando a la cima.

⁷¹¹ *memorial*: escrito en el que se exponen motivos para una petición, propuesta o defensa de alguna idea.

⁷¹² *carnero*: basura. (Literalmente, la fosa común donde se echan los difuntos que no tienen sepultura propia.)

⁷¹³ *condumios*: comidas.

⁷¹⁴ *socaliñas*: deudas.

⁷¹⁵ *menorete*: como mínimo.

⁷¹⁶ *alholvas*: un tipo de planta muy usada en botica, de olor y gusto desagradables.

⁷¹⁷ *ahechados*: limpios de polvo y paja.

⁷¹⁸ *mayor*: amo.

concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono que, enfadado el corregidor, dio voces a sus criados que me echasen de la sala a palos y un lacayo que acudió a la voz de su señor, que fuera mejor que por entonces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino a la mano y diómela tal en mis costillas que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

CIPIÓN: Y ¿quéjaste deso, Berganza?

BERGANZA: Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele como he dicho y si me parece que no merecía tal castigo mi buena intención?

CIPIÓN: Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no le llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningún caso le toca. Y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fue admitido ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar a los grandes y a los que piensan que se lo saben todo. La sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son las sombras y nubes que la escurecen y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio.

BERGANZA: Tienes razón y, escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una señora principal, la cual tenía en los brazos una perrilla destas que llaman de falda, tan pequeña que la pudiera esconder en el seno; la cual, cuando me vio, saltó de los brazos de su señora y arremetió a mí ladrando y con tan gran denuedo que no paró hasta morderme de una pierna. Volví a mirar con respeto y con enojo y dije entre mí: «Si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, o no hiciera caso de vos o os hiciera pedazos entre los dientes». Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos e insolentes cuando son favorecidos y se adelantan a ofender a los que valen más que ellos.

CIPIÓN: Una muestra y señal desa verdad que dices nos dan algunos hombrecillos que a la sombra de sus amos se atreven a ser insolentes y, si acaso la muerte o otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su poco valor; porque, en efeto, no son de más quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores. La virtud y el buen entendimiento siempre es una y siempre es uno: desnudo o vestido, solo o acompañado. Bien es verdad que puede padecer acerca de la estimación de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y, con esto, pongamos fin a esta plática, que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el día y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mía, para contarte mi vida.

BERGANZA: Sea así y mira que acudas a este mismo puesto.

El acabar el coloquio el licenciado y el despertar el alférez fue todo a un tiempo. Y el licenciado dijo:

—Aunque este coloquio sea fingido y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto que puede el señor alférez pasar adelante con el segundo.

—Con ese parecer —respondió el alférez— me animaré y disporné⁷¹⁹ a escribirle, sin ponerme más en disputas con vuesa merced si hablaron los perros o no.

A lo que dijo el licenciado:

⁷¹⁹ *disporné*: dispondré.

—Señor alférez, no volvamos más a esa disputa. Yo alcanzo el artificio del coloquio y la invención y basta. Vámonos al Espolón⁷²⁰ a recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento.

—Vamos —dijo el alférez.

Y, con esto, se fueron.

FIN

⁷²⁰ *Espolón*: paseo y plaza de Valladolid.